

12
2ej



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

**"OFICIO DE TINIEBLAS, LA VISION DE UN MUNDO
HIBRIDO EN LOS ALTOS DE CHIAPAS"**

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
LICENCIADO EN LENGUA Y LITERATURAS HISPANICAS

P R E S E N T A :
MIGUEL ANGEL LEAL MENCHACA

MEXICO, D. F.

1986



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

I N D I C E

Pag.

Introducción.....	I-V
Capítulo I El oficio del indio en la narrativa mexicana, (algunas aproximaciones).....	
1. Asedio a la novela indianista.....	1-10
2. El indigenismo y la reivindicación social.....	10-19
3. La llamada novela de recreación antropológica y el ensayo antropológico novelado.....	19-25
Notas.....	26-28
capítulo II <u>Oficio de tinieblas, "La visión de un mundo híbrido</u>	
1. El manejo del espacio.....	29-36
2. El manejo del tiempo.....	36-41
3. Los personajes.....	42-81
4. El conflicto.....	81-99
Notas.....	100-103
Conclusiones.....	104-108
Bibliografía.....	109

INTRODUCCION

Algunos de los propósitos más caros del presente trabajo se esconden en la lejanía de los años, en la década de los sesenta, cuando adolescente me planteaba estudiar la carrera de Literatura; convencido de que ésta, (la literatura) debería necesariamente servir para algo, esto es, que con ella se podría incursionar en aquello que, en el sentido social se planteaba como "urgente". Estas inquietudes nacieron acaso de algunas lecturas apresuradas de Jean Paul Sartre, Paul Nizan o Antonio Gramsci, tal vez de las convulsiones sociales que a nivel mundial sacudieron a los jóvenes, cuyas voces se hicieron escuchar en los lugares más apartados de la esfera; incluso de la misma necesidad individual de combatir aquella escala de valores totalmente anacrónicos y que, sin embargo, fungían como rectores inexorables de nuestros destinos. Lo cierto es que este tipo de inquietudes ahondaron en mí la idea de que la literatura debería necesariamente estar relacionada con la problemática social; pensaba en el compromiso que vincula a todo escritor con su época y abandonaba con cierto desdén aquellos trabajos que a mí parecer no coadyuvaran a las causas nobles. Así, pretendía encontrar en el estudio de la literatura una brújula que me permitiera entender la marginación social y el modo de reivindicar a los desposeídos, una vinculación directa con los planteamientos político o económico que presentara alternativas para edificar un mundo más cristalino, por lo menos mejor distribuido.

Hoy, a casi quince años de aquellos días, sin abjurar mi adolescencia y con algunos años de experiencia en la enseñanza de la literatura, siento que no he descubierto grandes cosas, sin embargo, considero que debo manifestar mayor circunspección al respecto.

Ahora me propongo realizar este trabajo que, se supone, debe coronar mi paso por la Universidad; sólo que ahora tengo la certeza de que no me alcanzaría la vida para demostrar aquellas tesis sin la presencia acechante de la duda que, por lo demás, yo mismo he alimentado al diversificar mis lecturas. Entiendo que el fenómeno literario no sólo carece de suyo de la posibilidad de ejercer una influencia determinante en la transformación social, sino que en ocasiones, ni siquiera es un reflejo mecánico de ese acontecer social como pretenden demostrarlo las tesis del realismo socialista. Sin embargo, es necesario apuntar que no se puede desligar la actividad artística, -en este caso literaria- de la dinámica social.

La gran cantidad de trabajos que pretenden que la literatura debe estar vinculada con la revolución, acaso no superen a aquellos que afirman lo contrario. Por su parte, el ejercicio de las afirmaciones parece que se fortalece en fundamentos eminentemente teóricos, que a su vez se apoyan en otros anteriores y así, hasta el infinito. Lo que nadie ha podido probar por cierto es que la literatura, como en general el arte, se conserve al margen del hombre. Es este uno de los principios en que pretendo apoyar el presente trabajo; en todo caso, buscar una justificación abierta al tiempo que se sitúe por encima de las restricciones académicas que lo han generado.

Supongo que no es sencillo hablar de literatura y sociedad; los términos encierran cierta ambigüedad, porque se puede entender "literatura para la sociedad", o bien, "literatura por la sociedad" o "con la sociedad", incluso, "literatura a pesar de la sociedad", parafraseando a Juan de Mairena con respecto a su preocupación por la lírica. Este planteamiento sin embargo, no me compete enjuiciarlo, tal vez ni siquiera pueda plantearlo con seriedad, pues los alcances de mi trabajo son bastante limitados, al menos así lo entiendo por ahora.

Originalmente mi intención era elaborar un estudio en torno a las preocupaciones novelísticas más importantes que en los siglos XIX y XX han tomado como personaje central al indio. Sin embargo, el proyecto se desvaneció pronto entre consejos y sugerencias, pero sobre todo en la sospecha personal de que la investigación, de suyo tan ardua, sólo encontraría recompensa en una mera recopilación bibliográfica. En cierto sentido era casi inevitable caer en un trabajo de información carente de espíritu crítico. No obstante, a ese primer proyecto debo el que me haya adentrado en textos que hasta entonces me eran totalmente ajenos; de tal suerte que agoté aquellos que consideré de mayor relevancia para, de esta manera, hacer un primera discriminación. Esta primera selección me llevó a optar por aquellas novelas que en el siglo XX han tomado como escenario el estado de Chiapas, por ser esta región todavía una veta generosa para los estudiosos del indigenismo. Finalmente llegué a la conclusión de que una novela me era suficiente para lo que necesitaba sustentar.

En conocimiento de la polémica que se ha dejado sentir en nuestro siglo respecto a los temas de indios y que, a la fecha se maneja o clasifica a través de una serie de variantes de acuerdo al trato que se le da al indio en la narración, (indianista, neoindianista, indigenista, ensayo antropológico - novelado, novela de recreación antropológica, etc.), decidí tomar una novela. Presumiblemente ésta debería tener características afines a esas tendencias

III

al menos las más comunes en el siglo XX; mismas que trato de explicar más de talladamente en el primer capítulo.

Es Oficio de tinieblas apenas la segunda novela de Rosario Castellanos el texto aparece en 1962 y su temática descansa primordialmente en un levantamiento de indios en los altos de Chiapas ocurrido aproximadamente en el año de 1867. Sin embargo la autora traslada este hecho al siglo XX, al cardenismo para ser más preciso, cuando por decreto presidencial se inician los deslin-des de tierra en la zona indígena. Fundamentalmente a partir del conflicto que este acontecimiento genera pretendo instrumentar un análisis de la novela a partir de criterios sociológicos. Esto es, sustentar "Oficio de tinieblas, la visión de un mundo híbrido en los altos de Chiapas" como un cruce - miento no sólo de naturaleza racial con las implicaciones que esto genera, (economía, costumbres, religión, etc.) sino también en la misma textura de la novela, es decir en el tratamiento que a partir de ella se hace del indio. Esto es, desde una perspectiva conjunta en que se mezclan ficción y realidad; al margen, por supuesto, de la intencionalidad que guarde la novela, porque no es mi intención por ahora ocuparme de ese tipo de problemas. Considero que por ahora me enfrento a una novela y a partir de ese criterio debe descansar mi análisis sin soslayar que, al margen de la crítica, la novela, así como el problema que aborda, prevalecen de manera descollante. Ya Mariátegui apuntaba que:

"Todas las tesis sobre el problema indígena, que ignoran o eluden a éste como problema económico-social, son otros tantos estériles ejercicios teóricos -y a veces sólo verbales- condenados a un absoluto descrédito. No las salva a algunas su buena fe. Prácticamente todas no han servido sino para ocultar o des-figurar la realidad del problema"*

Yo retomo lo que afirmaba al principio respecto a la literatura y ahora intento particularizarlo en la novela de Rosario Castellanos; también considero pertinente aclarar que ésta (la novela) no descansa única y exclusivamente en la pretensión realista de reflejar un problema social, que sería el desarrai-

* MARIÁTEGUI, José Carlos, Siete ensayos de interpretación a la realidad peruana, Casa de las Américas, La Habana, 1975, p 23

go de la tierra, la ajenación de la propiedad y la rebelión de los desposeídos como una consecuencia lógica. Quiero suponer que el trabajo del novelista supera la denuncia, por ello me veo obligado a profundizar en las dualidades que forman las colectividades tanto de indios como de mestizos. De esta manera considero que se puede abundar en los conflictos, aparentemente superficiales, tales como el alcoholismo o el fanatismo religioso y que con cierta tranquilidad se achaca simplemente a la ignorancia de estos grupos marginados, sin siquiera preguntar de dónde proviene esta ignorancia. Debo advertir que ni la novela ni el análisis plantean una intención reivindicativa, en todo caso la primera confirma el problema y el segundo a la novela.

El diseño del presente trabajo parte de un esbozo de las corrientes y autores que a partir del siglo XIX se han preocupado por el indio como un personaje de novela; es evidente que, como toda selección, adolece de los vicios necesarios que la generan, pueda decirse parcial, injusta, incompleta, etc. En todo caso su autenticidad radica en que son textos representativos y accesibles. Posteriormente el siguiente capítulo plantea una disección de la novela Oficio de tinieblas asediando a los manejos que se hacen del tiempo, y del espacio. Así también realizo un acercamiento a los personajes más descollantes, para finalizar en un análisis del conflicto. A lo largo del trabajo trato de explicar porqué se sustenta "la visión de un mundo híbrido" a partir de la violación de que es objeto una india por un mestizo y de qué manera el fruto de ésta se plantea como la mezcla "violenta" de esas dos razas. Es evidente que si estuviéramos en el siglo XIX o antes, hablaría de la violación de una india por parte de un blanco; sin embargo es bien sabido que en el siglo XX el hombre blanco casi está extinto, como también pudiera decirse del indio. La mezcla que se maneja en la novela es pues tan inexorable como inconsciente, los mismos personajes ignoran como se van tificando paulatinamente con las costumbres y el modo de ser del otro. En estas circunstancias, intento abordar los problemas que genera el declive y los vínculos que guarda éste con el levantamiento.

Hago patente mi agradecimiento al maestro César Rodríguez Chicharro a quien debo los primeros impulsos que generaron este trabajo y que, por uno de esos tan extraños caprichos del destino no pudo verlo concluido.

Valga éste como un reconocimiento a su labor y un homenaje a su verticalidad.

Agradezco también a todos aquellos que de alguna manera dejaron sentir su huella y que me hicieron transigir en beneficio del mismo, muy especialmente a la maestra Alicia Correa quien le dedicó especial atención y puso su empeño y dedicación hasta verlo concluido.

Miguel Angel Leal Menchaca.

I EL OFICIO DEL INDIO EN LA NARRATIVA MEXICANA. (ALGUNAS APROXIMACIONES)

1. ASEDIO A LA NOVELA INDIANISTA

Se puede afirmar categóricamente que el indio ha estado inserto en la literatura mexicana por lo menos desde que se inició la Conquista, aunque afirma Mario Vargas Llosa¹ que en el Perú -- los escritores descubrieron al indio cuatrocientos años después -- que los conquistadores y que no fueron menos criminales con éste. Esta afirmación se puede hacer extensiva al resto de América Latina donde por generaciones el indio ha sido víctima de un salvaje proceso de colonización y adoctrinamiento; objeto de lástima y -- conmiseración para algunos misioneros que sólo veían en él una -- afrenta, a la vez que un nuevo reto a su vocación catequizadora. No obstante el indio no puede pasar desapercibido en las relaciones de trabajo, en donde pasa a ser parte de otros instrumentos de labranza; en los quehaceres domésticos como parte de la servidumbre e incluso en aquellos oficios de mayor abyección por el - peligro o la humillación que encierran, donde no se puede expo-- ner a las bestias que relativamente son más costosas. Como parte de la tierra se entregaba a los encomenderos cierta cantidad de indios para que ésta fuera cultivada, y paulatinamente el espa-- ñol se hizo dueño de todo aquello que originalmente pertenecía al indio -incluso de su conciencia-; a tal grado que se convir-- tió en una costumbre hablar del indio como un ser infrahumano, - flojo, tonto, apático, etc. El extrañamiento de los conquistado-- res respecto al indio parece ser la base en que se fundamentan - los diversos recursos que utilizan en esa gran cruzada que em--- prenden en América.

La contradicción que se mueve en torno al tratamiento que la literatura da al indio se debe fundamentalmente a que la mis-- ma expresión literaria forma parte de toda una configuración -- ideológica muy propia del conquistador; ya Cortés apuntaba en -- una de sus primeras cartas a Carlos V:

"...y tienen otra cosa horrible y abo-- minable y digna de ser punida que hasta hoy vista en ninguna parte, y es que

todas las veces que alguna cosa quieren pedir a sus ídolos, para que más aceptación tenga su petición toman muchas niñas y niños y aun hombres y mujeres de mayor edad, y en presencia de aquellos ídolos los abren vivos - por los pechos y les sacan el corazón y las entrañas, y queman las dichas entrañas y corazón delante de los ídolos, ofreciéndoles en sacrificio aquel humo."²

Esta visión de principio nos pone al tanto de una actitud "de fe" que tomarían los españoles respecto a los pobladores de las tierras apenas descubiertas. No es menos elocuente el encuentro entre Pizarro y Atahualpa en el que Fray Vicente de Valverde con una cruz en la mano derecha y un breviario en la izquierda, conmina a Atahualpa a adorar a Dios y éste le responde que él no adora sino al sol que nunca muere. Este episodio que Miguel León Portilla retoma de los principales cronistas de la Conquista en el reino inca³ culmina con la prisión de Atahualpa y el juicio de que es objeto, en el cual se le acusa de herejía, poligamia y fraticidio, entre otros delitos, y que nos deja ver de manera determinante los bastidores ideológicos que sustentaba la Conquista. Naturalmente esta visión se va a reproducir en la medida en que la empresa de los peninsulares cobra una vigorosa proyección, porque el indio pasará a formar parte de la de la épica renacentista española, será objeto de asombro para los misioneros y servirá como parte decorativa en las andanzas de los que aventuran en tierras americanas.

La tarea de incorporar al indio a la civilización europea no es tan seria como la de hacerlo parte del cuaderno de memorias literarias; y lo más significativo es que los mismos mestizos aprenden que este tratamiento es el que se debe dar a sus antepasados, porque la textura de la literatura que genera la Conquista se encuentra intencionadamente confeccionada por la ideología europea, especialmente la española. Mariátegui lo ex -

plica en esta forma:

"Una teoría moderna -literaria, no sociológica- sobre el proceso normal de la literatura de un pueblo distingue en él tres períodos: un período colonial, un período cosmopolita y un período nacional. Durante el primer período un pueblo literariamente no es sino una colonia, una dependencia de otro. Durante el segundo período, asimila simultáneamente elementos de diversas literaturas extranjeras. En el tercero, alcanzan una expresión bien modulada su propia personalidad y su propio sentimiento."⁴

No es extraño entonces, encontrarse con una visión ajena da, sustancialmente moral con respecto al indio. En todo caso, se piensa a la española, se vive y se siente a la española y la literatura no tiene porqué permanecer al margen de esta condición de vida. Tres siglos que dura la Colonia englobarán hasta el cansancio esta postura, los matices en realidad carecen de diversidad pues no hay siquiera en la épica algún indicio que presuma posición, la línea está dada y parece que no admite réplica.

De este modo los grandes momentos de la literatura que hacen referencia a la Conquista guardan celosamente tributo a los vencedores, y cuando se hace hincapié en la fiereza o astucia de los naturales, sólo es en virtud de enaltecer la gloria de los conquistadores, sino es que se alude a una especie de instinto de conservación en el indio, muy propio de las bestias.

El pensamiento en el siglo XIX comulga con los movimientos de independencia, así fueron la difusión en América de las ideas enciclopedistas y un acontecimiento que en apariencia carece de importancia, pero que es del todo relevante, me refiero al éxodo de los jesuitas de América. El decreto de

Carlos III los había obligado a abandonar todo territorio que se encontrara bajo el dominio de la Corona española. Resulta curioso, pero así lo afirma el maestro César Rodríguez Chicharro,⁵ que los casi cinco mil jesuitas americanos que fueron expulsados a Italia por Real Cédula eran reaccionarios en América y se truecan (en Italia) en liberales, que luego de la expulsión abandonan el silogismo escolástico y se abrazan al humanismo; son partidarios de la independencia, e incluso conspiradores (...). Es trascendente este acontecimiento porque en él descansa en gran medida el antiespañolismo tan típico ----- de los intelectuales del XIX en América, mismo que se hará extensivo a la corriente indianista cuyo vigor se hace patente en el segundo tercio del mismo siglo.

En el año de 1826 aparece en la ciudad de Filadelfia una novela de procedencia desconocida, se titula Xicoténcatl y se conoce como novela mexicana por la temática que aborda. Considero que es ésta la primera novela mexicana que detenta una preocupación declarada por el indio, incluso en Hispanoamérica. Sin embargo, esta preocupación queda más en lo estilístico que en una inquietud antropológica. Es el despunte paisajista y exotista que enmarca una tragedia, por lo demás, muy propia de la época, por lo menos en cuanto al trato superficial con que se enfoca. No es nada gratuito que la novela se apoye constantemente en la historia (hace alusiones frecuentes a La historia de la conquista de México, de Antonio Solís). Por otra parte, la novela está narrada de manera omnisciente y ésto le da oportunidad al narrador de esgrimir constantemente juicios demoledores sobre lo que sucede en la novela, que es, supuestamente lo que sucedió históricamente en México. A menudo, cuando los diálogos se intercalan, se observa que los personajes no sólo carecen de convicción, sino que nos parecen del todo falsos. No es posible, por ejemplo, que Teutila, futura esposa de Xicoténcatl, dotada de la belleza nunca imaginada, decorosamente ataviada, tenga además una desenvoltura y una circunspección que la sitúan muy por encima de los extranjeros, parece ser que asistimos a la presentación de un personaje de las novelas de Cervantes o, en todo caso una pastora del renacimiento español, porque el

comportamiento y el atuendo son totalmente ajenos a una india americana. Por encima de estas virtudes, Teutila es capaz de discernir con el padre Olmedo de esta manera:

"-¿ Y quién te ha dicho extranjero -res-
pondió vivamente la americana- que yo
no adoro al autor de todo cuanto existe?
¿Hay acaso en tu país alguno que no lo
reconozca por sus obras?
-¿Quién ha hecho ese cielo, esos montes
y esos árboles que los pueblan?
-¿Quién ha dirigido ese espectáculo que
acaba de hacerte temblar en el choque
de los elementos? ¿Quién ha dispuesto la
perspectiva brillante y consoladora de
ese arco que tienes a la vista? Confieso
que sabéis más que nosotros en las cosas
que inventan los hombres, porque veo que
traéis máquinas y que hacéis cosas a cuyo
conocimiento no hemos llegado todavía;
más para conocer la existencia de un ser
que ha ordenado el sol y las estrellas y
que preside toda la naturaleza, basta no
cerrar los ojos a lo que ésta nos dice
continuamente." ⁶

Esta disertación, más propia de un neotomista del XIX que de una nativa, nos deja ver una retórica saturada de idealidad una imagen mentida que a fuerza de repetirse se hizo irrefutable en los escritores indianistas. ⁷ El criterio de verdad obedecía más a su sentimiento de clase que a una visión objetiva de la realidad. La novela en sí carece de consistencia, no tiene mayor relevancia ni siquiera desde el punto de vista recreativo, pero es evidente que sus rasgos ideológicos la constituyen como la fuente en que -a mi juicio- se inspirarán los novelistas que se precien de abordar temas indios. Por otra parte, la inspiración de Xicoténcatl no difiere mucho de aquella que encono a Chateaubriand para que escribiera Atala.

Trataré de enunciar a grandes rasgos las características más determinantes de Xicoténcatl que posteriormente van a ser imitadas por sus sucesores: 1) La intención de novelar la historia, esto es, arrancar un pasaje más o menos relevante y llevarlo a la literatura; 2) Mezclar en el pasaje histórico una historia individual, en este caso una tragedia amorosa. Se puede observar que en la novela existe ya el impedimento para que se realice la unión entre Xicoténcatl y Teutila -este obstáculo es por diferencia de familias- y la pugna entre las poblaciones de Zocotlán y Tlaxcala a las que pertenecen los amantes. Sin embargo, éste sólo es el principio del conflicto, porque debido a las características antes mencionadas, todos se enamoran de Teutila, incluso el mismo Cortés cuya pasión constantemente transformará los planes del conquistador y consecuentemente de la novela, e incluso se puede pensar que también de la historia; 3) Los personajes se dividen en dos bandos, indios y españoles, o buenos y malos, sólo en la particularidad (rareza) cabe la idea de un español bueno o de un indio malo; en este caso es Diego de Ordaz quien incluso se hace amigo de los tlaxcaltecas, particularmente de Xicoténcatl, salva con frecuencia a Teutila de las garras de Cortés y, finalmente parte a la Península -supongo que para no ver los horrores de la Conquista, caso raro en un soldado-. El indio malo será Magiscatzin, miembro del senado tlaxcalteca, enemigo de los Xicoténcatl, envidioso y traidor, y, que finalmente pone toda su autoridad al servicio del conquistador para que éste pueda continuar su empresa hacia México. Los personajes buenos son aquellos que la historia ha consagrado como héroes, de tal suerte que no existe mayor dificultad para hacerlos convincentes; en este caso son los Xicoténcatl: el padre, miembro del senado, recto, obediente a la República, con la madurez e inteligencia tan propias de los ancianos, etc. , y Xicoténcatl hijo, a quien cualquier adjetivo le resulta pequeño, sólo dirá que es un hijo digno de su padre; Teutila, cuyas características ya he mencionado; 4) Los personajes constantemente se confunden con el narrador así, no es extraño que se escuchen en ambos bandos criterios semejantes sobre la libertad de los pueblos; existe en la novela un antiespa

ñolismo rabios que se canaliza a partir de dos vertientes: la Conquista como una empresa ejercida por aventureros, carentes escrúpulos y cegados por el oro. En ocasiones Teutila llamará Cortés:

"-Bárbaro asesino y monstruo, el más de testable que vomitó jamás el infierno!"⁸

Esta visión visión queda totalmente relacionada con la ideología que impusieron los criollos después de la Independencia, ya que, a falta de reivindicaciones sociales se fomentó el resentimiento contra todo lo español. Por otra parte, se encuentra el sentimiento roussoniano que casi todos los escritores románticos hicieron suyo y que vislumbraba la vuelta a la naturaleza virginal ausente de toda idea civilizadora, esta concepción laudable del hombre bueno por naturaleza y corrompido por la sociedad que tan socorridos ejemplos alcanzó en América; 5) La lucha constante entre los personajes y el narrador (conjuntamente) por cambiar el destino, destino que por lo menos el segundo debe conocer, pues en realidad no hay ficción, propiamente dicha sino, como antes mencionaba, una recreación de hechos. Así, en la última parte de la novela, cuando el acto de heroísmo de Teutila, Cortés está a punto de conmoverse instado también por un discurso de Marina, es la voz del sacerdote Bartolomé de Olmedo quien lo rescata de su reflexión y posible arrepentimiento para incorporarlo nuevamente a aquella empresa tan inexorable como despiadada que es la Conquista. Entendemos pues que la novela termine de la siguiente manera:

"-Acabemos, amigos. Esta dolorosa escena que es ya demasiado larga. El camino que conduce al templo de la fama tiene grandes tropiezos, y, por lo mismo, es tan glorioso vencerlo. Quizás es más dulce y sosegado vivir tranquilo en un rincón; pero mi destino no es éste. Mañana salimos para México!"⁹

Más allá de las lamentaciones o arrepentimientos, que da la misión histórica que por lo demás ya está consagrada; 6) Nunca las novelas indianistas proponen críticas o esgrimen juicios reprobatorios contra el clero, los representantes de éste pasan como los más circunspectos; incluso a menudo nos da la impresión de que comulgan ideológicamente con los indios, no obstante que su sabiduría es totalmente occidentalizada. Se puede observar, por ejemplo, la gran similitud que existe entre el padre Olmedo y el anciano Xicoténcatl. Anteriormente explicaba esto en el sentido de que son los jesuitas en su mayoría los mentores de los intelectuales americanos, pero este hecho no se maneja con suficiencia, sino a la luz de que de la expulsión de que éstos fueron objeto por parte de Carlos III.

Estas, si no en su totalidad, serán las características principales que toma la novela indianista como punto de partida. No es gratuito, por otra parte, que la novela Xicoténcatl se haya publicado en Filadelfia, que fue la primera tierra americana que pisó Chateaubriand, y que fuera esta ciudad según Martín Luis Guzmán paraíso de conspiradores.

En 1832, aparece Netzula, de José María Lafragua; en 1836, El misterioso, de Mariano Meléndez; y, Guatimozin, último emperador de México en 1846, escrita por Gertrudis Gómez de Avellaneda. Y hasta 1870 Eligio Ancona publica Los mártires del Anáhuac, que narra la conquista de México y que, a casi cincuenta años de Xicoténcatl, continúa cultivando los mismos bastidores y promoviendo una escala de valores muy semejante. Me atrevo a afirmar incluso, que ambas novelas bien pudieran confundirse en el tiempo, pues salvo por algunos detalles, resulta difícil distinguir cual se publicó primero.

Entiendo que es bastante sintomático el interés por recoger leyendas que a menudo se pierden en el tiempo y en el espacio, como una posibilidad de acercar a América al Romanticismo, que por otra parte, ya estaba en plena decadencia en Europa; también lo es, el hecho de que se tome como piedra de toque el sacrificio, la valentía, la nobleza y la sabiduría de los indios como una posibilidad de proyectarlos míticamente y de

esta manera justificar una ascendencia Real y maravillosa. Por que éstos son los valores que detenta la presencia de los criollos en el poder. Si se observa, existe un marcado racismo que se sustenta en dos premisas: por una parte, un odio incontenible hacia los europeos y por otra, una especie de miedo a los indios, naturalmente este miedo se plantea desde el punto de vista social. Particularmente pienso que la realidad en que viven los indios aterra a los intelectuales, y por ello se ven en la necesidad de confeccionar una imagen soñada, pura, casi divinizada del indio. El maestro Rodríguez Chicharro afirma en torno a esta visión que:

"El indianismo precolombino tiene escasas manifestaciones por carecer los románticos de disciplinas adecuadas para la investigación del pasado indio."¹⁰

Esto no significa que carecieran de elementos de base histórica, pues la mayoría de las novelas se apoyan en una "Historia de la Conquista" o "Historia de México", sean de Clavijero, Bernal Díaz del Castillo, incluso del mismo Antonio Solís. Lo que sucede es que la visión acerca del indio se deja influir por un arraigado sentimiento de clase, el pánico que anteriormente mencionaba se traduce en el horror de contemplar la realidad; parece que gran parte del exotismo con que se vislumbra al indio descansa en la evasión social y política de el momento, esta evasión les conduce a buscar una versión de la historia que pretende sustituir su falta de objetividad con la abundancia de elementos artificiales.

La visión indianista, declaradamente mentida, acaso por ello más peligrosa, tuvo bastantes prosélitos en América porque de alguna manera presentaba la comodidad de la contemplación pasiva y proporcionaba un prestigio perentorio al escritor, que se ganaba todos los adjetivos que lo vinculaban con los ejes independentistas. De esta manera, el escritor indianista se aseguraba un éxito político y, se desligaba en apariencia de aquella concepción literaria colonialista, que

se antojaba anacrónica. Esta visión , supuestamente lo colocaba de frente a la moda francesa iniciada por Montaigne, continuada por Voltaire y explotada en grado superlativo por el llamado "buen salvaje" Chateaubriand. Este último, como afirma Rodríguez Chicharro¹¹ es el que más influye en los cultivadores del tema indio en América, aún cuando la versión del indio que circula en Atala ha sido rebatida por no pocos críticos tanto en América como en Europa.¹²

2, EL INDIGENISMO Y LA REIVINDICACION SOCIAL

El indio pasó por la cultura latinoamericana de fin de siglo como una posibilidad reivindicativa; esto es, el sentimiento de culpa se fue transformando en el manejo de la rebelión. La herencia de los escritores indianistas paulatinamente se dejó desplazar por planteamiento en apariencia más sólidos, por lo menos más cercanos a la realidad indígena; supongo que en ello descansa la diferencia que hace Concha Meléndez¹³ entre indianismo y neoindianismo; la de la contemplación totalmente exotista y la de la búsqueda del indio en la realidad social, incluso en la posibilidad de transformar esa realidad. Yo considero que el llamado neoindianismo no es más que parte de la transición al indigenismo. En todo caso, sería más práctico manejarlo a partir de las relaciones que se dan entre Romanticismo e indianismo y Modernismo con neoindianismo; de esta manera se podría alcanzar una relación más estrecha entre el Realismo y el indigenismo.

Reconozco que esta teoría es bastante débil, poco consistente y fácil de refutar porque en América se fusionan en un mismo momento estos tres movimientos, esto es, el Romanticismo que llega de manera tardía a nuestro continente, se deja atropellar por el Realismo y luego ambos caen en el alambicamiento modernista. Sin embargo, no dejo de reconocer que los criterios de clasificación no son del todo socorridos, por lo menos no guardan entre sí una integración de base que permita

delimitar con absoluta rigidez un juicio al respecto. No podríamos saber con certeza cuándo termina el indianismo y aparece el neoindianismo, y cuándo desaparece éste para dar la pauta al surgimiento del indigenismo. Tampoco se podría afirmar en su totalidad cuándo una novela es estrictamente indianista o neoindianista o indigenista, o aún más, cuándo reúne características de dos o más estilos. Algunos autores como Sommers ignoran el neoindianismo, el mismo Mariátegui habla solamente de indigenismo y tal es el caso de Vargas Llosa que confunde a todos los escritores de tema indio como indigenistas. Si acudimos a los historiadores de la literatura, encontramos que sus juicios no por más categóricos, tienen mayor consistencia. Por ejemplo, Ralph Emerson¹⁴ afirma que la pe-
núltima década del S. XIX representa el apogeo del Romanticismo en México, mientras que para Brushwood¹⁵ existe una mezcla muy clara entre Realismo y Romanticismo en México, y por lo que toca al Modernismo, afirma el crítico:

"... tiende a pasar por alto la literatura en prosa, porque la poesía parece ser un vehículo más apropiado para la búsqueda de la belleza"¹⁶

En cambio, Ricardo Gullón habla de una identidad declarada entre el exotismo modernista y la búsqueda del indio a la manera indianista¹⁷. Lo más importante, en todo caso, es no perder de vista la perspectiva que desde la literatura se guarda respecto al indio, así también, los principios rectores que generan esta perspectiva.

Ciertamente resulta contradictorio hablar de una consolidación del Realismo en un escenario donde el movimiento romántico guarda una estrecha relación con las condiciones de vida; tal es el caso de Hispanoamérica en general, y de México en particular, donde la concepción realista cobra carta de presentación respaldada por toda una teoría positivista, y es, como afirma Zum Felde¹⁸, en México donde la doctrina comtiana al

canza más intensos efectos, no sólo en el orden intelectual pu
ro, sino en el político, porque en México la postura comtiana
se convierte en una forma de vida.

En este sentido considero comprensible que en el S. XX -
los teñores románticos se dejen matizar por las presencias -
realista y naturalista. Esto es, se maneja una nueva visión
respecto a la tarea de la novela; lo digo muy a pesar de los
juicios del peruano Luis Alberto Sánchez ¹⁹ respecto a la -
carencia de posibilidades de la novela hispanoamericana, por
el carácter de subordinación que guarda hacia la europea. -
Prefiero compartir la opinión de Mariátegui ²⁰ quien afirma -
el concepto cosmopolita posterior a la colonización, y el na
cionalismo como último recurso de descolonización. Lo cier
to es que la tendencia novelística en el S. XX respecto al in
dio apunta hacia objetivos muy diferentes a aquellos que pro
porcionó la visión decimonónica.

Existe, por principio de cuentas, una intención por apor
tar una proyección más objetiva, acaso la disposición por la
búsqueda de políticas reivindicativas; tal vez el avance inexo
rable del imperialismo norteamericano; incluso el reflejo de
los brotes de insurrección contra los regímenes totalitarios.
Lo cierto es que el México pre y posrevolucionario contempla -
una trayectoria novelística más consecuente con la realidad, -
sin que ésto implique que la función de la novela tenga que re
caer necesariamente en el reflejo de la vida social.

El siglo XX contempla la fusión de tendencias novelísti
cas y este fenómeno no se queda solamente en los escritores cu
ya preocupación es el indio sino en una variedad de temas que
se pueden manejar desde la visión autóctona o regionalista, -
hasta los primeros brotes de la narrativa urbana. Es cierto que
algunos críticos piensan que fue la Revolución, que marcó una
pauta estruendosa en la narrativa mexicana ²¹ porque a partir
de esta convulsión social se hicieron más apremiantes los te
mas que sugerían la denuncia social o simplemente las premisas
de justicia y reivindicación se manifestaron con mayor ampli

tud. Sin embargo, en toda esta gama de asuntos novelísticos, creo que el indio sigue siendo un tema bastante socorrido, y que ahora se proyecta en la narrativa como el objeto perfecto para poner en evidencia la injusticia social, sólo que ahora ya no son los peninsulares y los criollos sus principales enemigos pues estos han quedado lejos, casi se han extraviado en el tiempo y en el espacio. Ahora el perfil de la narrativa llamada indigenista parte del mestizo y se vierte contra el mestizo, aunque parece ser que el enemigo número uno es el capitalismo norteamericano, pues ha invadido de tal forma las regiones más apartadas de latinoamérica, que no hay población por escondida o lejan que escape a los excesos de las inversiones extranjeras. Viene a colación el mestizo, porque es él quien ahora se convierte en el nexo más sólido entre los explotadores y los explotados, ésto es, el mestizo va a fungir en la narrativa indigenista como enganchador, capataz o autoridad prostituída. No es muy gratuito que Luis Alberto Sanchez²² llame a este tipo de novela "antiimperialista" y que la califique dentro de la novela política y social en América Latina.

Son numerosos los textos que manifiestan estas características, pero sólo citaré alguno que me parecen los más elocuentes. Por ejemplo, en La rebelión de los colgados, Travenos deja ver abiertamente el contubernio que existe entre las autoridades, los enganchadores y el mismo doctor; parece que todos merodean la posibilidad de alcanzar algún beneficio con el enganchamiento del indio Cándido, a quien la enfermedad de su esposa lo pone a las puertas de la desgracia. Un rasgo bastante interesante es por cierto que el autor se proyecte a través de un plano omnisciente desde el cual nos brinda la posibilidad de padecer con -y puede decirse- más que el mismo indio, todo el cúmulo de acontecimientos que constituyen su desgracia. Para ampliar esta idea me voy a referir específicamente a dos puntos: primero, nosotros sabemos como lectores las consecuencias de la transacción que hace el indio, ésto lo entendemos más allá de las posibilidades que nos proporciona

la novela, simplemente porque vivimos en un régimen de derecho, pero también podemos comprender el juego de las autoridades, esto hace que nuestro extrañamiento ante la situación se vaya desvaneciendo. Pero, por si esto fuera poco, el narrador omnisciente se encarga de explicar todos los móviles y efectos del trato, así como sus consecuencias, esto hace que el relato caiga en la obviedad. Entonces, tenemos que pensar en que la novela sólo es un pretexto bajo el cual se esconde la intención de evidenciar una denuncia social. Segundo, si bien Traven nos pone ante un personaje/indio presumiblemente más fiel a la realidad, no deja de ser contradictorio el hecho de que el narrador lo proyecte con exceso de paternalismo, particularmente, me da la impresión de que el indio se deja conducir por el narrador y parece que está actuando su propia existencia, acaso para impresionar más al lector.

Traven jamás profundiza en sus novelas respecto a los móviles que generan la explotación, parece que con impresionar al lector se da por satisfecho, por ejemplo, sabemos que Acacio y La Mecha son despiadados con los indios, son en sí dos modelos de capataz. Sin embargo, jamás llegamos a enterarnos respecto a sus patrones, porque estos jamás se dejan ver en la novela. La idealidad de Traven radica en acercarnos primero a los terrenos de la miseria indígena y, posteriormente, sugerir la insurrección como un proyecto de liberación, naturalmente, esta insurrección se conjuga con la Revolución Mexicana. Así, los personajes parece que abandonan la novela para vocear la realidad social del momento:

"-Si el trono del viejo vacila y se hunde la República arderá. Y como durante largos años las gentes no han aprendido a pensar, porque pensar está prohibido, las cosas arderán hasta que todos nos hayamos consumido"²³

Se puede observar cómo el narrador no sólo domina el panorama que le corresponde, sino que también habla proféticamente por sus personajes. Aclaro que no es mi intención, al menos

por ahora, profundizar en torno a las novelas de Traven, más bien quiero tomarlo como ejemplo.

Otro aspecto interesante es el que se ventila al interior de los aparatos que determinan la impartición de la justicia así como en el manejo de leyes que enfrentan al progreso; es común ver los enganchamientos por herencia, esto es, cuando el peón muere y el finquero descarga su deuda en los familiares. Por otra parte, podemos encontrar el tremendismo como una característica vital en la novela indigenista, ya que en ella existe una intención declarada de hacer extensivas las manifestaciones del naturalismo europeo a terrenos americanos; se puede observar el caudal de descripciones que se manejan en función de la tortura, los castigos y en general los recursos de vasallaje que utilizan los hacendados.

Todo este juego fotográfico de la realidad social en que se mueve el indio me parece más propio de una reacción posrevolucionaria cuya pretensión se consagra en justificar de alguna manera el movimiento armado y el vandalismo que este acarrea. En este orden se debe hacer notar que la insuficiencia de los aparatos oficiales se traduce en el vicio y la corrupción de sus representantes, por ello podemos deducir que a gran parte de la novela indigenista no le interesa tocar estructuras. En El resplandor de Mauricio Magdaleno, podemos observar como Saturnino Herrera, criado entre los otomíes y cuya única posibilidad de estudio y superación la debe a la tribu, retorna algún día como presidente municipal y simplemente se hace sordo a la petición de justicia que estos reclaman.

Lo curioso es que su sordera se mueve entre su personalidad (se le tacha de mal agradecido o de olvidadizo) y la presencia inexorable de una actitud de gobernante, porque la novela nos deja ver que los gobernantes son sordos por naturaleza.

En Los peregrinos inmóviles de Gregorio López y Fuentes, es un grupo de gente de partido quien maneja la inmovilización de los indios en las elecciones; aparte de que este juego de movilidad e inmovilidad encierra una paradoja por demás interesante.

sante, pues es obvio que plantea otra forma de utilizar al indio; el indio labrador, artesano, peón de campo, maderero, el indio que sirve para todo, de ninguna manera puede pasar desapercibido en el terreno de la política utilitarista.

en la mayoría de estas novelas existe una intención de clarada de denuncia; se puede observar como el narrador, (en la mayoría de los casos omnisciente), parte de una serie de juicios respecto a la dicotomía indio-mestizo, juicios que los personajes se encargarán de confirmar.

Lo que sucede a menudo en la narración indigenista es que se pierde a menudo en sus propios excesos y la virulencia con que pinta sus cuadros, de tan exagerada, se antoja poco convincente. En ocasiones se relaciona abiertamente con el regionalismo porque nos pinta la bestialidad de la selva, que alcanza un papel determinante en las relaciones de vasallaje. Parece que se maneja una analogía intencionada entre las posibilidades que brinda la selva y la capacidad del hombre para canalizar esas posibilidades en función de la explotación del indio. Esto es, la selva plantea un reto para el hombre por la gran cantidad de misterios y riquezas que le puede proporcionar, pero a la vez exige la presencia de hombres fuertes, templados, que sean capaces de enfrentarle, hombres semejantes a los que aparecen en Canaima, La voragine o Paludismo.

Este tipo de empresa reclama al hombre de aventura, exactamente un prosélito de aquél legendario hombre blanco que no escatimaba en aventurar la vida a cambio de una promesa de alcanzar la fortuna. Sin embargo este hombre del siglo XX se presenta con cierta variedad, sus perspectivas ya no son las mismas, vemos que ya no se confunde fácilmente con el pirata, el conquistador o el gambusino. Ahora es un hombre de empresa, que representa a una compañía extranjera; ahora se convertirá en mayordomo, capataz o tomador de tiempo. En este trabajo podrá darse varios lujos, entre otros el de ostentar una carencia absoluta de escrúpulos, así como una incondicionalidad prestigiada ante sus patrones. Así, este hombre pasa a ser parte del medio que de una forma u otra proyecta un ambiente inhóspito para el indio.

En ocasiones este hombre tendrá matices menos severos o más sutiles, se convertirá en regatón, médico, comerciante o funcionario, pero también en ese terreno ejercerá la explotación del indio; sus recursos acaso cambien, pero el fin será siempre a todas luces el mismo.

Es necesario reconocer que entre toda la gama de personajes que se mueven en torno a la figura del indio, se encuentran aquellos que no sólo no lo explotan, sino que luchan por su reivindicación, estos personajes van a proyectar abiertamente la postura paternalista del que escribe.

Ya he mencionado anteriormente cómo se manejan en la novela indigenista las relaciones entre mestizos e indios, ahora sólo falta colocar la persona del indio en este ambiente selvático o hacendario, pues es precisamente el indio quien se encargará de enfrentar todas las incomodidades del medio, es él quien inexorablemente tendrá que padecer la presencia aglutinadora del ambiente y quien totalmente desprotegido (como las bestias o la misma naturaleza) tendrá que luchar contra las infecciones, las plagas, el clima, etc. Este indio será considerado como animal por los mestizos, poco digno de reivindicación, porque a todos sus defectos se agrega su profunda afición por el alcohol. Esta afición será entendida por los mestizos como una fijación secular, como un vicio que está tan arraigado a la tradición que difícilmente se puede renunciar a ella; por ejemplo, Eulogio, un regatón en La nube estéril de Antonio Rodríguez se expresa así:

"-¿Para qué quieren más? Para ropa no necesitan, porque andan siempre encuerados. Los quelites se dan solos en el campo, los nopalitos no les cuestan nada y para el maíz les basta con lo que les doy. Lo que pasa es que se gastan en pulque todo cuanto ganan.
- Es cierto patroncito -replica Lupe-, pero la mera verdad es que sin el pulquito no se puede vivir. Y yo ¿para que mentirle? mejor

me paso sin maíz y sin frijoles que sin pulque.

-Disculpas de borracho -exclama cínicamente el regateador, mientras se lleva a la boca otra copa- ¡Disculpas!²⁴

Parece que en la persona del indio todo se ha recrudecido, su cuerpo crece para las faenas en la medida en que su estómago se hace pequeño para soportar todo tipo de carencias, y, en esa medida progresivamente su mentalidad se corrompe, se aficiona a ciertos vicios que si bien son más propios del blanco o el mestizo, en él causan estragos bastante pronunciados a la par que la indignación de los que le rodean.

La novela indigenista tiene un cauce bastante socorrido acaso porque en la realidad las medidas reivindicativas que parten del orden oficial sólo cristalizan en consignas y demagogia; tal vez porque el tema siempre despierta actualidad o, simplemente porque se le descubre a la clase media la problemática del indio a través de la novela, y, con ello el cúmulo de injusticias de que es objeto, a despecho de los supuestos proyectos de integración. No descarto la afirmación que hace Luis Alberto Sánchez al respecto:

"Por cierto la novela indigenista es más activa en los países donde la cuestión no sólo significa cuantía numérica sino conflicto vivo, irresoluto. México, por ejemplo es menos insistente en el asunto, tal vez por haber abordado con las armas este conflicto durante la Revolución de 1910-1934..."²⁵

Sin embargo, a pesar de que la primera parte de la cita es bastante acertada, la segunda es discutible, porque en México jamás se ha desistido del tema indigenista, y tampoco el problema del indio se despejó a través de la Revolución.

En el plano novelístico tendríamos que regresar a los apuntes de Heriberto Frías en que se cimentó la novela Tomochic, ya que Adalbert Deseau²⁶ la considera junto con La Parcela como los antecedentes más determinante de la novela de la Revolución mexicana. Particularmente me resulta harto difícil situarme en fechas y en obras con la exactitud que la erudición exige; incluso, como afirmaba anteriormente, con dificultad podría esgrimir un juicio respecto al momento en que desa parece un tipo de novela para dar paso a otro.

3. LA LLAMADA NOVELA DE RECREACION ANTROPOLOGICA Y EL ENSAYO ANTROPOLOGICO NOVELADO.

En el período posterior a la Revolución Mexicana, casi entroncado con el cardenismo se plantea la posibilidad de un enfoque del indio desde el punto de vista étnico, parece que se maneja como un proyecto de investigación a diversos niveles. Se habla entonces con mayor autoridad, con conocimiento de causa respecto a su persona y a las condiciones de vida que le rodean; de esta inquietud surgen la novela de recreación antropológica y el ensayo antropológico novelado.²⁷ Es to, que en apariencia no es más que una simple disputa entre antropólogos y escritores, se convierte bien pronto en objeto de polémica y se cuestiona de acuerdo a los elementos de crítica más manejables; esto es, se puede acusar a los antropólogos de que carecen de imaginación, puesto que simplemente describen o precisan situaciones y abusan del estudio cuando pretenden darle un alcance de ficción novelística: Juan Pérez Jolote, se subtitula "autobiografía de un tzotzil" y Los Hombres Verdaderos, "novela de indios"; algunos cuentos de Traven, Rojas González y otros son más estudios étnicos -- que propiamente relatos. Por ejemplo de Juan Pérez Jolote -- afirma Joseph Sommers:

"...es la presentación más que la creación de la vida de un indígena tzotzil. Por lo tanto es una obra híbrida que combina elementos antropológicos y literarios."²⁸

Supongo que hay que auscultar la verdadera ocupación del escritor para medir sus alcances, sobre todo sus tendencias. Sin embargo, el fenómeno se maneja también de manera invertida cuando un escritor de oficio pretende hacer antropología a través de la novela, pues sus afirmaciones son reprobadas y él vituperado hasta pasar como un falsificador de la realidad. Esto es casualmente porque jamás se vislumbra la situación con criterios que partan del análisis literario. Para citar un ejemplo se me ocurre hablar de Ramón Rubín quien en su novela El callado dolor de los tzotziles, proyecta algunos juicios -- respecto al comportamiento de su personaje José Damian, mismos que se hacen extensivos a toda la tribu, como el de no matar el ganado. Supuestamente José Damian al vivir con los mestizos trabajó en un matadero (rastro) y aprendió a destazar a los animales; cuando vuelve a su tribu no puede liberarse de esa costumbre que se maneja como un trauma, y el cuchillo, el viejo cuchillo es escondido en la choza y rescatado por la noche en que su dueño sale a asesinar al ganado. Rubín lo plantea como una situación eminentemente psíquica, no se mete en mayores problemas y termina por integrar el trauma a la dinámica de inadaptación social de su personaje. Pozas²⁹ explica este fenómeno desde un punto de vista antropológico, pues afirma que para los tzotziles no es práctico matar el ganado porque los misioneros habían enseñado a los indios el cuidado de éste y sus ventajas.

Yo siento que en realidad es un problema de inadaptación finalmente un personaje de novela no tiene porqué codificar la situación de una manera tan clara. Sin embargo, Emmanuel Carballa afirma lo siguiente al respecto:

"...lo que falla en el caso de Rubín es que con funde los métodos etnográficos con los métodos estéticos. Así, los científicos lo consideran un advenidizo y los escritores, lectores y crí ticos rigurosos un aficionado que nunca da en el blanco."³⁰

Considero que esta simbiosis entre antropología y litera tura resulta difícil de comprender en la medida en que se ca balga con prejuicios de esta naturaleza, porque éstos obstru yen verdaderamente la posibilidad de fusionar los elementos de una y otra disciplina. Finalmente, todo lo que se pueda refu tar a Rubín o a Pozas, también puede tener efecto en Traven o Rojas González, la clasificación que pretende discriminar, en el mejor sentido del término, en ocasiones no hace más que - - ahuyentar la investigación -sea literaria o antropológica-. Ig noro hasta qué punto se puedan manejar los límites entre fanta sía y realidad y también, en qué sentido se espera de la lite ratura la total invención, lejos de las presentaciones, descrip ciones o recreaciones acordes con la realidad.

La mencionada polémica entre estas dos corrientes se maneja como una contradicción entre dos escuelas o estilos cuya búsqueda en apariencia tiende a ser la misma y que sin embargo en su conjunto sólo limita o perjudicia los alcances de la nove la. Considero que hacer una novela no radica precisamente en la intención rigurosa de "hacer una novela", quiero decir con esto que no basta con el propósito o la intención. El crítico o el lector se enfrentan a una obra que presumiblemente ya está conclu ida, un producto acabado que no espera que se le reste o se le sume, sino simplemente se juega con él. En todo - caso las contradicciones deben buscarse en su interior pues -- ahí se constituye su esencia. Luego se puede hablar con cierta tranquilidad de aspectos conceptuales, pero en última ins tancia considero que se deba reparar en sus propósitos. Goldman afirma al respecto:

"...así, pues, la novela, en el sentido que le - dan Lukács y Girard, aparece como un género li terario en que los valores auténticos, siempre -

discutidos, no podrían ser presentados en la obra bajo la forma de personajes conscientes o de realidades concretas. Estos valores no existen más que bajo una forma abstracta y conceptual en la conciencia del novelista en la que comportan un carácter ético...³¹

Considero que la obra literaria encierra por encima de todos los prejuicios un problema estético, desde el momento -- que parte de un acto de creación, porque más allá de los problemas de intencionalidad pienso que existen aquellos que la fundamentan como una obra de arte y éstos se encuentran remitiéndonos directamente a la obra. Por ello me parece hasta -- cierto punto ocioso enjuiciar una novela por el sólo hecho de que ésta venga de la pluma de un etnólogo, antropólogo o novelista.

Me interesa hablar sobre este punto porque considero que es uno de los bastidores en que descansa mi trabajo, puesto que Rosario Castellanos, la autora que ahora me ocupa, y concretamente Oficio de tinieblas, esconden, de alguna manera, -- aspectos que pueden dar la pauta a estos prejuicios; incluso a otros, que la mayoría de las veces se apoyan en aspectos biográficos, pues se habla a menudo de que la autora se educó o -- pasó parte de su vida en Comitán y tuvo la oportunidad de conocer a fondo a los indígenas; de que trabajó junto a Carlo Antonio Castro, Aguirre Torres y otros antropólogos prestigiados, quienes le dieron pautas relevantes para que confeccionara su novela; de que no pudo jamás -ideológicamente- abandonar su -- condición de coleta (mestiza), para enfrentar más abiertamente el conflicto indígena, etc. Ciertamente estas imágenes contextuales resultan un apoyo bastante respetable, pero también debo decir que continuamente estorban y estropean la posibilidad de llegar al texto; sobre todo cuando se convierten en dogmas y nos hacen fácilmente perder la lucidez porque nos encuadran en lo que en sentido determinista debió escribir el novelista. En todo caso creo que esta perspectiva debe tomarse en cuenta como una puerta más que nos permita incursionar en el texto, -

que lejos de cerrarlo, aporte mayores posibilidades de análisis. Esto, naturalmente no impide que podamos observar los matices que maneja esta corriente respecto al tratamiento del indio, así también, la promoción oficial con que la cobija la política cardenista de reivindicación indígena. Quiero señalar a grandes rasgos algunos de los aspectos más significativos que distinguen a esta corriente, sin olvidar por supuesto que en ella encontramos en no pocas ocasiones elementos que fueron determinantes en el indianismo o el indigenismo.

Híbrida en una diversidad de aspectos, la corriente antropológica pretende arrancar los secretos que los indígenas habían conservado intactos, asimismo ponerlos al alcance de un público ajeno a este tipo de vida y por lo tanto indiferente. Si bien es importante puntualizar la relación que tiene el indio con el mundo exterior, también lo es el confirmar que esa visión se proyecta a menudo invertida, esto es, la concepción que el mundo exterior tiene del indio, por ello escritores como Rojas González (El diosero) dedican todo un cuento para informarnos cómo se realiza una boda en uno de los pueblos más escondidos en el estado de Oaxaca (los novios), o Antonio Rodríguez dedica un capítulo de su novela para decirnos cómo visten los otros meses durante una ceremonia de tipo religiosa. El narrador de "Los novios" nos relata desde una experiencia omnisciente la ceremonia de la boda con lujo de detalle y despierta ciertamente nuestro interés étnico; la confección de la familia, la imagen patriarcal, la autoridad basada en el respeto que le da la fuerza de trabajo, la ostentación del poder adquisitivo o su presencia protectora en el grupo. De principio, hay una intención participativa hacia el interior del texto, yo diría que es un "pretexto"; se parte del dato curioso para hacernos incursionar más a fondo en la problemática social. Vemos como el mismo Rojas González nos relatará en "Las vacas de Quiviquinta", con cierta ironía, un acontecimiento descabellado en el que una mujer cora tiene que abandonar a su familia para alquilarse como nodriza en una familia mestiza. Otro aspecto importante se relaciona con el abandono de la aldea y el supuesto contagio de civilización que sufren los indios y que finalmente les acarrea

problemas con la gente de su raza. Juan Pérez Jolote vuelve a su aldea y se le acusa de "aladinado". José Damián le causa -- serios disturbios a la tribu tzotzil después de haber vivido -- con los mestizos; Pedro González Winikton regresa de la planta ción y se convierte en uno de los que encabezan la rebelión cha mula en Oficio de Tinieblas. Sin embargo, esta característica es más propia de la realidad indígena que de la novela estrictamente hablando; pudiera decir que esto es una constante de vida en la realidad. Ya veíamos anteriormente cómo en las novelas - de Traven los personajes siempre quieren volver a su paraje; in cluso en La nube estéril hay una insistencia en que Pedro, que ha estudiado en el seminario de Pachuca, ya no vuelva a integrar se a la tribu otomí, a pesar de que éste tiene toda la intención de volver a ella para ayudar al fortalecimiento de su educación. Esta característica apunta más bien a la pérdida de identidad, así también a la desconfianza de la tribu cuando alguien no ha pasado su infancia o su juventud bajo el signo de la misma. Pa rece ser que existe una intimidad que solamente se comparte a - través de la experiencia conjunta.

Parte de esta experiencia de vida lo es también el deseo de cerrar el ambiente indio frente al mestizo; existe un celo - de intimidad que despierta una paradoja muy extraña si tomamos en cuenta que la mayoría de este tipo de trabajo parten de una investigación de campo en la cual se cuenta en gran medida con la presencia de informantes. Me refiero a la experiencia de -- Carlo Antonio Castro: Che Ndu, ejidatario chinanteco, o al mis mo Juan Pérez Jolote; incluso puedo hacer alusión a ese conjun to de relatos reunidos por Roberto J. Weitlaner, que subsidió - el Instituto Nacional Indigenista y se publicó por primera vez en 1977 con el título de Mitos, relatos y leyendas de la Chinan tla, y cuya intención se esconde única y exclusivamente en la - divulgación de una cultura indígena a través de sus tradiciones. La revelación del dato en sí despierta ya un grado elevado de - interés, porque nos pone frente al indio en un retroceso. Otra vez nos enfrentamos a la leyenda inventada por él y revivida por el hombre blanco que es quien realiza estas investigaciones y -

aventura en los trabajos de campo; el que gana los premios y finalmente el que sigue disfrutando de la miseria en que viven los indios. Probablemente no tenga mucho sentido que diga ésto, pero en alguna ocasión en que tuve la oportunidad de entrevistarme con uno de los hijos de Juan Pérez Jolote, reacio a darme información se quejaba de que los estudiosos de los indios se hacían famosos y ganaban mucho dinero, y jamás regresaban a darles siquiera las gracias. De tal suerte, que éste sería también, en extremo, uno de los tantos vehículos de explotación que han victimado al indio.

N O T A S

1. Mario Vargas Llosa, "Tres notas sobre Arguedas" en Nueva narrativa latinoamericana, Paidós, Bs. As., - 1972, p. 32, (Letras mayúsculas).
2. Hernán Cortés, Cartas de relación de la conquista de México, Espasa Calpe, Madrid, 1971, p. 30.
3. Miguel León Portilla, El reverso de la conquista, - Joaquín Mortíz, 1977, pp. 116-117.
4. José Carlos Mariátegui, Siete ensayos de interpretación a la realidad peruana, Casa de las Américas - La Habana, 1975, p. 23.
5. César Rodríguez Chicharro, La novela indigenista en México, tesis de Maestría, UNAM, 1959, p. 10.
6. Anónimo, Xicoténcatl, en La novela del México colonial, vol. I, Aguilar, México, 1972, p. 96.
7. Concha Meléndez reconoce la existencia de dos clases de novela de tema indio, la indianista, en la que priva una mera emoción exotista, y la neoindianista, en la que se advierte un exaltado sentimiento de reivindicación social, (tomado de la tesis - del maestro Chicharro, p. 6).
8. Xicoténcatl, en Op. Cit., p. 104.
9. Xicoténcatl, p. 185.
10. César Rodríguez Chicharro, Op. Cit., p. 20.
11. Ibidem.
12. Entre otros críticos que sostienen esta versión se encuentran:
Alberto Zum Felde, Índice crítico de la literatura hispanoamericana; Luis Alberto Sánchez, Proceso y contenido de la novela hispanoamericana y John Brushwood, México en su novela.
13. Concha Meléndez, La novela indianista, Hernando, Madrid, 1934.

14. Ralph Emerson, Historia de la novela mexicana en el siglo XIX, Antigua librería Robredo, México, 1953, p. 79.
15. John Brushwood, La novela hispanoamericana del siglo XX, - una vista panorámica -, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, 405 pp.
16. Idem, p. 17.
17. Ricardo Gullón, Direcciones del modernismo, Gredos, Madrid, 1971, 220 pp.
18. Alberto Zum Felde, Índice crítico de la literatura hispanoamericana, Guaranía, México, 1954, 660 pp.
19. Luis Alberto Sánchez, Proceso y contenido de la novela hispanoamericana, Gredos, Madrid, 1968, 625 pp.
20. José Carlos Mariátegui, Op. Cit. p. 214.
21. Alberto Zum Felde, Op. Cit.
22. Luis Alberto Sánchez, Op. Cit.
23. Bruno Traven, La rebelión de los colgados, Compañía general de ediciones, México, 1984, p. 146.
24. Antonio Rodríguez, La nube estéril, Ediciones "Amigos del café de París", México, 1952, p. 34.
25. Luis Alberto Sánchez, Op. Cit. p. 499.
26. Adalbert Desseau, La novela de la Revolución Mexicana, - Fondo de Cultura Económica, México, 1973, 463 pp.
27. César Rodríguez Chicharro, Op. Cit.
28. Joseph Sommers, "El ciclo de Chiapas", nueva corriente - de la Literatura en México", en Cuadernos americanos, - Número 2/323, Marzo-Abril, 1964, p. 250.
29. Ricardo Pozas, Chamula, un pueblo indio en los altos de Chiapas, Instituto Nacional Indigenista, México, 1978.

30. Emmanuel Carballo, 19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX, Empresas Editoriales, México, 1965, p. 345.
31. Lucien Goldman, Para una sociología de la novela, - Ayuso, Madrid, 1964, p. 22.

II. OFICIO DE TINIEBLAS, LA VISION DE UN MUNDO HIBRIDO.

1. EL MANEJO DEL ESPACIO.

El espacio en Oficio de tinieblas, como en toda novela, se maneja también de manera híbrida. Por una parte, se atiende a un espacio geográfico, tangible que se mueve a niveles de objetividad (puede decirse un espacio localizable), por otra parte el espacio se mueve en la subjetividad y en la magia. La región tiene su más cara justificación en el juego de los tiempos, cuando los designios se dejaron sentir en las espaldas de aquéllos que, por su naturaleza, fueron condenados a la persecución y al exterminio. Los escenarios se transforman una y otra vez, siempre obedientes a la intensidad que les va dictando el curso de los acontecimientos. Esto es, los espacios físicos se desdoblan y adquieren matices insólitos, sea de resplandor o de penumbra en tanto que se convierten en testigos mudos de un conflicto. Puedo decir que toman el color de la problemática. Un primer acercamiento -- nos enfrenta con la división de los espacios geográficos que se proyectan en los altos de Chiapas y con ello podemos participar de las distancias, que indistintamente juntan o separan a los personajes en conflicto. Una primera distancia se puede manejar de San Cristobal (Jobel o Ciudad Real en la novela) a los pueblos habitados por los indios, concretamente al pueblo de San Juan Chamula. Un segundo plano nos sitúa en la distancia que hay entre Tuxtla Gutiérrez a San Cristobal y, por último, la que existe entre la capital de la República y Tuxtla Gutiérrez. Este primer acercamiento nos permite vislumbrar en línea ascendente y -- descendente la distancia que existe en el juego del poder y sobre todo en aquéllos que sufren las consecuencias de este juego. Esto de alguna manera nos pone a la puerta del conflicto a un nivel general. Posteriormente podemos particularizar los espacios en un plano reductivo, hasta llegar a la casa de los Cifuentes, la recámara de Idolina, por un lado, y, por el otro, a los parajes, a la casa de Pedro González Winiktón, a la iglesia o las -- cuevas de Tzajal - Hemel. La hacienda quedaría como una exten---

sión, el vehículo de unión entre indios y ladinos; las oficinas de gobierno, la iglesia de Jobel e incluso la casa del obispo, como centros donde se mueve el arbitraje del conflicto o -- donde se dictan las consignas que aceleran la reuerta.

Lá novela se inicia con la descripción del paisaje que co-
bija el suelo donde se moverá posteriormente la trama. Las vo-
ces de San Juan Fiador se articulan de una manera lejana, en --
tanto que éste se proyecta como creador, como el que dejó caer
la mirada en el valle, en ese escenario que se pinta limpio, cu-
yo ambiente invita a la creación. Sin embargo, esta descripción
mítica se va recrudesciendo en la medida en que el narrador omni-
siente apunta que ni los tzotziles, ni los conquistadores supie-
ron descifrar el prodigio de las ovejas convertidas en piedra.
Esto, como en el Popol Vuh, arroja al hombre a merced del casti-
go y lo pone a la puerta de una muerte constante en tanto no de-
muestre su grandeza frente a los dioses. En esta imagen del es-
pacio también se pueden plantear los indicios del conflicto que
se ventilan a lo largo de la novela. Una conjunción de hombres
propios y extraños (originalmente indios y blancos, con el tiem-
po indios y mestizos); esclavizadores y esclavos, poseedores de
los bienes y desposeídos, etc. Sin embargo, existe una caracte-
rística en común que los hermana, y ésta es su falta de sensibi-
lidad o tacto para entender los designios de los dioses. No pue-
do adelantarme al juicio sobre la novela, pero considero perti-
nente advertir que éste es el tenor en el que en lo sucesivo se
proyectará; porque de una disputa de espacio se genera un con-
flicto sobre el prestigio de los dioses.

Los matices religiosos con que se maneja esta descripción
se van atenuando, parece que van disminuyendo en la medida en --
que el movimiento se estabiliza y nos sitúa en el tiempo de la
injusticia, en donde el hombre ya tiene ejercicio de mando. Las
mujeres que vienen bajando de Chamula y son interceptadas por -
las atajadoras; la huída de una india (Marcela), nos sitúan de
pronto en Ciudad Real e intempestivamente en la casa de Leonar-
do Cifuentes. Se puede observar que la brusquedad con que se --
mueve el espacio no es del todo gratuita, la pasividad y la crea-
ción dan paso a las acciones de los hombres que se recrudescen -

para ponernos frente a la violación de Marcela. Es necesario anotar que, como en esta ocasión, en el resto de la novela no existen deslindes sistemáticos del espacio, pues en cada transfiguración está oculta una historia individual. Si bien es cierto -- que las acciones se inician con la violación de Marcela por parte de un mestizo y en este acontecimiento se sientan los bastidores del conflicto, también lo es el hecho de que siempre que nos refiere la choza de Catalina o la recámara de Idolina, e incluso la casa obispal, lo hará en función de agregar una historia a la gran historia que forma el cúmulo de acontecimientos de que se compone la novela: la esterilidad de Catalina, el abandono en que se encuentra Idolina o la rebeldía del Padre Mandujano. Es evidente, por lo demás, que este juego de espacios se torna caprichoso en la medida en que se va subordinando a los móviles que persigue la novela. Por ejemplo, la casa de Julia Acevedo, esposa de Fernando Ulloa y amante de Leonardo Cifuentes, que bien -- podría en un principio interpretarse como el sitio de donde emana la justicia, el lugar de la promesa o la reivindicación del indio, este espacio se convierte de pronto en el escenario de la deshonra: el amasiato corona la incertidumbre y deja el paso a la intriga. Finalmente este sitio se convierte en el centro de reunión de los mestizos durante el transcurso de la rebelión, donde el despecho y el ocio de la gente agraviada por los indios -- distraen en cierta forma el conflicto principal. Pero se debe -- apuntar que esta distracción se canaliza en la intención de profundizar en torno al resentimiento que las mujeres coletas tienen de Julia Acevedo, alazana, extranjera, osada mujer que por su belleza y presencia las aventaja. En apariencia esto no pasaría más que como un dato costumbrista y, sin embargo, nos sirve para continuar con la parte que la novela dedica a la intriga, pronunciada de manera superlativa en el mundo de los mestizos. El espacio ambientador nos hace penetrar en el conflicto a despecho de los mismos personajes, porque ciertamente no puede pasar desapercibido el manejo de los contrastes, por ejemplo, la ostentación de la casa obispal frente a la morada del padre Mandujano en San Juan Chamula. Tampoco se puede soslayar el manejo que se hace de las fincas, la forma en que se habilitan ocasionalmente por la llegada del presidente. De esta manera aquel es-

cenario que siempre ha sido mosaico de imágenes rústicas, deshumanizadas y, hasta cierto punto, inhóspitas, de pronto se engalana con servicios, salones de clase y dos o tres viviendas presumiblemente habitables. Aquí también encontramos una serie de contrastes; la casa mayor donde se recibe a los mandatarios, la cabeza de la finca, esto es, la fachada de la hacienda frente a lo que es en esencia la hacienda, o simplemente, frente a los parajes indígenas. Es probable que éstos últimos se igualen por su miseria a los sitios que ocupan los indios en las fincas, sin embargo, guardan con ellos ciertas señas de identidad en tanto que la hacienda se presenta como el extrañamiento y el abandono.

Si bien es cierto que no es Oficio de tinieblas la primera novela en que el indio se contempla a través de la finca y el enganchamiento, considero que sí se agudiza en ella el desencanto por el dinero y los supuestos beneficios que trae consigo esta operación. Recordamos que en las novelas de Traven, de Rubín e incluso del mismo Pozas, se maneja la finca como un espacio -- aparte de la población indígena, pero no por la distancia, sino por la pérdida de identidad, por la degradación con que se acompaña al trabajo y por los vicios que acrea el mundo mestizo. Es to es, la finca es el sitio idóneo para corromperse, para hacerse a las costumbres de los ladinos, es evidente que no existe -- otra perspectiva. En Oficio de tinieblas en cambio se ofrecen varias perspectivas, Pedro González Winiktón, -pasado juez- que debe abandonar el paraje para incorporarse al enganchamiento, es quien nos muestra la visión de éste. El viaje desde que los indios llegan a Ciudad Real y hasta antes de situarse en la finca combina elementos en donde se fusionan narrador y personaje para proyectarnos el grado de injusticia, por lo menos en el trato con los mestizos, y no es gratuito que sea un pasado juez quien reflexione de esta manera:

"...¿Cómo está esto?, se decía. Yo dejo mi casa, mi familia, mi paraje; camino leguas, bajo montañas, sufro el calor, me duele la enfermedad, no estoy de haragán, tirado todo el día en la hamaca, sino que rindo la jornada completa. Y cuando llega la hora de regresar resulta que regreso con las manos vacías. A mi modo de ver no está bien, no es justo."¹

Arrancar al personaje de su escenario natural, situarlo lejos, sirve también para justificar su transformación, sólo -- que -insisto- el cambio que sufre Winiktón descansa en la tendencia de la novelista, que parte de un problema existencial en su personaje (la esterilidad de su mujer o la falta de comunicación) y nos conduce a un problema eminentemente social, que descansa en la carestía de la vida, problema que por lo demás, origina a la mayoría de los indios a abandonar su paraje. González Winiktón es un recurso como personaje para presentarnos dos espacios, por una parte el paraje y posteriormente la hacienda o la plantación. A la vez, también con él se exhiben las condiciones de trabajo en que se encuentran los peones, y se proyecta la soledad.

Retomando entonces la primera parte, caemos en la cuenta de que la autora desciende de los niveles de descripción a medida que los conflictos que plantea se van haciendo más viscerales, quiero decir con ésto más extensivos al individuo. Los hombres dan la pauta a las acciones, pero éstas tienen diferentes enfoques que parten de los pueblos indio y mestizo hasta llegar a situaciones personales. En los pueblos se plantean problemas de naturaleza social, política o económica, de carácter tribal, incluso religioso. Mientras que en los segundos (personajes), los manejos se mueven en la intriga, los celos, la traición, el reproche, el abandono, la soledad, etc.

La recámara de Idolina es oscura y se maneja siempre detrás de algo, confiere un ambiente de hermetismo y en ella se desenvuelven los misterios donde se pierden los orígenes de una traición, tal vez alimentada o, por lo menos, evidenciada por el resentimiento y el abandono en que se encuentra Idolina; pero es evidente que ahí, en ese lecho frío y tenebroso sólo se puede contemplar la venganza. Es necesario ampliar este punto porque será una constante en que descansa la novela. En cambio, en Ciudad Real, en Chamula, en las haciendas el conflicto está aparentemente despersonalizado, porque se plantea a través de una falta de equilibrio social. Estos espacios, a diferencia del espacio mítico, son los que el hombre confecciona y en todo ca-

so la injusticia que se cierne sobre ellos obedece a los resultados de una contienda legendaria que pudiera cimentarse en el destino, esto es, en aquello que los dioses dieron a los hombres en castigo a su incomprensión. Esta contienda que no se ha finiquitado, que permanece latente y se agudiza en la medida en que -- afloran las contradicciones. Lo mismo Cifuentes que el licenciado Virgilio Tovar refieren a Ulloa la historia de la población -- como una cadena de levantamientos de indios; como una constante repetición de actos violentos en los cuales los mestizos supuestamente siempre llevan la peor parte. La violencia tiene dos caras, aquella que se presenta a través de la obvedad -- la muerte o el saqueo por ejemplo--; esta violencia está vedada por la ley y es castigada acremente. En cambio, la otra cara de la violencia se presenta en los actos cotidianos, donde es muy común que los indios sean vejados o trasgredidos en sus derechos, y, más que común, es una costumbre que por supuesto está amparada en -- la ley.

En estos espacios el problema es de justicia, pero se puede observar que en no pocas ocasiones la palabra pierde su concepción original. Por ejemplo, los finqueros aducen que no es -- justo el deslinde y en cambio los indios se proyectan como víctimas de un despojo.

Justicia y venganza son los móviles directos de la novela y en ellos se encumbra la mayor parte de la trama. Es necesario anotar que el grueso de las descripciones quedan en la primera parte de la novela, aproximadamente los diez primeros capítulos son bastante generosos en el reflejo del escenario, en ello se hace patente la preocupación de la autora por encuadrar al lector en el valle. Siempre se hace alusión a la ignorancia de los que vienen de fuera respecto al problema de la tierra; de las -- costumbres y de la forma de vida que se lleva en Jobel. El mismo gobernador del estado parece ignorar cuál es la médula del -- conflicto. Los móviles que propician el escarmiento a los in-- dios y el encumbramiento de Leonardo en la política parecen obedecer a una insistencia perpetua de un pueblo que, parece ser, guarda una promesa de mantenerse cerrado a todo lo que sucede -- en el resto del país. Las justificaciones de los finqueros ante

el gobernador obedecen a esta premisa, así como los anónimos que recibe el gobernador, la orden que da un finquero a sus peones - para que bajen a Ciudad Real donde de inmediato son aprehendidos y desconocidos por su patrón, y, por último, los cuadros que se pintan a través de Cifuentes en los cuales los miembros de la -- guarnición se matan por miedo o aburrimiento. Todo este cúmulo - de acontecimientos curiosamente hilvanados nos da la certeza de que el lugar, Ciudad Real y sus alrededores, no solo están con-- tra el reparto de tierras, sino al margen de las medidas guberna-- mentales que pretendan despojarlos y que el reparto no se hará - sin que medie un derramamiento de sangre.

La muerte restablece la tranquilidad, los hombres viven - en tanto que son presa del conflicto. No es gratuito que uno de los acontecimientos con que se cierra la novela sea la muerte del obispo Cañaverál, y otro, el sueño de Idolina; dos puntos equi-- distantes en el espacio de la novela, puesto que es el obispo, - en compañía del padre Mandujano, quien contempla con indiferen-- cia el instante posterior a la violación de Marcela, y lejos de auscultar el desparpajo en que se encuentra, se concreta a orde-- nar a su subordinado que le socorra con una limosna. La muerte - acecha y el obispo caduca como caducan los valores o las autori-- dades religiosas debido a su insuficiencia, ya no para resolver, sino para mediar entre las partes que pueblan el conflicto de la tierra. Sin embargo, es paradójico que aún cuando las autori-- des religiosas quedan al margen del conflicto, la novela conclu-- ye con una serie de sentencias que nos permiten vislumbrar el -- destino de la tribu tzotzil y el final a que llegó la disputa -- sobre la tierra.

"...desnudos, mal cubiertos de harapos o con ta parrabos de piel a medio curtir, han abolido - el tiempo que los separaba de las edades preté-- ritas. No existe ni antes ni hoy. Es siempre la derrota y la persecución. Siempre el amo que no se aplaca con la obediencia más abyecta ni con la humildad más servil. Siempre el látigo cayen-- do sobre la espalda sumisa. Siempre el cuchillo cercenando el ademán de insurrección. En esta -

eternidad se cumple el destino de la tribu porque es voluntad de los dioses que los tzotziles permanezcan en grutas y al aire libre, de noche y a pleno sol. Hembras y varones se ahuyentan para perpetuarse. "2

El manejo del espacio se cierra en un tono sentencioso, la pérdida de la tierra tiene finalmente móviles más fuertes que la justicia de los hombres, porque se cifra en la condena de los dioses; porque, como apunta la novela en el primer capítulo, los indios tzotziles no fueron capaces de comprender el legado de los dioses.

También la novela se cierra en la recámara de Idolina, quien ha vuelto a la enfermedad, porque sus deseos aquellos que le permitieron adquirir una movilidad perentoria fueron fugaces, se desvanecieron en una nueva traición, y, finalmente su venganza - como la sed de justicia de los indios se perdieron en la frustración. Idolina yace oculta en su habitación, rodeada de sombras, extraviada en las tinieblas, sólo escucha el murmullo de la india Teresa que pretende recuperar el sentido mágico de la existencia a través de uno de sus tantos relatos, a la par que el narrador omnisciente advierte:

"...La nana calló. Con suavidad puso la cabeza de su niña dormida sobre la almohada. Silenciosamente volvió a su lugar. Faltaba mucho tiempo para que amaneciera."3

Con esta imagen de silencios agazapados en el misterio se cierra la novela, el mañana se encuentra aún en la lejanía.

2. EL MANEJO DEL TIEMPO.

La novela se mueve en varios tiempos; puedo hablar inicialmente de un tiempo concreto que se ciñe estrictamente a la cronología de los acontecimientos narrados. De este criterio encontramos que el tiempo transcurre entre diez y doce años que se mane-

jan posteriores a la violación de Marcela y hasta la crucifixión de Domingo. En este lapso sin embargo, existen varios desdoblamientos que deben hacerse notar. Primero, la omnisciencia narrativa que arbitrariamente salta a la linealidad temporal en beneficio de la intensidad que va tomando el relato. Es evidente que no hay una intención declarada por iniciarnos en la afrenta que sufre una mujer india y contarnos su historia - hasta que el hijo, producto de esta afrenta muere. En todo caso este acontecimiento sirve como pretexto para conducirnos al conflicto principal que, como anteriormente mencionaba, se mueve entre dos tiempos. El tiempo del despojo de que han sido - víctimas los indios, y, el de la justicia que corresponde al reparto de tierras envuelto en una promesa declarada.

Naturalmente en orden progresivo se deben manejar primero el despojo y posteriormente el reparto. Sin embargo, para la ideología que se maneja en los finqueros no existe una memoria de despojo, en cambio sí hay un pánico por el reparto de tierras. Podemos remitir a ambas situaciones a una dicotomía - de tiempos, pasado y futuro y en la medida en que los acontecimientos se van condicionando a estos tiempos, el reparto de - tierras quedará como una ilusión para los indios a la par que como una afrenta constante para los finqueros. Segundo, la presentación y aparición de los personajes exige necesariamente una explicación que justifique su presencia en el conflicto, - de ahí que la novela tenga que estar llevándonos constantemente al terreno de la retrospectiva. Esto permite detallar la - personalidad de los protagonistas de manera individual, así como también nos pone en conocimiento de su insidencia en el conjunto. En este sentido el narrador se vale de la apreciación - histórica, que continuamente pone en boca de los personajes y que en ocasiones les permite profetizar. Tales son las disertaciones de Virgilio Tovar que se refugia en la historia de la población y que, cuidadosamente detalla los levantamientos indígenas, mismos que ahora (tiempo presente en la novela) por ningún motivo permitirán los coletos. Por último, como ya he - dicho anteriormente, si la novela se mueve en un espacio miti-

co, lo más lógico es que los niveles de tiempo tengan que subordinarse a esa necesidad.

La novela se inicia evocando un tiempo mítico, legendario, aquel en que San Juan Fiador puso su mirada en el valle y concluye con la condena de la tribu tzotzil, esta condena se intensifica en la medida en que el adverbio "siempre" se repite vigorosamente. El dominio que sobre el tiempo ejerce el narrador se debe en gran parte a su omnisciencia, porque este recurso le permite aislar no sólo a los personajes, sino además a los acontecimientos. Por ejemplo, en la segunda salida del padre Mandujano rumbo a San Juan Chamula, el obispo Cañaverel le da instrucciones a la hora de partir, las cuales se dice, casi no son escuchadas por el interpelado que está sordo por la ansiedad que le depara el repetir su hazaña de castigar a los indios:

"...-y no los condenes porque son idólatras. Es la ignorancia, el desamparo. Sírvales de consuelo tú, que sientan al través de tu misterio que nuestra iglesia los acoge y los protege.

Mandujano asentía ya sin oír. Con sus manos atormentaba el fuate con que iba a castigar a su cabalgadura. El fuate que levantó en la cueva de Tzajal-Hemel y que no pudo descargar porque Catalina se interpuso entre él y los ídolos y se lo arrebató.

El padre Mandujano quiso castigar a la ilol pero unos hombres lo sujetaron por la espalda. Catalina quebró el fuate contra sus rodillas y ésto fué como una señal. Algunos con paños, otros con machetes y los demás provistos con piedras todos se abalanzaron contra el padre Manuel. Cuando se fueron de allí no quedaba más que una masa asquerosa de huesos y de sangre. El sacristán que lo acompañaba, Xaw Ramírez Paciencia, se salvó

de milagro."⁴

La cita es bastante prolongada, pero pienso que vale la pena reproducirla totalmente para que se pueda observar como el narrador acelera los acontecimientos con base a la proyección de su personaje. Sólo así se entiende que un mismo plano del relato se manejen tres tiempos. El pasaje confunde al lector, pues parte de un acontecimiento que ya había sucedido y que, con el mismo personaje en una situación semejante se espera que se repita. Todo recae en la acción de levantar el fuste que implica castigar con ello la idolatría. Sin embargo, contra lo que se espera en una lógica de tiempo lineal, esta acción se recrudece ahora con la muerte del padre Mandujano.

También la omnisciencia narrativa permite a la autora hacer una discriminación tanto de acontecimientos como de personajes. Por ejemplo, en los primeros cinco capítulos del texto sólo transcurren nueve meses, que son los que tarda en nacer Domingo, pero en el tiempo del relato ya se pueden manejar una gran variedad de acontecimientos que permiten la ambientación de la novela: se conoce la esterilidad de Catalina las inquietudes y el silencio de Winktón, los orígenes de Cifuentes, el retraso mental de Lorenzo, la boda de este con Marcela, etc.

Esta forma de estructura que nos ofrece la novela en su primera parte, aproximadamente hasta el capítulo veinte, la hacen más densa y especulativa, parece que hasta ese punto sólo se sostiene en la promesa, la misma promesa de venganza para Idolina y de justicia para Winktón.

La última parte de la novela transcurre en los meses que duró sitiada Ciudad Real, parte de la noche de los indios y concluye con la llegada del gobernador. Este tiempo se cuenta a través del obispo Cañaverál, y parece que no son más de diez meses, porque siguiendo la lógica del pensamiento de los coletos, con un mes que hubiera rebasado el año, lo contarían por años, pues este tiempo se mide a partir de dos vehículos:

se trata de hacer más pronunciado el peligro que corrieron los coletos durante el sitio de la ciudad, segundo, justificar de alguna manera las medidas represivas que tomaron contra los indios. Nótese que la voz del obispo es casi de ultratumba, parece sentenciosa y a la vez, no deja siquiera una pauta para que el gobernador, que lo escucha, pueda dudar.

En esta última parte la novela se torna más intensa - porque toda la trama se va desenredando, pues los conflictos se van desenlazando y adquieren matices que incluso rebasan al relato. Estructuralmente los capítulos son más cortos -esto se justifica estilísticamente por el grado de interés que cobran las acciones- . Aproximadamente en el capítulo veintinueve se habla de la noche de los indios; para este momento las contradicciones entre indios y mestizos ya cristalizaron en la violencia física; ya se habló de represión y muerte, pero también se debe observar que para este momento las intrigas entre los coletos han perdido su interés, por lo menos el que despertaba a los personajes coletos. Por ejemplo, parece que las relaciones entre Julia Acevedo y Leonardo Cifuentes, ya pasaron de la espectación a la rutina, esto sucede aun en el interior de los amantes, tanto que la autora se decide a cortar estas relaciones con una no muy original despedida.

En este sentido se maneja un tiempo que se subordina al peso de las acciones y éstas no hacen sino alterar el rítmo de vida que por su monotonía se había eternizado en un pueblo que destaca por la singularidad de sus costumbres y por la persistencia en su abolengo. Vemos que lo que viene de fuera necesariamente altera este ritmo de vida, violenta al pueblo en la medida en que rompe con su silencio, y más aún, porque pretende rebasar un orden y un estado de cosas que se vienen fraguando desde siglos.

La novela plantea el conflicto de tener que luchar contra el tiempo, porque esta lucha simbólicamente implica una reacción contra el cambio, vemos como las acciones que

transcurren en la novela sólo mueven un dique que ha permanecido por generaciones estático, y pasarán otras tantas para que vuelva a ser movido; porque en ello está de por medio el escarmiento y la venganza que toman los coletos contra los indios.

El tiempo de la novela es un tiempo de acción que en la memoria de los personajes se mueve como una pesadilla por una parte y como un insomnio eterno por la otra. Esto implica el semblante de triunfo de los mestizos al concluir la narración; el trago amargo ha pasado y ahora se restañan las heridas, Leonardo Cifuentes será diputado y acaso en no mucho tiempo gobernador. Esto será una garantía de inmunidad para los finqueros y acentuará la contunuidad del dominio de los mestizos sobre los indios. Sólo así se puede entender la posibilidad de detener el tiempo, que implica detener el cambio.

Este manejo de la situación que hacen los finqueros a partir de una serie de recursos y que les permite conservar el dominio de la situación, se traduce en el sentir indígena sobre el destino, aquel destino que tan inexorablemente les ha perse-

guido y que sólo pueden entender a partir de la embriaguez y el fanatismo religioso, Teresa López lo dice así cuando en el último capítulo de la novela realta a Idolina el cuento de la ilol que se atrevió a levantar la mano contra los blancos, un cuento de miedo, pues finalmente las cosas volvieron a su lugar de origen ahora nadie se atreve siquiera a pronunciar el nombre de aquella ilol.

La violencia que irrumpe en la novela a través del levantamiento se canaliza al final como un acto de solidaridad por parte de los coletos, dato curioso, pero durante el sitio de la ciudad sólo podemos observar cómo todo el pueblo es víctima de la indisciplina el desorden, la anarquía y el miedo, pero cuando se vuelve al orden sólo existe para los indios una historia más de miedo, en tanto que para los mestizos una nueva razón para sentirse orgullosos, pues finalmente acabaron con el acto de rebeldía.

3. LOS PERSONAJES.

La forma como están hechos los personajes en Oficio de tinieblas parte de dos criterios; el primero obedece a una aparición súbita, mientras que el segundo está precedido de una presentación previa. No puedo utilizar criterios de estilística respecto a la importancia que guardan los personajes, pienso que esto implicaría necesariamente desplazar a aquellos que se consideran de menor importancia por su grado de participación o porque las acciones que desarrollan llegan a tener menor sentido o importancia en la narración.

Quiero tomar nuevamente la premisa inicial respecto a la perspectiva de la novela que nos proyecta un mundo híbrido, porque esa hibridez se hace extensiva a los personajes y con ella a la recreación de este mundo.

En cierta forma los personajes en Oficio de tinieblas manifiestan un respeto temerario por la realidad, considero que de ahí deriva su arraigo a las cosas naturales (que ellos consideran naturales), y su reacción violenta a cualquier indicio de cambio, pero esto sólo justifica su alienación. Estos síntomas se dejan sentir con más fuerza en los coletos, puesto que son ellos los que detentan el poder y los que ejercen dominio sobre la situación. Sin embargo, no es menos grave en los indios que vislumbran el cambio en la opacidad, cuando no en la lejanía. El cambio es algo que sólo se puede contemplar a través del desafío y éste, (el desafío) sólo tiene espacio en la embriaguez. Entendemos entonces porqué los indios se niegan a mostrar a Ulloa sus títulos de propiedad; entendemos también su desconfianza ante los mestizos que se encargan del deslinde. El juego puede situarse en el engaño que secularmente les ha avasallado y que habla de la vuelta de la justicia, pero también se puede comprender que los indios temen a la organización, porque incluso en el levantamiento reniegan de Ulloa cuando éste no les permite actos vandálicos; la advertencia de César Santiago a Ulloa no puede ser más clara:

"-A estas alturas ingeniero, yo le aconsejaría ser más prudente. Ya Winiktón no come de su mano, y es natural, puesto que en todas las ocasiones que se han presentado, usted ha ido contra los deseos de él y de quienes lo siguen.

-¿Pero cuáles son esos deseos?

-Son pocos. Y fáciles de realizar: el robo, el asesinato. Se desahogan y pueden dormir tranquilos."⁵

Parece que el espíritu de alienación aumenta en la medida en que la situación se hace más conciente, por lo demás como grupo jamás vislumbran arrebatarse el poder a los mestizos, saben que su triunfo es bastante perentorio y por ello no lo gastan en reflexiones.

La reacción de los mestizos en cambio es totalmente diferente, se dejan encabezar por un líder (Cifuentes) al que todos ovidian o envidian, pero en el que descansan las esperanzas de tranquilidad. Los mestizos aceptan una organización, sobre todo una conducción, saben que en ello les va el triunfo. Es probable que en los mestizos tenga mayor fuerza el miedo a perder la posesión de las cosas. Cabe mencionar, con toda la relevancia que pueda traer un análisis más profundo, la formulación que hace Cifuentes de un "manual de ordenanzas militares". Naturalmente que esto obedece a -como afirmaba anteriormente- la noción que tienen de la propiedad, y como consecuencia el temor de perderla.

La ideología de los coletos les ha inculcado el poder de la propiedad, se sienten civilizadores, en cierto sentido colonizadores de unas tierras supuestamente abandonadas por los indios por ello no entienden la palabra despojo, al contrario, ellos -por su acción de restituir la tierra, se sienten con derechos sobre ésta y el deslinde les parece un acto de injusticia por parte de las autoridades, es Leonardo Cifuentes quien lo comenta:

"Cuando llegamos en esta región no se vafan más que eriales, bosques talados, quemazones. Los indios no supieron hacer otra cosa durante los siglos que fueron dueños de esto. Fuimos nosotros, con nuestro sudor, con nuestro esfuerzo los volvimos este lugar una hacienda fértil y productiva. Digame usted, en justicia, ¿quién de los dos, ellos o nosotros, tiene derecho de propiedad? Y ya no por justicia, por conveniencia; gracias a nosotros hasta los mismos indios tienen trabajo, ganan su dinero. En cambio mire usted al indio suelto, al que no se acasilla ni reconoce amparo de patrón: se come los piojos porque no tiene otra cosa que comer. Haragán como ése no hay otro"⁶

El estatismo sistemático, la costumbre que a base de repetirse se ha convertido en ley, forman un fuerte cimiento en que se sienta la noción de la propiedad; asimismo la refuerzan la conveniencia, y el sentido común como ejercicio de dominio. Son estos los argumentos de Cifuentes que justifican, más que el despojo, su condición de coleteo y la necesidad de asumir esa postura antes de verse reducido a cualquier cosa que no esté a la altura de la personalidad de patrón.

Es importante hacer hincapié en el sentimiento de patrón en un hacendado, porque es obvio que no todos los habitantes de Ciudad Real lo son, pero es una constante en todo mestizo, parece una aspiración de clase, misma que les subordina, que les hace obedecer al finquero y los hace combatir para defender su derecho, que es el derecho del patrón, esto es defienden en última instancia el derecho de aspirar a la propiedad. Sólo a la luz de este criterio podemos entender que algunos mestizos que hasta ayer eran indios ahora se vuelquen contra sus herma-

nos de raza, contra aquellos que por lo menos les proporcionan mayor posibilidad de identificación.

Esto es un problema eminentemente social, pero como antes he mencionado, paulatinamente va tomando matices políticos se convierte pronto en un problema de ideología.

El mismo acercamiento a la ciudad, aunque sea en calidad de servidumbre hace que el indio se sienta menos indio; - más cerca de la civilización, esto es, lo hace más mestizo y por lo tanto, le da acceso a la promesa de la propiedad. Es necesario aclarar por otra parte, que este acceso no siempre se materializa, a menudo se pierde en la ilusión de lo que llama From⁷ "tener para aspirar". En este sentido la noción de civilización en el indio se convierte en su propio enemigo porque lo hace su adversario y lo enfrenta a una lucha consigo mismo. El indio no es finquero, pero la finca supuestamente le da de comer; no aspira a gobernar, pero su carácter de soldado (aunque sea habilitado), le confiere un indicio de autoridad, esto es, de participación en la defensa de la ciudad; no es obispo ni sacerdote, pero defiende una creencia que considera suya. El orgullo de haber alcanzado la categoría de colono se debe exhibir con todo lujo de aspavientos, aun cuando en ocasiones este nuevo mestizo sea delatado por el color de su piel.

La imagen civilizadora tiene un nexo muy estrecho con la identidad y esta descansa en el derecho a la propiedad, aunque en la mayoría de las veces no rebase el atuendo; porque la ropa del mestizo implica la renuncia a los orígenes indios y contribuye a acercar al que la posee a otros mestizos triunfadores, por lo menos lo aleja de estos indios que describe Leonardo Cifuentes, la base del derecho a la propiedad ideológicamente se fundamenta en la capacidad para el trabajo. Esta nueva situación coloca al indio paradójicamente en otro tipo de humillación. aquella que inventa la civilización para cerrar -

las puertas a los advenedizos. Por eso es comprensible que la primera prueba que pasa el mestizo lo arroje a la servidumbre. El discurso de Cifuentes alumbra bastante respecto a esta visión incluso se contrapone a la sentencia de otro finquero que señala que el mejor indio es el indio muerto, porque entonces ¿quién va a trabajar la tierra? ¿de dónde va a derivar el orgullo de ser patrón si no hay servidumbre?

Este proceso de transformación que lanza a los coletos a las "ordenanzas militares" se mueve en lo que Marx llama la segunda forma de propiedad y que lo explica de la siguiente manera:

"La segunda forma de propiedad es la propiedad comunal y estatal de la antigüedad que proviene sobre todo de la reunión de diferentes tribus en una sola ciudad, por acuerdo o por conquista, y en la cual subsiste, aún la esclavitud. Junto a la propiedad comunal comienza a desarrollarse la propiedad privada, mobiliaria primero y después inmobiliaria, pero todavía como una cosa anormal y subordinada a la propiedad comunal."⁸

Ahora bien, si bien es cierto que los personajes en cuanto a gremio se mueven en dos niveles, considero necesario retomarlos como individualidades, abordarlos desde la perspectiva de "seres problemáticos" de acuerdo al criterio de Goldman?

Mi intención es insistir en que, si bien desde el principio la novela parte y se proyecta en un problema social, los personajes como unidades dentro de ese conflicto social, viven los traumas y las angustias que este problema les hereda. Esto es, aquellos conflictos que en apariencia quedan relegados a segundo término, pero que son determinantes en el desarrollo de toda la unidad que es el conflicto social. Es muy notorio por ejemplo la insistencia a ironizar las relaciones de vasallaje -

que se manejan al interior de la pareja, tanto de mestizos como de indios, se ironiza la forma como se ventila y se canaliza la soledad, así como todos los matices que paulatinamente va adquiriendo la frustración de sentirse solo, (estos problemas que por lo regular despiertan la desconfianza en los sociólogos y que prefieren remitirlos a "conflictos naturales y - hasta cierto punto comprensibles en la decadencia de la burguesía"). Por mi parte, considero que estos conflictos individuales son válidos en cualquier tipo de sociedad y me parece legítimo que se puedan plantear a través de la novela.

El tratamiento de estos conflictos se debe manejar en el análisis al margen de los recursos biográficos de que a menudo echa mano la crítica y que son tan socorridos, porque se afirma con frecuencia que tal o cual novela manifiesta tendencias autobiográficas porque sus personajes sólo proyectan los conflictos personales del autor; esto regularmente conduce a que el análisis del texto se invierta, primero se ausculta en la vida del autor, y con los elementos que de ella se extraen se realiza un aparente sesudo análisis que justifican la novela, el autor y, probablemente hasta el mismo análisis. Concretamente, hasta la fecha me sería difícil remitirme a un autor que hable de Balún Canán sin que mencione los rasgos biográficos de Rosario Castellanos.

Para Brushwood¹⁰ los personajes de Oficio de tinieblas se podrían manejar en parejas y proyectan cada uno en su mundo un vicio o una virtud; Winiktón y Ulloa representan la justicia; Catalina y el padre Mandujano, el fanatismo; y Rosendo junto con Cifuentes la decadencia. Esta clasificación a más de superficial, me parece errónea, porque al concluir la novela, lejos de contemplarse la decadencia de Cifuentes, se vislumbra su proyección política, pues se sugiere que el levantamiento lo encumbró y que su paso siguiente fue la gubernatura del Estado. Esto último nos hace pensar en un acto que reproduce la ideología dominante como la posibilidad de legalizarla injusti

cia. Si bien es cierto que el gobernador actual (en la novela) desconfía del trato de que son víctimas los indios por parte de los coletos, este nuevo, que será Cifuentes ya no va a esca timar en ninguna medida para garantizar la paz y la tranqui lidad de su gremio.

Pienso que en todo caso los personajes se pueden clasificar, (si su presencia en la novela implica una clasificación) por oposiciones. Partiendo del criterio que sustenta este trabajo se manejaría la presencia de ciertas actitudes que oponen los mundos indio y mestizo, y a la par otras que los conjuntan. Por otra parte, los personajes se generan unos a otros, parece que unos sirven como pretexto para dar pié a la aparición de o tros este fenómeno va más allá del aspecto físico en que se po dría manejar el hecho de que Leonardo y Marcela den la vida a Domingo a través de la violación de la segunda. Porque Domingo también nace simbólicamente de Catalina y a su vez, esta le debe su existencia al niño, tal sucede con César Santiago y Ulloa.

LEONARDO CIFUENTES.

La aparición de Leonardo Cifuentes en la novela se maneja a partir de la violación, pero en ese acto inicial inmediatamente se permite, partir de un monólogo de Mercedes Solorzano, conocer los orígenes del cacique, se puede observar que su procedencia se pierde en lo desconocido. Una existencia azarosa - que lo constituye como un personaje que poco tiene que perder; toda la retrospectión que se dá respecto a su vida es la de un declarado coqueteo con la aventura y la declarada disposición - por las empresas fuertes. Acasc esto se comprenda a la luz de la humillación de que constantemente lo hizo objeto la familia que lo recogió de pequeño. Cifuentes es un personaje que se for talece y justifica su obsesión en la revancha. Esto lo hace un personaje selvático, hecho para la destrucción; para arremeter cuando es necesario. Se puede observar que contrasta declarada mente con Ulloa o con Winiktón, y este contraste no sólo obede ce a la predisposición que se tiene respecto al problema de

la tierra, sino por su capacidad para la violencia, por el lujo que hace de la arbitrariedad. Porque finalmente todo el carácter de Cifuentes frente al problema del deslinde se viene a la hora de poseer a Julia Acevedo o de arrojar una colilla sobre la alfombra ante la mirada vencida de Isabel, su esposa. El retrato que Rosario Castellanos hace de Cifuentes lo sitúa más cerca de la bestia que del ser humano, porque ni siquiera en sus momentos más íntimos es capaz de manifestar sensibilidad. Por lo demás, su lenguaje se cifra en el vocabulario de lo práctico, de la conveniencia, de la posibilidad de negociar con la justicia, de la prostitución, e incluso, de la muerte como un recurso más de conquista.

La persistencia de Cifuentes durante toda la novela marca el punto pesimista respecto a la posible reivindicación de los valores humanos, porque con él se opaca la justicia. Mientras las mujeres son violadas o puestas en evidencia ante la sociedad, mientras los indios se dispersan en las montañas, mientras Ulloa muere e Idolina se ve relegada nuevamente a la inmovilidad, Cifuentes sobrevive y su poder crece. La personalidad de Cifuentes también contrasta en cierta forma con la del obispo Cañaveral; viejo decadente pasivo y ajeno casi en su totalidad al conflicto, aunque en este conflicto haya quedado cegada la vida de uno de sus siervos.

FERNANDO ULLOA

La personalidad de Ulloa en cambio está matizada por el hambre de justicia tan propia y comprensible en la clase media. Se habla de su padre, revolucionario zapatista, pero a la par se habla también de un amancebamiento con Julia Acevedo y de una necesidad determinante por integrarse al orden establecido a través del trabajo. Por otra parte, su hambre y su perfil de honestidad carecen de solidez, y cada que los exhibe se ve expuesto a los límites que dejan su frustración y la burla de los demás, incluso vemos que su ayudante y antes admirador, ahora lo acusa de ingenuo.

Ulloa como Domingo representan un sacrificio estéril

con la diferencia de que Domingo es arrastrado por el vendaval e ignora en su totalidad cuáles son los móviles que lo conducen a la muerte. Ulloa es un nexos, una posibilidad conciliadora entre las partes, queda en la indefinición, puesto que se habla de su deserción de los indios y del castigo que le imponen los coletos. Así Ulloa que originalmente se proyecta como una voz redentora, como el emisario oficial de la justicia, -- como aquél que por su condición social debe comulgar con las esferas mestizas, sin embargo, envuelto en sus convicciones y en sus anhelos, participa de la lucha de los indios; ese Ulloa que supuestamente era enviado para reestablecer un orden olvidado queda totalmente desclasado, fuera de todo contexto. Es sintomático que la autora los lleve a los terrenos de la utopía para desmaterializarlo y mostrarlo en un evidente contraste, -- si por una parte, es el hombre que lucha por los demás, que sueña con que se restituya la tierra a los indios, por la otra se olvida de su hogar y ésto permite que Cifuentes logre vencerlo en un terreno tan doméstico, pero importante para los coletos como es el arrebatarle a su esposa. Esto es, la lucha se da a diversos niveles y si el Ingeniero pretende transgredir el orden establecido, los coletos pueden dare el lujo de acuchillar su intimidad, de situarlo ante la ignominia y de adjetivarlo como cornudo. El narrador solamente nos dirá que Ulloa -- "le tendió la cama al otro". Acaso no sea tan importante este problema, pero considero que es necesario mencionarlo porque finalmente los personajes se ven reducidos hasta alcanzar la desnudez de su individualidad. Cuando Ulloa se integra a la rebelión indígena, se observa claramente que no es la conciencia, no la convicción, ni siquiera el sentido común los que lo llevan a integrarse a la rebelión, más bien parece que Ulloa se deja llevar por la inercia y esto lo pone al margen de la ley, por lo menos de lo que los coletos entienden por ella. Se supone que Ulloa pretende --originalmente-- espantar a los coletos, y no se contempla en su persona el arrojo o la decisión que pu

diera haber heredado del padre. Más bien, se traduce en él una intencionalidad de plantear el estatismo y la conformidad de la clase media que asimila la justicia a través de consignas oficiales; que envejece teorizando sobre ella y que pretende que la --reivindicación es un proyecto, a muy largo plazo. La personalidad de Ulloa proyecta una castración desde la individualidad de esposo circunstancial, hasta su simbolismo mesiánico y gobiernista que se encuadra en la función de determinar, a través de planos cuál es la propiedad que teóricamente pertenece a los indios; él es el que no se deja seducir por la coacción de los coletos, pero que en cambio cede a su fragilidad; el idealista que aún --piensa en la razón como vehículo conciliador y que es victimado sin embargo por la violencia; el que piensa que los cambios se --manejan desde un plano de convencimiento a aquéllos que tienen --posesión de la tierra. Muere de la manera más anodina y con él las esperanzas de justicia. Su muerte deja resguardada la integridad de los finqueros y acendrada la capacidad de los indios a la negación respecto a medidas gubernamentales. En lo sucesivo la --desconfianza de los indios quedará totalmente justificada.

CESAR SANTIAGO.

En oposición a Ulloa, se encuentra César Santiago, joven estudiante comiteco, que si bien guarda vínculos muy estrechos --con él, por su calidad de estudiante desertado, por su autonomía y, por la forma en que canaliza el rechazo de la sociedad, sin --embargo, se proyecta como una imagen antitética de los impulsos reivindicativos del funcionario, sencillamente porque los móviles de César Santiago son totalmente distintos. Jamás llega a creer en que la rebelión pueda devolver la tierra a los indios; descon --fia de las maniobras de Ulloa y divide su rencor de manera equitativa entre indios y mestizos. De los primeros reniega por las condiciones en que viven y piensa inclusive que la miseria no es más que una consecuencia de su falta de calidad humana; es obvio, que su ideología coleta no le permite vislumbrar las causas so --ciales, económicas o políticas que tienen al indio al margen de lo humano, simplemente para él --como para todos los mestizos-- el

indio es un paradigma de suciedad, pereza y todo aquello que pueda avergonzar a la civilización. Sin embargo, también le repugnan los coletos, porque jamás le quitaron la carta de "nuevo rico" a su padre y, en cierta forma, su odio descansa -como un sentimiento regresivo- en la poca aceptación que tiene por ellos. El único recurso de César Santiago es el desafío de la sociedad mestiza a través del encumbramiento de alguien que no está dispuesto a cormulgar con ella, esto es, su individualidad crece cuando acepta el trabajo que Ulloa, que mucho tiempo venía proponiendo sin resultado óptimos. El se decide y con ello renuncia a sus estudios, a su familia y a todo aquello que hasta el momento no le ha brindado una satisfacción particular. El narrador lo utiliza para frenar la utopía de Ulloa, porque será César Santiago quien se encargue de centrar al funcionario en la realidad y, finalmente, de encararlo con la crudeza de un conflicto que, vertiginosamente lo ha poseído. Los diálogos entre Ulloa y César se hacen más violentos en la medida en que se alejan de la ciudad y se confunden con los indios. En un principio la admiración que siente el joven hacia Ulloa refleja abiertamente su disposición por aquella empresa que mermará el poder de los mestizos; pero esa admiración se torna en desprecio cuando Ulloa no es capaz de manifestar un asomo de indignación ante la evidencia de la felonía de su mujer. Este desprecio irá creciendo hasta convertirse en una especie de conmiseración, acaso porque en César se refleje la juventud de Ulloa. El significado que trae consigo el hecho de situarlos lejos de la ciudad, de los prejuicios de clase, descansa en la intención de ponerlos ante la evidencia de un conflicto de orden práctico, porque es obvio que en los niveles teóricos Ulloa conserva su autoridad y su jerarquía. El monte los iguala y sólo hay un instante, marcado con habilidad en que, Mercedes Solórzano les recuerda que son diferentes, esto es, a la hora de repartir los espacios en su comercio improvisado. No obstante, el tono de discusión lejos de ser amigable se torna agrio, y sobre todo nos deja ver una pronunciada falta de afinidad que se va agudizando en la medida en que los acontecimientos se encaminan inexorablemente hacia el fin, el fin de la rebelión,

de las aspiraciones de justicia, pero también el fin de una relación que se frustra en un tiempo y en un espacio en apariencia intrascendentes. Esta maniobra narrativa permite a la autora capitalizar a través de la personalidad de César el pesimismo que caracteriza a la novela. Finalmente -la novela no lo dice-, se sugiere que César, como Ulloa, también fue "Ajusticiado" por los coletos, y su muerte sirve como un ejemplo de aquellos extraños casos de disidencia o rebeldía en la juventud mestiza. No se tiene que ir muy lejos, simplemente podemos observar de manera superficial los retratos que se hacen de los jóvenes que asisten al Instituto y confirmar que ninguno de ellos asoma siquiera al cuestionamiento de los valores que les rigen, sólo se conforman con detentarlos y canalizarlos en su beneficio. En estas condiciones César Santiago se sale del esquema de comportamiento del mestizo clase media alta. Sin embargo, debo insistir, como la novela no nos habla del fin que tuvo este personaje, nos queda solamente la especulación; pero, me apoyo en que ni siquiera se manifiesta un interés por --mencionarlo cuando supuestamente el conflicto que generaron los rebeldes ha concluido.

CANAVERAL Y EL PADRE MANDUJANO.

Las últimas personalidades masculinas en el seno de la comunidad mestiza, de que me ocuparé por ahora, son el obispo Cañaveral y el padre Mandujano, los cuales abordaré por pareja por razones que a continuación explico: su aparición en la novela es --conjunta; surgen de la desgracia de Marcela, como parte incompetente de un cuadro social y antes mencioné que lejos de entender la desgracia de una india, que por lo demás es un suceso bastante cotidiano en la región, sólo atinan a socorrerla con una limosna --(debo aclarar que también el hecho de ver un indio pidiendo limosna es totalmente normal). En ese instante se marca el tono que cubre la personalidad de esta pareja a lo largo del conflicto, sólo que cabe decirlo, semejante a la relación Ulloa-César, en Mandujano y Cañaveral el conflicto generacional creará un espacio abismal, no sólo por la diferencia de edades, sino porque pertenecen a estratos sociales totalmente diferentes. Si esto fuera poco, Mandujano se opone a la personalidad del obispo e incluso reprueba --abiertamente sus actitudes y sólo se ve frenado por el voto de o-

bediencia que le debe como autoridad y acaso por el agradecimiento respecto a su educación. El único nexo entre Cañaveral y Mandujano se refugia en la función conciliadora que pretenden asumir frente al conflicto de la tierra. Sin embargo, como antes --mencionaba, son dos tiempos que pueden reflejar la muerte de una iglesia perseguida y avasallada por conflictos civiles y el nacimiento de otra amparada en la soberbia y el fanatismo. Podría --continuar con un sinnúmero de oposiciones entre estos dos personajes, pero me concretaré solamente a tres que son plenamente --fortalecidas por el texto y que a mi parecer-- son las que reflejan de manera más avasallante las contradicciones que sufre la iglesia en esa región¹¹: la jerarquía del obispo le permite vivir en la opulencia, esto implica una serie de ventajas, que a la par generan compromisos con la comunidad mestiza, incluso, --que llegan a la necesidad de condescender con los excesos de ésta. Esta actitud es acremente condenada por el padre Mandujano quien es llamado al orden por su superior (página 98). El obispo se caracteriza por su tranquilidad, acaso producto del cansancio o la vejez, que le permite participar en los acontecimientos políticos en los cuales compromete el nombre de la iglesia cuando transa con Cifuentes las disposiciones que deben tomarse en torno al problema que se avecina, e incluso accede a enviar --a petición del finquero-- al padre Mandujano por segunda vez a Chamula a cambio de la promesa que Cifuentes se ve obligado a hacer. El padre Mandujano en cambio carece de intuición política, y obedece solamente a sus impulsos; reprueba las maniobras de la gente de Ciudad Real que abarcatanto a los finqueros, como a sus superiores y al resto de la comunidad. Personaje visceral, la autora lo aprovecha para proyectarnos la otra cara de la iglesia, y si Brushwood lo llama fanático¹², es porque está situado al margen de los patrones que confeccionan una actitud "política o de suprema diplomacia" de la iglesia. En todo caso se hablaría de un personaje que tanto por su juventud, como por su ascendencia, está más cerca de la realidad; de esa realidad que aunque cotidiana --no deja de ser escandalosa. La última perspectiva de oposición --descansa en las acusaciones que Benita (hermana de Mandujano) le hace al obispo respecto a que éste lo mandó a morir. Esta actitud encierra una vieja posición que ha tomado la iglesia frente a --los conflictos sociales; una antiquísima determinante que sufre

ron desde los cruzados hasta los misioneros, porque regularmente eran sacerdotes de menor jerarquía y de condición humilde aquéllos que debían enfrentarse físicamente al peligro. Naturalmente ésto les daba un valor que en la tierra jamás alcanzarían. En apariencia, es en Mandujano en quien se recrudecen la insolencia y el castigo a los indios, pero nunca se debe olvidar que Mandujano vuelve a San Juan Chamula por una perspicacia política de Cifuentes, conjugada con la falta de visión o debilidad del obispo. Esto ocasiona la muerte del sacerdote que enardece el sentimiento religioso de los mestizos, pues consideran que los indios han llegado a los excesos. Se puede observar que el planteamiento desde esta perspectiva es bastante engañoso porque lo mismo se puede contemplar el conflicto a la luz de su naturaleza política, y en este sentido los finqueros utilizan la muerte del padre Mandujano para comprometer la conciencia gremial de todos los mestizos, aún de aquéllos que no serán afectados por el deslinde, puesto que carecen de una propiedad digna de tomarse en cuenta. Sólo así se puede comprender que todos los mestizos estén dispuestos a participar en una "contrarrebelión" porque en teoría todos fueron afectados en sus intereses, el deslinde, pasa en apariencia a ser un segundo conflicto. Por otra parte, Mandujano toma la idolatría de los indios como pretexto para canalizar su rencor, pero él mismo ignora las dimensiones que podría alcanzar su presencia en San Juan Chamula, como también ignora que su vuelta a las montañas ya no tiene retorno. Es sintomático que apresure el viaje, y que, lejos de dirigirse a San Juan, vaya directamente a las cuevas.

La forma como mueren el obispo Cañaveral y el padre Mandujano son totalmente consecuentes con su postura y su concepción de la vida, pero no se debe soslayar que Mandujano es otro joven que muere; otro joven que de alguna manera se opone al orden establecido y cuya protesta queda acallada por la brutalidad que desata el choque entre indios y mestizos, en tanto que el obispo simplemente se ve alcanzado por los años, esto es, muere de caducidad.

No hay en todo caso en la novela una perspectiva novedosa que pueda plantear la iglesia para enfrentar el problema, porque

todo se pierde en teoría sobre la armonía divina que, de acuerdo - al curso que toman los acontecimientos está totalmente ausente. - Por lo menos se sitúa a los clérigos junto a los abogados, que en la novela forman una casta sagrada que defiende los intereses crea dos, pero que ante todo subordinan el ejercicio de sus deberes a - su condición de mestizos. Por ejemplo, la actitud que toma el abo- gado Virgilio Tovar cuando Ulloa le pide que interceda en su favor y en el de los indios, su respuesta sorprendería a cualquier jurista, porque habla primero como coletto y hace hincapié en que no pue- de traicionar a los suyos. Esto es, a los mestizos, además, mien- tras esto afirma, hace alusión a una serie de acontecimientos que se pierden en exclamaciones hieráticas y que acusan a los indios de haber matado o violado a los suyos. Hay una especie de manía - en toda la novela respecto a abogados y clérigos que los sitúa en una aparente piedad, para inmediatamente transformarlos en temi- bles defensores de la clase dominante. Parece que se canalizan co mo un sedante que permite mostrar al mundo que todo el desequili- brio social no es más que un designio divino, o, en última instan- cia, un reflejo de la legalidad. Es evidente que esta manía no se fundamenta en una antipatía gratuita o injustificada por parte de la autora hacia estos dos oficios. Fernando Benítez afirma al res pecto.

"...Hernán Cortés en una de sus cartas de rela- ción le pidió a Carlos V que no pasaran a Méxi- co abogados ni clérigos. Naturalmente su vehe- mente súplica no fué escuchada y se precipitó sobre el país una nube de voraces letrados y - eclesiásticos cuyos estragos, muy superiores a los de las plagas egipcias, han dejado su huela a lo largo de nuestra historia.

De esta plaga descienden en línea recta los li cenciados y los clérigos de San Cristóbal. Si bien la ciudad carece de una escuela de agri- cultura, en cambio se muestra orgullosa de su facultad de jurisprudencia. Esta apacible y ve

tusta fábrica de licenciados los produce con tanta abundancia, a un ritmo tan generoso, - que estos pobres, no obstante su deseo de -- prosperar, se ven en la necesidad humillante de meterse de sastres, barberos o enganchadores y se pasan la vida inventando pleitos o soñándose humanistas mientras enjabonaban -- las mejillas o enhebran la aguja poseídos de una justificable melancolía.

En cuanto a los clérigos, sólo podré decir - que son ellos los que fomentan ese tipo de - aparatosa religiosidad tan propia de los conquistadores que insistía en las formas exteriores del culto y se desatendía de los sentimientos esclavistas de los creyentes."¹³.

Creo que de esta manera se justifica la ignorancia del clero ante el conflicto social, por supuesto se entiende también la conformidad que asume Virgilio Tovar dueño de un prestigio y de - una estatura profesional ante el inexorable cauce que toman los - acontecimientos.

La penetración que hace la autora de las estructuras so-- ciales nos lleva a entender que se encuentran bien salvaguardadas por la iglesia y el estado y que sistemáticamente se manifestarán contra toda postura que implique siquiera la sugerencia de una -- transformación. Por ello, la muerte de las autoridades de la iglesia, no implica necesariamente la desaparición de ésta como rectora de las conciencias, por el contrario, les entrega un mártir a los ladinos y la certeza de que ahora la lucha será a todos niveles; hay que escuchar la voz del abogado Tovar:

"...Nuestro Dios es más fuerte."¹⁴

En cambio la desaparición pasiva del obispo Cañaveral se - justifica en la medida en que éste pretende solucionar el conflicto al margen de la violencia; sin él los mestizos, los que participan directamente en la contrarrebeldión, pueden actuar libremente.

La clasificación de los personajes parte de los distanciamientos que sufren a partir de los criterios clasistas que rigen las relaciones entre indios y mestizos. Por encima de que la novela es híbrida en casi todas sus perspectivas no haya una fusión de clarada entre personajes indios y mestizos acaso por el racismo tan pronunciado que refleja la novela, esto es, los indios son todos aquellos que aún no pueden ser mestizos y los mestizos, aun los más abyectos, ya dejaron de ser indios. Por otra parte, los personajes indios se contemplan con base en los criterios que caracterizan a la novela indigenista, por lo menos hasta donde el narrador omnisciente alcanza dominio sobre ellos:

"...Así pues, Catalina iba a la cabeza de la procesión de tzotziles. Todas uniformemente cubiertas por los oscuros y gruesos chamarros. Todas inclinadas bajo el peso de su carga (la mercancía, el niño dormido contra la madre) Todas con rumbo a Ciudad Real."¹⁵

Este tipo de descripciones son tan frecuentes en la novela indigenista, que se hacen normales y esto permite que pierdan su fuerza, porque parece que no se descubre nada nuevo ante los ojos del lector parecen incluso condiciones inexorables que hacen patente la presencia del indio, esto es, que sin ellas, no se podría hablar de la presencia militante o de denuncia de este tipo de novelas. Sin embargo, la novela de Rosario Castellanos apunta hacia un realismo más crítico, porque para ella no son problemas particulares de vivienda; no es únicamente el enganchador que "de suyo es malo" y que por lo tanto debe ser consecuente con su postura, engañando al indio para que vaya a trabajar a las moneñas; tampoco el instante de embriaguez del mestizo que le permite y justifica el abuso de cualquier india, menos aún la consigna que arrastra la corriente indigenista en torno a que la novela sirva como un eje reivindicativo y tampoco que la lectura del texto alcance ciertos planos de reflexión en aras de un mejor trato al indio (ver Los Peregrinos inmóviles, La nube estéril, El gran consejo, por mencionar sólo algunas). Oficio de tinieblas está diseñada de tal forma que los conflictos de los indios aparecen estrechamente ligados al modo de vida de los mestizos; es posible

que éstos, no los entiendan como conflictos, porque en esa medida ignoran el grado de afectación que su comportamiento deja en la cultura indígena. Si bien para los indios el abuso del mestizo se ha constituido en una costumbre, no por ello pierde su gravedad; de esta manera, el reparto de tierras que implica una nueva esperanza para los indios, a pesar de su desconfianza, para los mestizos se maneja como un problema de ubicación esto es, los sitúa dentro de los planos sociales que determinan los vínculos con el poder; además, como anteriormente he mencionado, les llevan a los terrenos de la intriga.

Lo que para los indios es una tragedia secular, para los mestizos se convierte en una comedia previamente organizada por una voz demagógica que habla del reparto de tierras. Sin embargo, la inversión de valores se maneja a través de la novela nos hace pensar que es más fuerte la intriga que el conflicto social; que son más fuertes los problemas que tienen los mestizos al interior de su grupo que aquellos que les causa la convivencia con los -- indios.

Entendemos que la actitud de venganza de Idolina sea más fuerte que el deseo de justicia de Winiktón; o que para Leonardo Cifuentes constituya el mismo valor burlar la justicia y la intención del gobierno de repartir tierras que exhibir abiertamente su amasiato.

Siguiendo este criterio llegaríamos a conclusiones tan frágiles como insostenibles, incluso se podría pensar que todas las iniciativas del gobierno que favorecen la reivindicación del indio sólo han servido al ladino como un buen pretexto para abandonar su rutina de vez en cuando.

El mundo indígena está plenamente amalgamado al mundo mestizo, la miseria de los indios se relaciona con los excesos de los mestizos; ésto aunque entre ellos medien una serie de barreras (la lengua, las costumbres, los prejuicios, etc.) que no permiten hablar de una relación directa.

Lo más importante es que los indios están revestidos de cierta individualidad que le permite a la autora ahondar sobre -

problemas existenciales, problemas que por lo regular en otros -- textos son privativos de gente civilizada. Por ejemplo, vemos cómo Winiktón, Catalina, la india Teresa y Xaw, se mueven fuera del medio indígena, parecen seres extraños al indio convencional. Sin embargo, no llegan a la idealización tan característica de los escritores indianistas, simplemente la autora les proporciona la posibilidad de vivir sus angustias y su soledad, porque de esta manera nos deja ver que éstas no son en todo caso sólo una herencia de la cultura.

PEDRO GONZALEZ WINIKTON.

En Winiktón se maneja un principio rector de todos los indios que van a las fincas empujados por la miseria, pero se observa desde su partida que no comparte la conformidad o resignación de sus compañeros, por el contrario, Winiktón, es dueño de algo - que los demás no imaginan, mientras ellos "roncan" él se hace preguntas: son muchas las interrogantes, todo aquello que en el hogar se ofrenda al silencio: la esterilidad de su esposa; la des--gracia de trabajar para alimentar a un hijo que no ha nacido de - él; el recuerdo de la hermana que padeció una violación semejante, e incluso, la contradicción que encierra para un pasado juez, no entender los parámetros de justicia que sirven a los mestizos. Estos pensamientos se agolpan en la mente del personaje a través - de una retrospección. Pero la vertiginosa rapidez de los acontecimientos lo sitúan pronto en la hacienda, en el trabajo y frente a otro problema: la aparente infranqueable barrera del idioma (Yo - supongo, que se maneja como la voz de la justicia, aprender la --lengua que es la que usan quienes están en el poder; aprender los mecanismos del poder), leer lo que escriben los mestizos y escuchar y descifrar la voz de justicia de labios del presidente.

Estas características ayudan a la autora a confeccionar un personaje ciertamente relevante, porque a través de él cuestiona todos los principios rectores de la política oficial que pretende la reivindicación del indio con base en los aspectos presumible--mente primordiales, tales como la alfabetización.

Afirmaba anteriormente que la incorporación de los indios

a las fincas o a las monterías, se maneja como una transgresión a su espacio, a su habitat, e incluso que este distanciamiento coadyuva a la pérdida de identidad. En Winiktón sin embargo, se gesta una transformación diferente, porque el trabajo de la finca, para él, implica estar al alcance de la cultura mestiza, pero sobre todo, de la promesa. Sin embargo, cuando el personaje es reintegrado a su tribu, aprende otra palabra, "desengaño". Esto es, se entera de que hace falta algo más que manejar la lengua del mestizo o ver al presidente para alcanzar la justicia. Acaso en este personaje deja la autora vaciar gran parte del pesimismo que caracteriza a la novela, porque no sólo no se puede creer en el emisario del gobierno, sino además, se puede desafiar de otra manera, se pueden buscar otros vehículos, cada uno con sus determinados riesgos. Los indios codifican la afrenta a través del sacrificio, que en la novela se maneja como un acto pagano o como un crimen, de acuerdo a intereses que ya he mencionado; pero lo importante en todo caso es que la desconfianza que manifiesta la insurrección - está basada, en todo caso, en la falta de consistencia de las palabras, es el fracaso del discurso porque la promesa jamás se cumple y en este sentido el idioma queda subordinado también a los acontecimientos, se maneja como un recurso ideológico, Sommers lo comenta así:

"...con respecto a la historia, por lo tanto, este libro de Rosario Castellanos funciona como un libro desmitificador, tanto en términos de su referencia inmediata -el México cardenista- como en su implícita relevancia para los lectores contemporáneos de los años sesenta hacia quienes estaba destinado. Ofrece, (como sólo podría haberse hecho dentro de las estructuras sociales de Chiapas) una visión detalladamente crítica de los fracasos de las políticas de intención reformista que pretendían mantener las mismas estructuras básicas" ¹⁶

Así entendemos que el viaje de Winiktón a la finca del -- alemán Homel tiene mayores alcances en la perspectiva de la na-- rración, nos muestra entre otras cosas el paternalismo civiliza-- dor de los europeos en América, al margen de los intereses econó-- micos y políticos que esto encierra; así mismo, el apoyo a la po-- lítica gobiernista. También se puede contemplar a la inversa; -- las condiciones de trabajo y en general de vida en la finca son descritas a través de la ironía y el sarcasmo, sin que pase des-- apercebido el sentido crítico del narrador y la confirmación de estas condiciones que nos hace el mismo personaje: ...ser alumno aventajado, ahorrar, pensar en la justicia, retornar con una nue-- va esperanza.. todas estas inquietudes se vierten en Winiktón y se hacen más cristalinas en cuanto conoce a Ulloa y decide acom-- pañarle en las tareas del deslinde. Su confianza crece paulati-- namente, pero se deja caer en un instante y entonces sobreviene la violencia; porque finalmente las tierras no serán reintegra-- das y los indios nuevamente volverán a las montañas. Las cosas -- seguirán igual, sólo que ahora Winiktón entenderá las condicio-- nes de dominio en el idioma que hablan los mestizos. Pienso que el problema del idioma se plantea paralelo al de la toma de con-- ciencia por parte del indio, no es la primera vez que se maneja como un instrumento de manipulación. Por ejemplo en Balun Canán, César el hacendado habilita a Ernesto (hijo bastardo de su her-- mano, que además no tiene capacidad para la violencia), para que enseñe a leer a los indios; sin embargo, su indolencia hace que la tarea fracase. Al margen del fracaso, se entiende que éste se da más allá de las posibilidades del patrón y que éste, no deja de cumplir con lo que manda la ley. También se observa que será un indio (que aprendió el idioma español) quien reclame los dere-- chos, y se hace hincapié en que su acento es fuerte y seguro. En Gobierno, una de las novelas más rescatables de Traven respecto al tema, la escuela se plantea como una medida oficial que pre-- tende ocultar hacia afuera el estado tan primitivo en que se en-- cuentran las poblaciones indígenas; esto, por supuesto, no es -- obstáculo para que Gabriel, el maestro y delegado, aumente sus -- ganancias cobrando cuotas por inasistencias. El peso del idioma alcanza relevancia en la medida en que la mayoría de los habitan

tes de la región son monolingües y no entienden las condiciones en que se encuentra su subordinación y a sus espaldas se va fraguando la injusticia cuyo sentido entenderán sólo a través del sufrimiento. Un indio, Teodoro, en "La suerte de Teodoro Méndez Acubal" es encarcelado cuando irrumpe en el comercio de un ladino y éste supone que es sólo el principio de una rebelión. Lo más insólito del relato es que en el forcejeo con el policía, el indio suelta una moneda con la que pretendía comprar alguna mercancía y el policía, sin ninguna reflexión, la entrega al mestizo, - al que supone víctima de un robo."¹⁷

Naturalmente junto a Pedro González Winiktón, en la hacienda de Homel se encuentran otros indios cuyo interés por la escuela es pronunciadamente nulo; por mucho tiempo han perdido la confianza en cualquier iniciativa del gobierno y prefieren embriagarse o dormir antes que perder el tiempo en aprender esa lengua que les es totalmente extraña. Sin embargo, es importante hacer hincapié en el contraste que plantea la autora, porque en todo caso la aplicación de Winiktón y su entusiasmo, también resultan estériles; porque, salvo algunos detalles, no se le distinguirá de los otros indios, y cuando vuelve a la comunidad sólo él sabe que ha cambiado en su manera de digerir la injusticia.

XAW RAMIREZ PACIENCIA.

De menor trascendencia es el papel de Xaw Ramírez Paciencia, que si bien actúa como nexo espiritual entre la doctrina que promueven los mestizos y la pronunciada ausencia de sacerdotes en Chamula, su intrascendencia se debe a que continuamente se encuentra oculto cuando las acciones se violentan. Toda la función del sacristán se reduce a suplir la ausencia de curas, que se ha convertido en una costumbre en la población, pero se niega a entrar de lleno en la paternidad eclesiástica, siempre guarda algo para la identidad con su tribu. Por ejemplo, advierte al padre Mandujano que "...ha casado algunas parejas de amancebados o ha bautizado, pero que jamás se ha atrevido a la confesión..." Por lo menos eso advierte, pero lo más curioso es que esta misma actitud - toma ante la tribu, a la que se dice recela por ciertos hábitos -

con los cuales ya no comulga; mitad católico, mitad pagano, con las respectivas limitaciones que deja su condición, Xaw toma el órgano de la iglesia y desafía la autoridad del padre Mandujano; toca un son chamula en cuanto se siente presa de la embriaguez, pero esto no impide que se sienta abandonado cuando los tzotziles ya no acuden al templo porque los llama más el entusiasmo de las cuevas:

"El padre Manuel lo hizo sentarse junto a él y le ofreció un cigarrillo. Xaw dió unas cuantas fumadas lentas, ceremoniosas, sin gusto y lo apagó contra el suelo.

¿Qué dice tu corazón sacristán?

Xaw inició una respuesta confusa y vacilante, se traslucía en ella la necesidad de referirse a otros asuntos. El padre Manuel no dejó de advertirlo.

¿Qué dice el corazón de tu gente sacristán?

La pregunta era demasiado evidente para que Xaw pudiera esquivarla, balbuceó -Torcieron - el rumbo padrecito. Ya no quieren traerle -- sus velas ni su incienso a San Juan. Antes -- ¿dónde iba a faltar la carga de juncia para regar la iglesia. Se miraban pleitos a la hora de la repartición de las mayordomías y los cargos.

¿Y ahora?

Ya no quieren padrecito." 18

Acaso los nexos con la religión o con las autoridades religiosas se conviertan en los más sólidos vehículos pero propician la pérdida de identidad, o los más socorridos en el terreno de la aculturación, lo cierto es que Xaw se mueve entre la pendiente -- que implica el mestizaje por la vía de la catequización, porque no ha dejado de ser indio y ya siente nostalgia por las costumbres de los mestizos, sería bastante osado pensar en que está dotado de perspectiva para intuir que la religión de los mestizos es la

que detenta el poder. Yo prefiero afirmar que es la autoridad, -- tan solicitada y peleada en la región, la que lo hace buscar estos caminos que le proporcionan distinción ante su tribu, por -- una parte y el favor de los mestizos por otra. El juego planteado en la persona de Xaw, nos proporciona -- como antes mencionaba -- el nexo entre dos credos, así mismo la dinámica que se mueve entre las actitudes ante la creencia y el modo de ser de los in---dios; por ello es bastante sintomático se encuentre en el sacrificio de Domingo, e incluso que sea el encargado de dirigir la -- ceremonia, pero también es el único que sale ileso en la masacre en que muere el padre Mandujano. Xaw, como el único sobreviviente, se convierte en el emisario de la muerte y de la rebelión -- ante los mestizos. Siempre se encuentra situado en los dos flancos del conflicto, pero simplemente como algo que deja de ser re--velador, que se convierte en un mueble por su consistencia estática, por ello afirmaba su intrascendencia.

TERESA LOPEZ ETZIN e IDOLINA.

Envuelta en una leyenda que la abraza a la soledad de ---Idolina y que la hace su confidente; Teresa surge de los labios de Isabel, y como es costumbre en la región, de nodriza pasa a ser la madre afectiva de la niña mestiza. Teresa es importante -- porque en ella se va fraguando la venganza de Idolina a través de las estancias crepusculares al amparo de las cenizas. Ella, -- como los muros de la casa de los Cifuentes, sabe que ahí se en--cierra la muerte (la de Isidoro, padre de Idolina y primer esposo de Isabel), y parece harto significativo que ella, quien amantara a Idolina para rescatarla de la muerte, sea ahora quien le alimenta la vida con la premonición de la venganza. Así, Tere--sa se convierte en una especie de oráculo que anuncia a cada ins--tante el devenir de las cosas; su refugio es la chimenea o los --residuos del fuego, porque en ellos encuentra el retorno de aque--llo que se pierde o se transforma en la ansiedad de Idolina. Sin embargo, también en Teresa se maneja el desarraigo, porque, se--cuestrada o convencida por los Cifuentes, luego de ver a su hijo muerto, se enquistaba en la casa de éstos y jamás volverá a encon--

trar identidad con su tribu. Cuando Teresa es desplazada de la compañía de Idolina por Julia Acevedo, decide volver a las montañas y se agrega a la familia del Martoma Rosendo, pero no se vislumbra en ella siquiera una posibilidad de readaptación; se considera extraña y, por el contrario, siente cierta repulsión por ellos. A la par de este malestar, se mueve la nostalgia por Idolina, que, bien considero, es el único bastidor que la sostiene. El mundo de Teresa se deja cincundar por la magia y el misterio, no hay en ella la certidumbre de una presencia objetiva, se ha ejercitado tanto en el sufrimiento, que ahora lo contempla con indiferencia; las condiciones sociales en que viven las mujeres y concretamente las de su raza, ya no pesan sobre ella. Pienso que hay una estela intangible que arrastra su condición de nodriza perseguida y su resignación ante el mundo. Estas características la hacen dueña de una fortaleza femenina, que si bien pasa desapercibida ante las lucubraciones sociales, no deja de ser trascendente. En apariencia Teresa no participa de manera directa en el conflicto, ignora la rebelión, puesto que no conversa con los indios y para los mestizos no rebasa su condición de nana. Sin embargo, en ella se marca el principio y el fin de Idolina, por ello se mueve a lo largo de la narración como una voz que nadie escucha, salvo la supuesta inválida. La condición híbrida de Teresa no se maneja en el terreno del indio mestizo, más bien diría que de indio/animal o naqual; porque, después de la persecución de que es objeto, asume su condición de nodriza hasta las últimas consecuencias y en la medida en que Idolina le preocupa, hace propia la venganza de ésta; sólo que, como la venganza no cristaliza en hechos, Teresa se encarga de repetirla a cada instante y de esta manera mantiene vivos los deseos de la enferma. Por otra parte, Teresa es dueña de un verbo y siente que éste debe ser escuchado por alguien; cuando Idolina se pierde en el entusiasmo que le inyecta Julia Acevedo y deja atrás la inmovilidad, Teresa se ve al margen, se extravía en la soledad y decide huir con los de su raza. Sin embargo, como antes mencionaba este reencuentro resulta frustrante y la distancia se traduce en una nostalgia que la encara ante su única posibilidad de existencia. Parece que la soledad de Idolina ahora se recrudece en Teresa; se dice que conforme pasaban las semanas Teresa iba descubriendo --

un vacío que no se llenaba ni con los recuerdos amables ni con el trabajo agobiante. Cuando Teresa habla y no es escuchada se funde en un silencio que se manifiesta como otra de las constantes más importantes de la novela. Esto me hace pensar en un monólogo interior que rebasa los criterios del costumbrismo, y proyecta el texto hacia los alcances de la novela contemporánea.

Si bien es cierto que en la familia mestiza que goza de cierta solvencia económica, se pone por lo regular a los hijos al amparo de las nanas, también lo es que en la narrativa de Rosario Castellanos es un tema recurrente, yo considero que en este caso la situación va más allá de una búsqueda social o psicoanalítica.¹⁹ Se puede observar que el papel de Teresa alcanza planos mágicos, porque su palabra ilumina el desastre. Al igual que en Balún Canán, la nana está inmersa en la memoria de los personajes y su legado es más fuerte de lo que aparenta, pues le inyecta a la niña las imágenes de acontecimientos pasados que revitaliza a través de la palabra y que se marcan en ésta (la niña), como una constante de vida.

El desdoblamiento de Teresa nos pone en las cercanías de la brujería, pero esta se hace patente en la personalidad de Catalina.

La autora utiliza un recurso semejante en ambos casos, esto es, las despoja de todo interés material por la vida y luego las sumerge en una dinámica individual que cobra vida con base en intereses totalmente ajenos, por lo menos indescifrables por la gente de la tribu. Ambas viven por un hijo que no es propio, ante los ojos de los demás; Teresa vive despojada porque la muerte le arrebató al hijo, mientras que Catalina ha sido negada por la naturaleza para tenerlo. Sin embargo, las dos se vierten en el hijo ajeno y en él cifran sus esperanzas de vida. Lo que las diferencia es que Teresa no alcanza trascendencia más allá de Idolina, mientras que Catalina sí. Si bien Teresa es para Idolina algo así como una aproximación al nagual porque carece de elementos objetivos para describir su comportamiento, pienso que algo

semejante pasa con Idolina frente a Teresa, porque la india jamás sabe qué le depara con la enferma, incluso le teme por su osadía, por su capacidad para engañar a todos con su enfermedad; pero en gran medida, ese temor alimenta su cariño.

Encontramos que gran parte de la personalidad de Teresa descansa en Idolina, porque ambas forman una amalgama que mueve uno de los hilos conductores más importantes de la novela que es la venganza. Ambas constituyen un mundo híbrido en el que los individuos se despersonalizan para buscar una trascendencia esto no se puede tomar como una fusión simbólica entre indio y mestizo, que no se dá desde el punto de vista material en toda la novela.

Cuando Teresa vive en la casa de los Cifuentes pierde sus nexos con los indios, esto es, es más mestiza. (sólo que, como ya he mencionado, la tan arraigada discriminación en la región hace que podamos presenciar una gran escala de categorías de mestizos). Si la autora las enclaustra, es porque sólo a través del ocio y del encierro se puede proyectar abiertamente su imaginación y su aparente indiferencia para con el mundo; el contraste se dá cuando la venganza de Idolina pretende alcanzar materialidad a la luz del movimiento que le proyecta Julia Acevedo, pero esto, si bien destruye el mito que sobre el encierro de Idolina tanto se había alimentado, también es pasajero y sólo posterga momentáneamente la tarea especulativa de las cenizas. Es necesario apuntar que el enclaustramiento de Idolina, condicionado por su negación a la vida y, cuidadosamente alimentado por el sentimiento de culpa de Isabel, guarda una estrecha relación con la noche de los tzotziles y con el día del eclipse en que, por enésima paradoja, Domingo debería ver por primera vez la luz. Pienso que todo esto tiene como trasfondo un acentuado escepticismo respecto a las posibilidades que se dan tanto a la justicia como a la venganza y, por añadidura, un doble desengaño que se maneja tanto en los terrenos de lo objetivo y de lo real como de lo desconocido y misterioso; por ello se colige que la novela concluya en la noche o más bien con un amanecer.

cer que parece se ha demorado y al mismo tiempo con la leyenda de la bruja que desafió a los mestizos.

Los personajes de Rosario Castellanos van paulatinamente surcando el camino que les conduce a la soledad y suelen encontrarse con otros, en condiciones semejantes; es este el caso de Teresa e Idolina.

CATALINA DIAZ PUILJA

Catalina se mueve en cambio en una fuerza que extraña - más a los indios que a los mestizos, porque su personalidad se proyecta hasta planos insólitos que bien podrían hacerla figurar como el eje que mueve la novela. Su crecimiento se hace patente en la medida que ella se hace intangible, esto es, conforme se desprende de la normalidad; su insuficiencia doméstica la arroja a planos incomprensibles porque adquiere la capacidad para comunicar a la tribu los mandatos que extrañamente recibe, esto la convierte en una especie de "posesa". No creo que la novela esté al margen de envolvernos en el misterio de la brujería, tan difundido y comercializado en esa década (en que aparece la novela) y sobre todo, tan pronunciado en la región de Chiapas.

Sin embargo, la importancia de Catalina radica en que se convierte en el móvil mágico de la rebelión; porque el marco de la rebelión se maneja, como ya he mencionado, no en su naturaleza social, sino en la posibilidad de los indios de arrojar, de alguna manera una serie de resentimientos seculares en contra de los mestizas.

Catalina le arranca a los tzotziles aquellos temores ocultos de su subordinación secreta que guardan par con los mestizos, porque Catalina les proporciona la embriaguez necesaria que los pone al borde del desafío. Si observamos, la voz de Catalina casi no se deja escuchar, se cubre de un manto de silencio y sólo nos enteramos de su presencia a través de las agudas descripciones que hace el narrador omnisciente. Vemos que la pareja Pedro-Catalina casi no habla, sólo se entienden en el velo que deja la mirada; todos los reproches se subordinan al silencio y en éste se maneja la perspectiva más alta de comunicación. Ciertamente, el silencio guarda una estrecha relación con el escenario, porque el silencio siempre se envuelve en la obscuridad.

La primera perspectiva que se dá en la novela, respecto a Catalina, nos remite a la mujer india, salvo por dos datos: el oficio de ilol, (bruja) y su esterilidad. Se podría pensar que el oficio de ilol se relaciona sólo con el de curandero ya que los pulsadores y estos se relacionan con la brujería, al menos en la región²⁰, mientras que en el segundo aspecto, el que se refiere a la esterilidad, puedo afirmar que no es nuevo en la narrativa indigenista. Recordemos que Ramón Rubín ya había planteado en El callado dolor de los tzotziles la esterilidad femenina que se traduce como una insuficiencia más de la mujer, que el hombre puede utilizar para humillarla, que le dá derecho a abandonarla, a anular su matrimonio, o a conseguir otra mujer más propia para las tareas conyugales, y relegar a la estéril al plano puramente doméstico.

En ese plano se podría situar a Catalina dentro del papel protagónico de la mujer indígena, dentro de una normalidad (que por más humillante que sea, no es la única posibilidad de la mujer en la novela de esta naturaleza.) Hemos visto, recordemos a vuelo de pájaro, mujeres indias violadas por mestizos²¹, sometidas a humillantes juicios cuando se duda de su integridad²², en la tarea de recoger lo que el alcohol dejó de sus maridos²³, o simplemente cubriendo labores destinadas a la mujer²⁴. Incluso estas mujeres se pueden ver abiertamente en Oficio de tinieblas en Marcela, Teresa, Felipa o la misma Catalina. ¿Qué es entonces lo que hace diferente a Catalina? Detrás de su esterilidad se oculta ese sagrado encantamiento que la lanza al mundo de lo tenebroso; se refugia en su soledad porque de esta manera se aleja de cualquier juicio humano. Catalina es extraña a la tribu tzotzil, pero su extrañeza es de temor y de respeto, no de desconfianza.

Se puede decir que hay tres momentos en la metamorfosis de Catalina, estos tres momentos están respaldados por una constante de soledad: el primer momento se maneja cuando no es

capaz de arrancar la tristeza de su marido, esto es, cuando se habla por primera vez de su esterilidad. Es en ese instante - cuando deja de pertenecer al hogar, realiza un autoexilio ya - que se considera inconsistente pues no tiene crianza; a la par de su carencia de ilusiones se le agolpa el tiempo que debiera dedicar a la tarea de cuidar a los niños, a esa tarea tan aparentemente simple, que por una extraña fuerza de la naturaleza le está vedada. Catalina tiene tiempo libre y lo utiliza para fugarse lejos, fuera del alcance de su marido y de los demás; este tiempo se traduce en una comunión que Michelet explica de la siguiente manera:

" Es un momento hondamente conmovedor, ya tenemos a la mujer en su casa. Al fin la pobre criatura puede ser pura y santa. Puede incubar un pensamiento y, sola, mientras hila, dejarse llevar por los en sueños, mientras el hombre está en el bosque, esta cabaña miserable, húmeda, mal cerrada en la que sopla el viento in vernal, tiene una ventaja; es silenciosa hay en ella ciertos rincones oscuros que dan albergue a los sueños de la mujer"²⁵

La mujer busca y es buscada por la soledad, sólo ahí, arrancada del hogar, puede tener la posibilidad de ascender a otros planos mayores; por ello Catalina se rendirá a la soledad y de ésta, (de la soledad) arrancará todo su poder.

Recordamos que en un principio sólo Marcela conoce de su poder; cuando se dá cuenta de que Catalina sabe su violación, que ella misma ignoraba que fuera²⁶, este poder va creciendo en la medida en que logra ajenar a Marcela y, como consecuencia, a Domingo, (hijo de ésta), así el niño crece bajo

la férula de Catalina, es quien, perentoriamente le hará olvidar su esterilidad. Sin embargo, en cuanto el niño crece, le es arrebatado, porque las tareas del campo lo reclaman, ahora es a Pedro a quien acompaña y esto pone nuevamente a la ilol al amparo de la soledad. Aquí se inicia la segunda fase de su transformación, pues este acontecimiento la hace voltear a su infancia y con ello retornar a las cuevas de Tzajal-hemel. Se observa que en la retrospectión se maneja la búsqueda de los o rígenes y con ello la intención psicoanalítica que Sommers propone²⁷. Esta retrospectión la lleva al momento en que el gran pujuk (demonio) arrebató de la tierra a su hermano Lorenzo y lo hizo volar - por lo cual justifica la pérdida de la razón de éste-, pero también la lleva a la búsqueda de los dioses indios, al reclamo a éstos por el abandono en que han tenido a la tribu tzotzil y finalmente al desafío de lo divino, esto es, de la armonía.

Esto último se puede canalizar de diversas formas - respecto al sentimiento religioso. Como no es mi intención ahondar en ello, sólo haré mención de lo siguiente: bíblicamente la esterilidad se considera como un castigo divino, por lo menos como el abandono de Dios. Tanto en el Génesis como en el Deuteronomio se habla de esterilidad y de que sólo la bendición divina puede erradicarla; dato curioso, porque jamás se cuestiona que la ausencia de hijos pudiera descansar en la impotencia masculina. Por otra parte Michelet²⁸ habla de brujas sin familia, solitarias, grandes solteras o simplemente, carentes de descendencia y, por añadidura abandonadas por sus maridos, que suponen a la mujer hecha para la crianza de los hijos a la par que para las tareas domésticas.

La esterilidad encierra una de las más extrañas contradicciones en la novela, toda vez que aquélla que no es capaz de fecundar siquiera un hijo, se convierte en la madre de los

dioses en los que se cifra la sagrada esperanza del pueblo tzotzil. Es por Catalina por quien se maneja esto como el renacimiento de los dioses. El pueblo indio acuña esta esperanza porque en ella descansa su posibilidad de justicia. Si la primera transformación de Catalina pretende acercarla al hogar a través de Domingo, la segunda la arroja declaradamente de él y la conduce a los ídolos que se constituyen como el desafío a las creencias mestizas y los orquestadores del movimiento insurreccional.

A partir de la "resurrección" de los ídolos, las cuevas se convierten en el nuevo santuario de adoración y desplazan al templo de San Juan; este abandono marcará la primera pauta para que los indios sean acusados de idolatría. Sin embargo, es la tercera etapa en la metamorfosis de Catalina, la que consagra la médula del conflicto, porque en ella se maneja la incapacidad de los indios para codificar los mandatos de los dioses, porque es ahí donde se hace más patente la confusión de los sentimientos de justicia y de venganza. Son dos las vertientes en que se manejan las creencias de los indios y su culto religioso; por una parte, la forma como presumen la práctica de la religión católica, que no deja de extrañar - a pesar de la costumbre - a los sacerdotes; esto incluye la decoración y los arreglos que hacen a las iglesias, así como la combinación en los nombres de sus patrones (San Juan Chamula, San Pedro Chenaló, etc.). Por otra parte, la ilusión que perennitariamente brota en la mentalidad de los indios cuando se dan cuenta de que los ídolos han resucitado. En la crucifixión de Domingo se puede observar la fusión de estas dos vertientes, a la vez que se consagra el sentimiento híbrido de aquellos que han perdido a sus antiguos dioses y no han sido capaces de asimilar a aquel Dios que trajeron los conquistadores.

Es necesario aclarar que la búsqueda de los indios se traduce a menudo en un sedante que les permite asimilar su condición. Por ello entendemos que los indios mezclen el rito pagano con los vestigios que han quedado en su memoria de a -

quel culto religioso que trajeron los conquistadores, por ello es explicable que acudan a la crucifixión como un recurso en a pariencia insólito, pero que los acerca de alguna manera a los mestizos. Catalina se convierte de pronto en el emisario de ese extraño llamado que conmina a los indios y les hace entender que la lucha ahora deben realizarla los dioses. Naturalmente los mestizos aceptan este reto y una persona presumiblemente instruída, como lo es el abogado Tovar exclamará que su dios, el de los mestizos es más poderoso y con este comentario se confirma que el fanatismo no está enquistado solamente en los indios, y que, en última instancia, la crítica que hace la novela al respecto, está enfocada hacia los planos de ambas co munidades.

Precisamente con este comentario sobre la exclamación del abogado Virgilio Tovar, quiero cerrar el ciclo que co rresponde a Catalina y a su confirmación como instigadora de la rebelión tzotzil; una rebelión, por cierto, muy ajena a a aquella que combatieron los mestizos, en la que pensaban perderían sus fincas. El levantamiento se mueve en los terrenos má gicos, insólitos e incomprensibles que nada o poco tienen que ver con el reparto de tierras. Retomo lo que afirma Rosario - Castellanos respecto a la rebelión tzotzil que se dió en el si glo XIX y que sirve como antecedente a la novela:

" Según la historia, el levantamiento amenazó la seguridad de San Cristóbal. Los chamulas estuvieron a punto de invadir la ciudad; se retiraron, estando - frente a ella, porque les aterrorizó el prestigio secular de los blancos, no tan to por la fuerza, ya que en esos mo mentos estaban desarmados. De acuerdo con la manera de vivir y concebir el mundo, a los chamulas les era imposible conquis

tar la ciudad enemiga. Me explico. Entre ellos la memoria trabaja de manera diferente; es mucho menos constante y mucho más caprichosa. De este modo pierden el sentido del propósito que persiguen"²⁹

En todo caso la rebelión guarda un nexo con la promesa de la vuelta de los dioses y con la venganza. Por ello se entiende que los destrozos sean tan elocuentes.

Los indios sueñan con la restitución de su ser legendario y con la liberación de la esclavitud; no se puede hablar propiamente de buscar la igualdad, porque este término pertenece más bien a los levantamientos burgueses, sino de un eterno cuestionamiento respecto a la justicia. Catalina esconde esta palabra de rebeldía, y aunque los indios no la comprenden, saben que deben respetarla e incluso temerle; el recurso que utiliza Ulloa para liberarla de la cárcel, es interpretado por los indios de manera por demás sorprendente:

" Al llegar al jacal Teresa se encontró con que el martoma Rosendo Gómez Oso se había puesto su chamarro de gala y que Felipa hacía los preparativos para salir.

- ¿A dónde van? preguntó extrañada.

- A Tzajal-hemel -repuso con aire triunfante Rosendo-

Nuestra comadre Catalina Díaz Puiljá ha regresado

- ¡ Comadre! -interrumpió desdeñosamente Felipa-
¿Cuánto recibiste por entregarle a Marcela?

- Es una ilol, ni los mismos ladinos pudieron dominarla, estaba en la cárcel y de repente ninguno de los guardianes pudo mantener cerradas las puertas. Y nuestra comadre Catalina y las otras mujeres que estaban presas salieron volando hasta su paraje. ¿ Y así te la querías echar de enemiga ?

tiene mucha fuerza de ilol.

¡Fuerza! ni siquiera un hijo ha podido tener.

-¿ Y qué son esos santos que le aparecieron en la cueva?

Felipa inclinó la cabeza momentáneamente vencida. Había oído hablar de esos santos. Que eran milagrosos, que protegían a los débiles, que curaban a los enfermos, que aconsejaban a los descarriados. Pero los quería ver con sus propios ojos, palparlos. No, a Felipa no era fácil engañarla.

-Dicen, prosiguió el pasado martoma aturrido por la repentina victoria sobre su mujer- dicen que cuando los santos nacieron, la ilol estaba sucia de barro y no de sangre, como las otras hembras y que los santos nacieron ya de la edad que tienen"³⁰

En este diálogo se resume la visión que de Catalina guardan los indios; con él se entiende porqué la rebelión alcanza estos matices tan poco convencionales.

Catalina como sacerdotiza es capaz de acaudillar un levantamiento indio que los mismos mestizos no entienden porque pierde todo nexo con la realidad, acaso porque encierra un nuevo culto que proviene de las potencias oscuras.

ISABEL ZEBADUA.

Opuesta totalmente a la ilol se encuentra Isabel, esposa de Leonardo. Si bien en La tzotzil, Rosario Castellanos nos proporciona el reflejo de una esterilidad creadora, en la mestiza nos deja ver, en pleno, una especie de fecundidad estéril. Es Isabel otro paradigma del silencio, en ella se descarga, a la par de una insuficiencia para asumir el papel que le corresponde como esposa de un líder, el sentimiento de culpa por su participación

en situaciones bastante engañosas; no es su apellido de abolen go- quien le rescata de sus remordimientos, tampoco lo es su orgullo de madre, que ha sido rebasado por la imposibilidad de recuperar a Idolina. Isabel no es rescatada de su condición y prefiere asumirla. Su orgullo descansa más bien en el conformismo y en la resignación con que abandona el escenario para para dar paso al mundo manejado por la violencia masculina. Por ello, la importancia de Isabel dentro de la novela, descansa más en la posibilidad de sufrir una tragedia, que en la capacidad de transformar su destino.

Isabel se opone también en este punto a Catalina, a caso su pasividad, o un extraño tributo que le guarda a los recuerdos, lo cierto es que en la vida de Isabel queda oculto un vasallaje que sólo se puede explicar a través de un desafío que le hizo a la vida; el recuerdo de este desafío jamás desaparece porque a cada instante lo evidencia la enfermedad de Idolina. Isabel se convierte en un mosaico donde se conjugan los principios religiosos, el remordimiento y el temor a lo desconocido; el confesionario se convertirá por lo tanto en uno de sus más caro refugios, aunque va a tornarse cada vez más inquisitivo; "el demonio abandona a los que seduce" -le recordará el obispo Cañaveral- y ella vagará solitaria por la casa de Leonardo, que también es la suya, y no encontrará reposo, porque siempre se topará con la felonía de su marido, con la mirada acusadora de Idolina o con la sorna de Mercedes Solórzano.

En Isabel se juega, por otra parte, el contraste en -tre las dos perspectivas femeninas dentro del matrimonio: su -primer esposo, Isidoro, un cobarde amanerado, supuestamente versado en la cultura, pero finalmente, un hombre fuera de contexto en lo que al campo se refiere; y el segundo: un hombre ile -trado, hecho para la violencia. Lo más significativo es que nin -guno de los dos alimenta a Isabel la posibilidad de disfrutar una ilusión respecto a un hogar sólido. Isabel se pierde relegada en el olvido, en la más humillante de las indiferencias: las

tareas domésticas las cubren las sirvientas; la vida conyugal para su esposo, la llenan indias, prostitutas o mujeres ocasionales, (como es el caso de Julia Acevedo); su tarea de madre le quedó heredada a Teresa; y el milagro de que Idolina caminara, se debió a lo inexplicable. Sólo ha quedado de Isabel el papel oficial de esposa que en no pocas ocasiones debe sufrir el estigma del adulterio; pero se debe observar que incluso a ese papel no se le hace mucho hincapié, salvo en dos escenas: una de celos hecha a Leonardo y a la que éste responde con más sorpresa que burla y otra de reclamo irónico que le hace a la mujer que supuestamente le ha arrebatado a su hija, y que es la misma que se exhibe con su marido.

Resulta contradictorio, pero la vida de Isabel se sostiene en dos premisas: la primera es que las cosas en un futuro vuelvan a su lugar de origen, y ella pueda conservar la fuerza suficiente para cuidar lo que quede de su marido. Recordamos que Leonardo, como se plantea en la novela, será gobernador del estado y esto lanzará a Isabel al lugar de "primera dama"; al menos a los ojos oficiales, volverá a ser la esposa legítima del gobernador. No tengo que profundizar en torno al mito del matrimonio perfecto que se cierne sobre la política nacional, y tampoco sobre el cúmulo de actividades sociales que rescatan a las esposas de los mandatarios de una tarea que empezaba a hacérseles rutinaria para ponerlas frente a la vida social. La segunda premisa descansa en la posibilidad de que Idolina jamás vuelva a caminar; porque en ello va en juego, a la par de su capacidad para el sufrimiento, su abnegación de madre que la hace dueña de una tarea a descomunal y la convierte en ejemplo. En ambos casos Isabel vive una mentira, pero es esta mentira la que la sostiene, de lo contrario pasaría desapercibida incluso a los ojos del lector.

La frustración de Isabel se hace más patente con la presencia de Julia Acevedo, y esto, no por la situación -

del adulterio que ya he explicado -éste es casi intrascendente-, más bien porque con Julia, Idolina alcanza la movilidad y con ello se hace independiente. Se observa que, cuando Idolina sale a la calle y es capaz de alardear su libertad, Isabel se pierde en el encierro, pues sus esperanzas se ven extinguidas, se siente más indefensa ante la venganza de su hija, a la par que se hace evidente su fracaso ante la sociedad coleta. Isabel queda sepultada entre los tantos objetos que cuentan la historia de Leonardo Cifuentes, una historia de poderío y de vasallaje; incluso el secreto que comparte con Leonardo sobre la muerte de Isidoro, que bien pudiera arrancarla del anonimato, debe ser callado porque ella es parte del acontecimiento, es culpable y su cinismo no es tan fuerte como el de su marido como para protegerse..

Por otra parte el personaje de Isabel sirve a la autora para retornar a un tema no poco frecuente, que es el de la mujer lanzada a la soledad y el abandono por vía del matrimonio. Isabel como otros personajes femeninos, se va dejando arrinconar por una relación que jamás alcanza a comprender y que la obliga al sufrimiento silencioso. Es bastante sintomático que, a partir de la discusión que sostiene con Julia Acevedo, sólo podamos saber de ella a través de retratos omniscientes, sin ninguna posibilidad de acción, acaso porque ha dejado de ser trascendente, puesto que su función ha quedado finiquitada y ahora sólo le queda tratar de digerir su desgracia. Esta situación nos hace recordar aquel monólogo que aparece en "Lección de cocina":

"...Gracias, murmuro mientras me limpio los labios con la punta de la servilleta, gracias por la copa transparente, por la aceituna sumergida, gracias por haberme abierto la jaula de una rutina estéril para cerrarme la jaula de otra rutina, que según todos

los propósitos y las posibilidades ha de ser fecunda, gracias por..."³¹

La inmovilidad de Isabel cae en una esterilidad que no es privativa del personaje, más bien pienso que se debe a su condición de vida³². Todo aquello que la separa del resto de los personajes y que la hace más solitaria, su falta de creatividad, su indiferencia, su incapacidad para la sublimación, la colocan en un plano de obscuridad. Naturalmente que no es mi intención buscarle nexos con otros personajes, pero pienso que es necesario observar que Isabel sólo puede emparentarse -y eso en cierta medida por oposición-, con Marcela, porque fuera de ella, no existe un sólo personaje femenino dentro de la novela con quien se pueda comparar, porque todos dejan un legado porque a excepción de Isabel todos los personajes femeninos aprenden a canalizar su soledad; en Julia se deja ver un rompimiento con las costumbres, en Idolina la venganza, en Teresa, Idolina, en Felipa, el rencor, etc. Se puede observar que ni Mercedes Solórzano acepta su condición de futura atajadora o de sirvienta y se cobija en la personalidad de Leonardo.

En Isabel sólo queda la espera; se encuentra totalmente subordinada a los actos de Leonardo. Es en este sentido que considero ahondar sobre el contenido melodramático que cobran los acontecimientos en el seno de la familia mestiza, puesto que, como anteriormente anotaba, la rebelión para ellos pasa en cierta forma como un momento de distracción: Ulloa muerto, Julia Acevedo lejos, el levantamiento conjurado, las cosas vuelven a ese extraño patetismo que trae la tranquilidad cotidiana, porque el esposo retornará al hogar y la mujer (Isabel) se encargará de cuidar pacientemente de su vejez, cuando el cansancio y las desventuras se lo hayan restituido hecho un guiñapo. Con esto trato de parafrasear una visión que nos proyecta la autora del semblante matrimonial cuando los esposos llegan a la edad senil³³, que, por su naturaleza se hace más notorio en la vida provinciana.

Tal vez la soledad de Isabel encuentre parangón con la de Zoraida, (personaje femenino de Balún Canán), lo cierto es que no resulta tan gratuita la insistencia por situar a la mujer en un constante retorno a la soledad, asimismo, en la constante búsqueda de algún bastidor en donde sostener la ilusión por la vida en un mundo plenamente confeccionado por el hombre

El tema de la soledad femenina es bastante pronunciado en Rosario Castellanos, tanto en el verso como en la prosa y considero que merece un trato más amplio. Ahora sólo me concreto a aludir a la soledad como condición declarada de los -- personajes femeninos en esta novela y para ello tomo como ejemplo a Isabel. Sin embargo, es evidente que se podría partir de cualquier otro e incluso se pueden fusionar los personajes indios y mestizos a través de la soledad, porque como he afirmado anteriormente, la soledad rebasa las condiciones convencionales y nos sitúa ante un problema de naturaleza existencial que sólo confirma la posición secular que ha tomado la mujer en un mundo totalmente masculino.

4. EL CONFLICTO.

El conflicto en la novela puede desfigurarse y tomar -- los matices convencionales a partir de los valores que sustenta la ideología en México durante la década de los sesenta, en que aparece la novela. Este conflicto según Sommers³⁴, se traduce en tres premisas: a) El freno al ímpetu nacionalista revolucionario; b) La institucionalización política y c) La separación de los intereses de la clase media frente a los del obrero y del campesino. En este sentido el conflicto se plantea -- desde una perspectiva sociopolítica que atañe no sólo a los -- funcionarios públicos, a los habitantes de la zona donde se desarrolla la novela o a los lectores de clase media, sino en general a todos los que directa o indirectamente se encuentran inmiscuidos en los planteamientos de la misma. Entonces la novela abandona el tiempo convencional de la década y nos puede situar

en varias latitudes temporales que viajan desde el tiempo de la rebelión chamula, acaecida en el siglo XIX, hasta el momento actual, esto es, el instante en que este trabajo se está redactando, (porque las rebeliones se siguen suscitando), pasando por el cardenismo (el tiempo de la novela) y la década de los sesenta, (en que la novela aparece). Este juicio se basa en que el texto sustenta una serie de constantes que se -- han repetido hasta convertirse en "un modo de vida", esto es que ahora ya no causan extrañamiento porque han pasado a ser parte del orden social en la región; incluso se han enquistado a tal grado que en la actualidad ya no se puede prescindir de ellas , a despecho de las medidas paternalistas que ha tomado el estado para que la situación no se deje alcanzar por la violencia. De acuerdo a este criterio, el conflicto se encargaría necesariamente a la denuncia de las condiciones de vida que prevalecen en la zona, y sería el enésimo texto que florece al abrigo de esta preocupación.

Por su parte, Rómulo Cossé³⁵ plantea que Rosario Castellanos limita los conflictos de la novela al terreno cultural, y que ignora los problemas de la tierra. Yo no estoy de acuerdo con esta opinión, en tanto que el problema sociocultural -considero- no se puede manejar al margen del -- problema de la tierra; porque las condiciones en que vive el indio en la actualidad, no son muy diferentes a aquellas que le impusieron los conquistadores; en gran medida, su miseria y su abyección descansan en su condición de desposeído que lo llevan a sentirse extraño en su propia tierra.

Es la situación de todo país colonizado, cuyos habitantes nativos se sienten fuera de contexto, por la transformación que tomó lugar en aras de la colonización.

Si tomamos La celosía, de Robbe Grillete, no tenemos que viajar muy lejos para entender esta afirmación y ob-

servar que el espacio detrás de la ventana (la celosía) es el espacio del colonizador, el espacio hacia adentro, como un -- trozo de Europa llevado a la selva. Es por lo tanto un espacio que los nativos no osan transgredir, a pesar de que antes de la construcción era de ellos; en cambio el espacio de ellos sigue siendo la selva, esto es, el sitio que no han tocado los blancos, al menos con la intención de habitarlo³⁶.

La celosía dista mucho de ser una novela indigenista y, sin embargo, plantea el problema de la desposesión como un conflicto que viene necesariamente después de la colonización, o en el proceso de ésta y que acarrea otros problemas socioculturales que, por otra parte, no podrían venir de la nada.

Pienso que el problema de la novela radica en que su estructura se presta a constantes divagaciones, en gran parte por el cúmulo de conflictos individuales que plantea y la obsesión de la autora por darles a todos un cauce que los haga desembocar en la rebelión. Esto es, en proyectar a todos los personajes vinculados directamente con el levantamiento indio. -- En este aspecto, pienso que lo importante es deslindar los conflictos individuales hasta llegar al problema que se cierne sobre todos en general, que será en todo caso el problema de interés primario para la novela. Entonces podremos concluir que el conflicto planteado por la novela no se reduce al instante de la rebelión, que va más allá del momento del pánico de los mestizos y la embriaguez de los indios. Que el conflicto real que plantea la novela es precisamente la vuelta a la tranquilidad cotidiana, que significa retroceder a las mismas condiciones de vida y renunciar tácitamente al paso del tiempo y a la ---- transformación. El conflicto entonces apuntará a la impotencia gobiernista por cambiar la situación social que se maneja en una región, cuyo máximo orgullo descansa en que se quedó varada en el acontecer de los tiempos y que por lo tanto se da el

lujo de llevar una vida al margen de los acontecimientos que se han suscitado en todo el país.

El principio individual del conflicto parte de la peripetia de un mestizo que se traduce en la violación de una india. Afirma Cosse³⁷ que esto no rebasaría la costumbre si las personas que protagonizan la violación, carecieran de investidura social, esto es, si el violador, Leonardo Cifuentes, no fuera un connotado cacique de la región y la violada, hija de una autoridad india. En realidad, pienso que más allá de la investidura de Cifuentes y de Marcela, victimario y víctima de la violación, queda el recurso novelístico, es decir la importancia que la misma narración va concediendo a los personajes. Ciertamente que al amparo de una proyección social o realista, este acontecimiento adquiere matices simbólicos en los que se puede contemplar a Cifuentes como el prototipo del avasallador del indio y a Marcela como la injusticia. Este juicio, nos llevaría a parangonear la novela con cualquiera otra del mismo género, incluso ¿por qué no?, con una novela decimonónica donde los mestizos pasan por derecho, distracción o por costumbre sobre la integridad de los indios. Pero, si atendemos a la dinámica que toma la novela, si nos avocamos estrictamente a las condiciones que impone el relato, nos encontramos con que este acontecimiento compromete de principio a fin la textura del conflicto. Como acertadamente ha afirmado Cosse, la novela se desenlaza precisamente con el sacrificio del niño, que fuera producto de esa violación. Es en este punto que quiero hacer descansar mi análisis respecto a los planteamientos que hace Rosario Castellanos en esta novela. Así también, es en este punto que quiero sentar mi afirmación sobre lo que sustenta este trabajo en torno a la novela como la visión de un mundo híbrido en los altos de Chiapas. Quiero decir que en la actualidad ya resulta anacrónico hablar de la persistencia del hombre blanco en esta región, a menos que se aluda al turista o al investigador. Concretamente en la novela se habla de uno, que es el hacendado Homel, propietario -

de "La Constancia" que es el sitio donde queda enganchado - Winktón; el resto de los personajes son mestizos e indios. Pero extraño es que, en ausencia del hombre blanco, los mestizos se proyectan a partir de una serie de jerarquías que nos recuerdan las viejas castas y esta jerarquización es tan acentuada y tan hermética que va decolorando a los mismos mestizos, los va situando en una humillación gradual que se escalona hasta llegar al último peldaño que es el que ocupa el mestizo antes que el indio. Por eso es tan importante ser mestizo, y, por eso también, los coletos se manejan como "mestizos de abolengo", sea por el color de la piel (que con el tiempo ha perdido el cobrizo de la huella india) o por la antigüedad de los bienes (que los deja fuera del alcance de los advenedizos o de los nuevos ricos). Lo cierto es que el blanco, el significado cabal del hombre blanco ha quedado como una aspiración ideológica o como una ilusión mítica que se perdió en el devenir de los tiempos, porque el hombre blanco casi ha quedado extinto. Eso no impide que el hombre blanco se maneje en la novela como suma y síntesis de la proyección racial que sustentan los mestizos hacia afuera, porque ¿acaso no se habla en la novela de que el alemán Homel presta a sus hijas para las grandes recepciones? y ¿no se hace hincapié en que - éstas, por fortuna, no heredaron el color ni los modales de - la madre, india zoque?. Esta casta sigue ocupando el primer lugar porque en ella se maneja el mestizaje de primer grado, esto es, la autenticidad de la herencia del blanco, porque en esta unión no se manifiesta tan abiertamente la memoria indígena. En el siguiente peldaño quedan los finqueros de abolengo, cuya riqueza se pierde en el latrocinio y poderío malhabido, que la gente ha preferido olvidar pues despuntan hacia el futuro como los mejor colocados, como aquellos que guardan una estrecha relación con las autoridades y son los llamados a gobernar. Es el caso de Leonardo Cifuentes y el resto de finqueros que luchan por su inmunidad ante las voces del reparto de tierras. Por último se habla de los nuevos ricos, es el caso de Don Timoteo, padre de César Santiago, que no son total-

mente aceptados por los anteriores porque su historia está fresca, se mueve en todos los círculos sociales y siempre - se hace patente la desconfianza sobre su integridad.

La novela proporciona bastante material para entender esto, pero me basta con aludir al resentimiento que tiene César por los de su raza.

En un terreno aparentemente separado se manejan - los funcionarios públicos y religiosos; esto porque los finqueros, y en general la gente acaudalada, es respetuosa de las leyes y de la religión, cumplen hasta donde les es posible con los mandatos de ambas. Sin embargo, no son del todo aceptados puesto que se considera que como autoridades, no son del todo manejables, pero los mestizos los aprovechan. Es el caso del obispo Cañaverál que los finqueros utilizan para dar aval a la contrarrebeldía. Es el caso del gobernador, al cual se le profesa en apariencia un profundo respeto, que se traduce en desconfianza porque toda la reseña de los acontecimientos es pronunciadamente mentida y manipulada. Es el caso del mismo Ulloa, (que se acentúa más porque es "de fuera"), con quien se inicia una tarea que permite llevarlo a los terrenos de la coacción, pero en cuanto los mestizos observan que sus maniobras fallan, sencillamente - porque el funcionario no es susceptible a la corrupción, hacen acopio de una serie de intrigas que conducen al desprestigio del funcionario y luego a la marginación total, esto es, a su descontextualización.

En este orden seguirían los mestizos que fungen como servidumbre, desde los más íntimos a los patrones (Mercedes Solórzano), hasta aquellos cerreros que ingenuamente se dejan apresar por las autoridades cuando pasan por rebeldes. Es en ellos donde se detiene el proceso y donde se acentúa con mayor fuerza el sentimiento de la pérdida de identidad y por añadidura, el resentimiento contra todo lo indio.

En estas condiciones, la novela nos conduce a la

contemplación de una región donde se hace patente el juego ideológico de aspiración gremial, tan propio de los países colonizados. Observamos que esta situación ejerce tal influencia en los grupos sociales, que no les da siquiera la alternativa de elección porque este aparente ascenso es piramidal y marca un límite que se traduce en la consagración del individuo como servidumbre de categoría, ya sea en un puesto que le permita conocer las intimidades del patrón, o bien en el desempeño de un cargo público de aparente importancia. Este juego les permite continuar con el culto de las normas de explotación que, virtualmente se han convertido en una fuerza cuyo bastidor principal es la tradición.

Estos elementos me permiten reforzar la premisa anterior de que la novela está marcada por un acentuado tinte pesimista que llega a sus últimas consecuencias cuando el gobernador escucha, con desconfianza, las declaraciones de algunos mestizos respecto a la masacre ejercida sobre los indios, (capítulo XXXVIII); pero finalmente se resigna a dar crédito a estos informes, en tanto deja ver que Leonardo Cifuentes será su sucesor. Porque ahora, en lo sucesivo, la injusticia ya no se manejará al margen de la ley, sino en plena comunión con ella. Estos mestizos forman el binomio clero/leyes que parece indisoluble y que permite la franca violación de los derechos más elementales del ser humano; pasan ante propios y extraños como dos sagradas castas de letrados que, además sirven para adornar las tertulias.

Ahora bien, si las autoridades religiosas se muestran anacrónicas y hasta cierto punto ociosas, considero que se debe a dos razones, una se maneja en el terreno histórico y la otra obedece a necesidades estrictamente de estilo. No quiero decir con esto último que la novela se su-

bofndine necesariamente a la historia, lo que quiero en todo caso confirmar es que la novela maneja su propia dinámica.

La primera premisa nos remonta a la época en que se dió el levantamiento tzotzil (1867 aproximadamente) y - guarda estrecha relación con la ley que decretaba la expropiación de los bienes de la iglesia, ya que en cierta forma esta ley contribuyó al crecimiento del latifundio. Pero este juego se vuelve a hacer evidente en la época en que se plantea la novela, (el cardenismo), porque se manejan en ella los vestigios de la persecución cristera y el rompimiento de la supuesta paz celestial confeccionada tan cuidadosamente por el porfiriato, esto es, la influencia de la política agrarista que trajo el triunfo de la Revolución Mexicana. Nancy Modiano afirma que:

"Unicamente hubo dos rebeliones indígenas de consideración entre la Conquista y la Revolución de 1910, y ambas tuvieron fuertes tintes religiosos, con figuras semidivinas que funcionaron como puntos de reunión de miles de indígenas, que se armaron y marcharon en contra de los ladinos, saqueando lo que encontraban a su paso; en ambos casos se llamó al ejército para sofocar la rebelión, cosa que se logró rápidamente"³⁸

Recordamos que es el obispo Cañaveral quien habla del desprestigio en que ha caído la iglesia y observamos también que es él quien sucumbe a las imposiciones de Leonardo ante el conflicto. Por otra parte, el padre Mandujano se queja de que los sacerdotes participen del fraude de los coletos, e incluso se hagan cómplices de éstos y la única posibilidad de permanecer al margen se la proporciona el combate a la supuesta idolatría en que han caído los indios.

No hay que olvidar también que la autora matiza la rebelión con tintes religiosos porque sólo de esta manera se puede ahondar en el pensamiento mágico de los indios. Esto es, los separa en apariencia de intereses políticos que difícilmente podrían codificar, menos entender y todavía menos, lanzarse a una lucha por ellos. Naturalmente, esto descontrola a la crítica, principalmente a aquella que se ha acostumbrado a entender los levantamientos a partir de una conciencia liberal, revolucionaria, que finalmente ha querido vincular los levantamientos con las aspiraciones de los intelectuales que los describen, reseñan o inventan. Recordamos aquellos levantamientos en que los indios como por arte de magia se apropiaban de una conciencia liberal, que paradójicamente venía de Europa, vía Francia Estados Unidos. En apariencia esta rebelión se encuentra descontextualizada del pensamiento europeo, precisamente por ello no se deja arrastrar por el idealismo burgués, que es tan socorrido en este tipo de obras. No es la libertad de credo, ni la imposición religiosa y tampoco el paganismo; la rebelión se va matizando paulatinamente de una serie de elementos que en apariencia estaban al margen de los acontecimientos, pero que afloran en el instante en que la violencia hace su aparición, porque los indios se consagran a la idolatría y a la búsqueda de un Dios que los iguale con los mestizos. En un acto de impotencia, pero no es impotencia generada por el momento, pues en ese instante ellos son más poderosos; pienso más bien que su impotencia es secular, porque no alcanzan a descifrar los lineamientos de vida que los rigen, es bastante sintomático que los indios abran los cadáveres de los mestizos en busca de algo que los hace diferentes, eso que les permite mandar.

La atención que la novela dedica a la rebelión crece en la medida en que se hace patente la preocupación por hacernos penetrar en una ira contenida, una ira ciega que incluso se deja someter por un sentimiento de ingenuidad o que les condena a no entender los tamaños de la inmortalidad, al menos los

que manejan los mestizos. Los indios consideran que la crucifixión del niño Domingo los ha hecho inmortales, pero ese sentimiento los pone al alcance de la malicia o el sentido común de los ladinos. Quiero referirme concretamente al episodio que marca el que un indio se deje disparar con una escopeta porque está convencido de que ésta no le hará daño. Sin embargo, es ese el desafío de los indios, porque es esa su rebelión, y aunque a los ojos de los ladinos se dejen ver abiertamente sus carencias culturales y sus aspiraciones de clase, es obvio que la iglesia, (al menos como la manejan los ladinos) ha dejado de tener vigencia en sus creencias, lo mismo que el gobierno, porque ambos están constituidos por gente que no es la suya. La resurrección de los ídolos marca de alguna manera la vuelta a los antiguos dioses. Recordamos que en El reino de este mundo, Carpentier plantea el levantamiento de los negros de una manera semejante, sólo me quiero referir al pasaje en que uno de los principales instigadores, Mackandall, es ajusticiado por los franceses y luego de que su cuerpo se ha consumido en la hoguera, los negros entonan cantos misteriosos que sorprenden a los blancos. Esto lo hacen porque los suponían de luto, y el luto para los blancos es el silencio, pero para los negros era sólo el principio de la verdadera rebelión. Otro caso semejante se plantea en Tomochic, claro está, que con sus respectivas distancias.

Es necesario hacer notar que si bien en los indios un conflicto de naturaleza religiosa desemboca o se deja ver con amplitud a través del problema social, en los mestizos parece que la situación se invierte porque para ellos el problema, aunque soslayado, es de naturaleza social, pero lo subordinan al plano religioso. De esta manera no se cuestiona su presencia de dominio.

Ellos saben perfectamente que el levantamiento está a la puerta por las condiciones en que viven los indios, por ello acuden originalmente a la coacción; esto implica obedecer al gobierno, pero sin sacrificar su propiedad, pues como

ya he mencionado, son respetuosos de la ley y más de las iniciativas gubernamentales. Sin embargo, cuando se dan cuenta de que no es tan sencillo convencer a Ulloa, recurren a la in sidia, atizan la rebelión y dejan mover una serie de comentarios que hiere la susceptibilidad de todos los coletos, aún - de los que no son finqueros y tampoco pueden presumir de ser acaudalados, (hay que retomar la última conversación entre el obispo Cañaveral y Cifuentes).

También se puede observar el giro tan rutinario que va - tomando la rebelión, toda vez que los acontecimientos se van desarrollando fuera de la ciudad, los mestizos se aburren en espera de que los indios se decidan a incursionar y hasta se dice que entre ellos provocan disputas. Finalmente, las tan mencionadas "ordenanzas militares" cuyo fin es esencialmente el adiestramiento y el permiso para matar indios, (aunque es to a los ojos de los finqueros parezca engañoso, porque la - pregunta siempre salta ¿Quién trabajará las tierras?, yo más bien preguntaría ¿Cómo se manejarían los instrumentos de dominio?).

Para concluir, agregaré que los mestizos también aprovechan el levantamiento para zanjar sus diferencias individuales, por lo menos para hacerlos evidentes. Acaso la rebelión no alcance a cobrar víctimas en la ciudad, incluso no altera del todo la tranquilidad coleta; pero es obvio que se ac en túa la intriga, es la rebelión el momento esperado.

Vemos por, ejemplo, que para Idolina el levantamiento de los indios es el síntoma más claro del fin de Cifuentes e - Isabel, en ello se encumbra la idea de venganza tan pronunciada por la nana. Con Isabel, sólo le confirma la felonía - de su marido, la hace pública; a César lo enfrenta con Ulloa y a Ulloa con la realidad. La rebelión tiende una estela de desmitificaciones, de desengaños y de frustraciones para a - aquellos mestizos que cifraban sus esperanzas en algo o en al guien. Pero también la rebelión sirve, como afirma Cosse, -

para descubrir el intrincado aparato legal que cubre las injusticias que cometen lo colatos sobre los indios. Pienso que de ello deriva que los indios no sean legalmente acusados de idolatría (además de que esto es imposible), sino de sedición, y que paradójicamente se combatan como idólatras y no como sediciosos, porque en esta maniobra, se compromete a todo mestizo que se presume católico.

Si consultamos a Benítez³⁹, Modiano⁴⁰, Voght⁴¹, Pozas⁴² Collier⁴³, etc. entre otros estudiosos de la región, encontraremos que los levantamientos indígenas se ventilan tan abiertamente en la mentalidad de los mestizos, que los ha obligado incluso a crecer con un resentimiento hacia ellos. Naturalmente que en este resentimiento descansa plenamente la justificación que les permite continuar con los abusos y el trato tan desigual hacia los indios. Me remito por enésima vez a las palabras del abogado Tovar:

"¡Defenderlos. ¿Defendería usted a quien asesinó a su padre, a quien violó a sus hermanas? - ¿Defendería usted a quienes lo han reducido a la miseria?. ¿Es su caso licenciado? - ¡Es mi caso y el de cualquier otro coletito!"⁴⁴.

Es probable que la visión de los investigadores sea tendenciosa, pero las palabras del abogado Tovar son elocuentes porque en los mestizos se ha guardado un pánico a los levantamientos, que les cubre con un manto de solidaridad con el significado de ser "caxlán" y les pone de frente contra todo lo que represente el ser indio. Naturalmente; Tovar habla de levantamientos con saldo siempre de un mestizo muerto a machetazos, pero olvida con facilidad la gran cantidad de indios que mueren diariamente en las plantaciones o que, sin morir físicamente, se debaten entre el hambre y las enfermedades, producto, éstas últimas, de las condiciones tan insalubres en que viven.

Cuando se habla en la novela de la finca del alemán Homel, se hace alusión, no sin cierta ironía, a las medidas que toma (como extranjero) para combatir estas irregularidades tan propias de un país como México; pero también se habla de los recursos que utiliza para mantener el orden en aras del respeto a las costumbres de la gente.

Para Brushwood⁴⁵, la novela tiene tres momentos: el mundo de los ladinos, el mundo de los indios y la rebelión. Pienso que siguiendo una secuencia lineal de los acontecimientos, la narración se puede manejar de esta manera sin buscar más problemas. Lo relevante - a mi parecer - es que Rosario Castellanos individualiza los mundos, tanto el mestizo como el indio y genera juegos retrospectivos y monólogos que nos permiten, como lo ha dicho Sommers⁴⁶, contemplar la novela desde una perspectiva tanto existencial como freudiana. Es en este juego donde se dan las desviaciones al conflicto que bien pudiera ser la rebelión. También se puede entender que este conflicto central que genera la rebelión, se maneje como el principio o el recurso para proyectarnos una serie de conflictos supuestamente de menor orden. Yo lo entiendo como un recurso para darle pluralidad a la novela y con ello comparto la opinión de Sommers⁴⁷ respecto a que Oficio de tinieblas es la mejor novela del género indígena que se ha escrito en México, (aunque una opinión de esta naturaleza, no siempre tiene la relevancia deseada).

Volviendo al texto, encontramos que la fusión de valores y de costumbres que plantea, no se manejan exclusivamente en el terreno de la aculturación indígena. Aun cuando ésta es bastante pronunciada, se puede observar que también los mestizos recurren constantemente a las costumbres y los atavismos que delatan de alguna manera su origen.

El otro problema que se plantea durante la rebelión y que especula sobre la separación de indios y mestizos, de la

ta abiertamente esta situación, porque el indio con su presencia, de alguna manera, siempre recuerda al mestizo su condición de colonizado. Pues el mestizo se contempla a través de un estado híbrido, esta doble posición (indi-mestizo) le hace recordar su antiguo vasallaje.

En este sentido, comentaba, no se puede hablar de vecindad, más bien de subordinación y de explotación, pero prefiero apoyarme en lo que ha dicho Ricardo Pozas al respecto:

"La teoría del colonialismo interno trata de explicar las relaciones actuales entre el estado nacional e independiente y los núcleos indígenas, como una prolongación de las existentes entre éstos y el inmediato pasado Estado Colonial, ya que hoy en día, el indio a través del comercio desigual es explotado por el ladino, quien adopta así el papel del explotador de la metrópoli, dando la impresión de que las relaciones anteriores a la Independencia no han cambiado"⁴⁸.

Es claro entonces que el conflicto de la novela, que se traduce en el levantamiento, quedaría como un gran pretexto para remitirnos a un conflicto mayor que es la "vida diaria" un conflicto que se maneja sin aparente violencia pero que requiere de ella para hacerse evidente. Este conflicto se maneja en la forma tan habitual de coexistencia "pacífica" entre indios y mestizos, con unas reglas ya comunes para ambos grupos, pero que no dejan de asombrar a quienes llegan de fuera.

Es precisamente en este plano de coexistencia pacífica que se desata la violencia por una promesa de tierras o de justicia, y es en ese plano de coexistencia donde vuelve a quedar el estado de cosas después del fracaso del levantamiento

to. Por ello se afirma que la novela encierra un profundo pesimismo, producto del desengaño hacia las instituciones, y, sobre todo a los supuestos avances que dejó la Revolución o el cardenismo, porque la novela, sin ser realista, nos pone de frente a la realidad.

En ese criterio, se podría subordinar a la novela a una proyección específicamente social, donde el grueso de las constantes apuntan al problema agrario, tan difundido como mal manejado, y la tarea novelística en este caso que daría como la denuncia (otra más) de un caso (como tantos) de injusticia respecto a las comunidades indígenas. Yo me resisto a pensar que en ello descansa toda la trascendencia de la novela, y, sin subestimar este problema, considero que el texto apunta hacia otros intereses que bien merecen atención.

Ciertamente que el conflicto socioeconómico es el más destacado y hasta cierto punto el que marca la pauta para que se desarrollen otros en apariencia menores, pero se debe tomar en cuenta que, esta novela no es la primera y tampoco será la última que intente abordar esta conflictiva. Por lo demás, es obvio, que no debe a ello su importancia, porque en la actualidad, la tarea de evidenciar o poner a la luz la injusticia en que viven los grupos marginados ha quedado al resguardo de antropólogos, etnólogos o sociólogos. Pienso que algunos puntos que bien son rescatables, y que por lo menos merecen atención, se manejan en la individualidad, esto es, en la capacidad de cada una de las personalidades de desprenderse de la dinámica colectiva. Es a través de estas personalidades que la novela encuentra una identidad entre sus planteamientos y su estructura.

Entenderíamos la novela como una pirámide de individualidades que desemboca en el vértice de cada uno de los grupos, (el de los indios y el de los mestizos) pero cuyos roles no son exclusivamente de carácter social y cultural pues se encuentran amalgamados en una memoria secular. Por

ello se explica a nivel colectivo e individual lo que Sommers llama la tendencia freudiana de la novela: los personajes sus-
tentan caprichos que podrían pasar desapercibidos. De no ser
por el significado que van cobrando en la narración. Por e-
jemplo, la predilección que tiene Cifuentes por las indias, s_ó-
lo se entiende a la luz de un sentimiento edípico que deja -
ver claramente los orígenes del cacique; además de su bastar-
día, se habla de él como hijo adoptivo y de origen desconoci-
do.

Otro caso semejante sería el de César Santiago, quien
renuncia a la escuela y a todas las comodidades que le pro-
porciona su familia, para seguir a Ulloa. Es notorio tam-
bién ese extraño magnetismo que ve Idolina en la nana, pues-
to que ésta le cubrió los primeros días de lactancia y por -
último la constante presencia en Ulloa del recuerdo de un pa-
dre que luchó en la Revolución.

Todos estos conflictos internos en los personajes gene-
ran una conciencia que dista mucho de ser conciencia de clase,
pero que parte de su particularidad y en la medida en que
se vierte hacia afuera, logra afectar al grupo; esto, en la
medida en que el individuo ocupa un lugar relevante dentro -
del grupo. El peso de las acciones individuales genera así
un conflicto colectivo, pero ambos, grupo e individuos se -
desprenden y se juntan de acuerdo a la narración, se pueden
tratar tanto separados como en conjunto. De ahí que se pue-
da hablar abiertamente de varios conflictos planteados por
la novela,

En este sentido la novela se presta a confusión, por-
que cada tratamiento que da a sus personajes individualmente
representa una posibilidad para que el lector se distraiga.-

Yo pienso que ésto es un acierto en la novela porque -
precisamente en ello radica su pluralidad, en la posibilidad
de tratar abiertamente problemas tanto objetivos como subje-
tivos. Goldman afirma al respecto:

ción; en la vuelta a la equidad y la justicia social, pero es tan contrastante su discurso con la manera de pensar de los finqueros, y sobre todo con la realidad objetiva, que en no pocas ocasiones vemos que pisa los terrenos de la utopía, o, de lo contrario cae en la demagogia:

"-El ejido es indispensable, desde luego; pero su explotación exige un pequeño capital que proporcionará un banco.

La hacienda, cuyos límites llegan ahora hasta donde lo permite la fuerza y la codicia del finquero vecino, se fraccionará en mil pedazos. El peón ya no vendrá a su plicar una fanega de maíz, una vara de manta, un machete nuevo, un gramo de quinina. Ya no se endeudará a cambio del garrafón de posh para la fiesta religiosa, para la ceremonia familiar, para el rato de asueto, para el vicio. Ya no morirá le gando a sus hijos un compromiso de fidelidad con el patrón"⁵⁰.

Lo importante en todo caso, es que Ulloa está convencido de sus palabras, porque no habla sólo como funcionario oficial, es su convicción de clasemediero, su infancia, el re -- cuerdo de su padre, etc. Todo aquello que se nos informa en el texto a través de un retrato retrospectivo del funcionario.

El lector sabe que Ulloa está fuera de la realidad, lo sabe también Leonardo Cifuentes, porque es inconcebible que alguien que no es indio, se atreva a pensar seriamente respecto a los indios y, sobre todo, que se atreva a creer que todo el problema de la tierra descansa en "un mal entendido" y, finalmente. que las pretensiones del gobierno al respecto son serias y pueden conseguir la vuelta a la justicia.

"La toma en consideración por el escritor de los elementos de contenido de la conciencia colectiva, o, más simplemente, del aspecto empírico inmediato de la realidad social que le rodea, no es casi nunca ni sistemática ni general, encontrándose, solamente, en ciertos puntos de su obra. Es decir, que en la medida en que el estudio sociológico se orienta exclusiva o principalmente hacia la búsqueda de correspondencias de contenido, deja escapar la unidad de la obra, es decir, su carácter puramente literario⁴⁹.

La novela está estructurada de tal forma que, durante

los primeros once capítulos se habla solo de individualidades, y hasta el capítulo XII se maneja el conflicto que se refiere a la tenencia de la tierra. Es cierto que ya se había sugerido anteriormente, pero es el diálogo entre Cifuentes y Ulloa lo que lo hace evidente.

En este diálogo se manejan los planteamientos de poder entre los cuales destacan dos primordialmente: 1. para los finqueros el derecho a la propiedad descansa en una supuesta antigüedad, que por supuesto rebasa aquella en que alguna vez se ampararon los indios. Esto es, no puede ser tan antigua, que pueda superar la ley institucionalizada por los mestizos; por ello se comprende que Cifuentes haga mofa respecto a que si los títulos de propiedad de los indios están firmados por el rey de España. Se entiende también que todo el pensamiento tanto de Cifuentes como de los finqueros esté respaldado por los principios básicos de un capitalismo primitivo en el que se presume que los hacendados vienen a generar fuentes de empleo para los indios. 2. La disertación de Ulloa descansa en cambio en principios que trajo la Revolu -

A partir de este capítulo, se puede observar que todos los personajes que aparezcan en lo sucesivo tendrán que ver con el deslinde, directa o indirectamente, pero eso no les priva de la participación en su propio conflicto individual. Catalina ignora totalmente los planteamientos del reparto de tierra, pero para ella la presencia del ingeniero Ulloa se traduce en que Domingo ya no puede acompañarla.

Finalmente, para Ulloa y Cifuentes, el problema del deslinde se convierte en un conflicto personal; un reto que el primero canaliza en su amor propio, mientras que el segundo lo enfrenta a través del amasiato que vive con la mujer del funcionario. Esta relación se hace de conocimiento público, porque es necesario que todos se enteren, pues en ello se juega el prestigio de Leonardo y su capacidad para avasallar a quien se le pone enfrente. Sin embargo, para Ulloa resulta más cómodo pasar desapercibida esta relación.

El conflicto de la tenencia de la tierra tiene una postergación, como lo afirma el gobernador "todo a su tiempo". No sucede lo mismo con el conflicto que se mantiene por siempre a través de las relaciones indio/mestizo.

N O T A S

1. Rosario Castellanos, Oficio de tinieblas, Joaquín Mor-
tíz, 1977, p. 53.
2. Idem, p. 362.
3. Idem, p. 368.
4. Idem, pp. 263-264.
5. Idem, p. 346-347.
6. Idem, p. 149.
7. Erich From, Ser o tener, Fondo de Cultura Económica, -
México, 1982, p. 25.
8. Carlos Marx, La ideología alemana, Ediciones de Cultu-
ra Popular, México, 1979, p. 29.
9. Lucien Goldman, Para una sociología de la novela, Ayuso,
Madrid, 1964, 240 pp.
10. John Brushwood, La novela hispanoamericana del siglo XX,
-una vista panorámica-, Fondo de Cultura Eco-
nómica, México, 1984, p. 281.
11. Fernando Benítez, "La última trinchera" en Los indios de
México, vol. II, ERA, México, 1971, pp. 139-273
12. John Brushwood, Op. Cit. p. 231.
13. Fernando Benítez, Op. Cit. p. 150.
14. Rosario Castellanos, Op. Cit. p. 242.
15. Idem. p. 15.
16. Joseph Sommers, "Oficio de tinieblas" en Nexos, Febrero
1978, p. 15.
17. Rosario Castellanos, "La suerte de Teodoro Méndez Acubal"
en Ciudad Real, Novaro, México, 1974, pp. 49-59.
18. Rosario Castellanos, Op. Cit. p. 233.
19. María Estela Franco, Rosario Castellanos, Semblanza psi-
coanalítica, Plaza & Janés, México, 1984, -
181 pp.

20. Ricardo Pozas, Chamula, un pueblo indio en los altos de Chiapas, Instituto Nacional Indigenista, México, 1979.
21. Bruno Traven, La rebelión de los colgados, Compañía General de Ediciones, México, 1984, 317 pp.
22. Ramón Rubín, La bruma lo vuelve azul, Fondo de Cultura Económica, México, 1980, 192 pp.
23. Ricardo Pozas, Juan Pérez Jolote, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, 117 pp.
24. Rosa de Castaño, Fruto de sangre, Populibros La Prensa, México, 1972, 287 pp.
25. Jules Michelet, Historia del satanismo y la brujería; Siglo XX, Bs. As. 1965, p. 84.
26. Rosario Castellanos, Op. Cit. p. 29.
27. Joseph Sommers, Op. Cit. p. 16.
28. Jules Michelet, Op. Cit.
29. Rosario Castellanos, entrevistada por Emmanuel Carballo en 19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX, Empresas Editoriales, México, 1965, p. 421.
30. Rosario Castellanos, Oficio de tinieblas, p 254
31. Rosario Castellanos, "Lección de cocina" en Album de familia, Joaquín Mortíz, México, 1979, p. 12.
32. Rosario Castellanos, El eterno femenino, Fondo de Cultura Económica, México, 1975, 204 pp.
33. Ib. Idem.
34. Joseph Sommers, Op. Cit. p. 16.

35. Rómulo Cosse, "El mundo creado en Oficio de tinieblas de Rosario Castellanos", en Critica latinoamericana, Cuadernos del CILL, Universidad - Veracruzana, México, 1982, pp. 111-136.
36. Robbe Grillet, La celosía, Barral Editores, Barcelona, 1970, 119 p.
37. Rómulo Cosse, Op. Cit. p. 117.
38. Nancy Modiano, La educación en los altos de Chiapas, Instituto Nacional Indigenista, México, - 1974, p. 29.
39. Fernando Benítez, Op. Cit.
40. Nancy Modiano, Op. Cit.
41. Evon Vogt, "The zinacantecos of México", en A Modern maya way of life, Holt, Rinehart and - - Winston, Inc., Nueva York.
42. Vogt estudia especialmente la comunidad - tzotzil que habita en Zinacantán, especial - mente en lo que respecta a la organización social y al culto religioso.
42. Ricardo Pozas, Chamula un pueblo indio en los altos - de Chiapas, Instituto Nacional Indigenista, México, 1978.
43. George A. Collier, Planos de interacción en el mundo tzotzil, Instituto Nacional Indigenista, - México, 1976, 242 pp.
44. Rosario Castellanos, Op. Cit. p. 242.
45. John Brushwood, Op. Cit. p. 231.
46. Joseph Sommers, Op. Cit. p. 16.

47. Idem.
48. Ricardo Pozas, El indio en las clases sociales en Mé-
xico, Siglo XXI, México, 1981, p. 27.
49. Lucien Goldman, Op. Cit. p. 225.
50. Rosario Castellanos, Op. Cit. p. 150.

CONCLUSIONES

1. La sustentación de Oficio de tinieblas como la visión de un mundo híbrido..., se traduce en esa constante mezcla que se maneja en la novela no sólo de grupos sociales, (indio y mestizo), sino también del constante juego de identidades que pretenden conservar ambos grupos y que, sin embargo, van perdiendo de manera inexorable por la necesidad que tienen de coexistencia bajo determinadas condiciones.

Acaso en ninguna novela de esta naturaleza sea tan penetrante esta mezcla, o por lo menos no haya sido tratada de manera tan doméstica.

Lo que más violenta el escenario es la obsesión tanto de los indios como de los mestizos por conservarse "al margen del otro", esta obsesión se deja vencer en la medida en que ambos se necesitan.

Presumiblemente los mestizos han levantado las haciendas para generar fuentes de trabajo en beneficio de los indios, pero además manejan el comercio a todos los niveles, así como las leyes y el clero. Por añadidura los indios son sus peones, sus consumidores, sus ciudadanos (aunque de segunda clase) y sus feligreses. Los mestizos no pueden prescindir de los indios y éstos a su vez se dejan seducir constantemente por los toques de civilización que supuestamente traen los nuevos patrones.

Es bastante sintomático que los hijos de los mestizos acaudalados crezcan bajo la férula de las nanas, que regularmente son prófugas de la miseria o insuficiencia de algún paraje y que buscan acomodo en la ciudad. Consecuentemente es comprensible que los niños mestizos se eduquen a la sombra de las figuras fantasmales que se encuentran en las historias que estas nanas cuentan.

Este ejercicio no es invención de Rosario Castella

nos. Si consultamos algunos de los trabajos antropológicos (Collier, Modiano, Pozas), entre otros se podrá constatar esta inquietud categóricamente. Incluso si observamos trabajos literarios, (Rojas González, Zepeda, Rubín y la misma Rosario Castellanos), vemos que el tema es una constante.

Por otra parte, las afirmaciones que hacen los finqueros respecto a la posibilidad de que los indios desaparezcan de la región y que Cifuentes comenta airadamente aduciendo que "quién trabajará la tierra", sólo manifiestan un claro reflejo de la necesidad que tienen los mestizos de los indios. Otra situación semejante se hace patente -- cuando los comerciantes (Mercedes Solórzano en la novela) suben a la zona indígena a vender todo tipo de productos -- que se fabrican en la ciudad y que los indios requieren.

2. A partir de una serie de relaciones y de dependencias materiales este mundo híbrido se hace patente en la concepción ideológica de los dos grupos. Estas relaciones les permite entender a unos que deben gobernar y a otros asimilar el gobierno ejercido por aquellos que consideran son superiores. No es gratuito, como ya he explicado, que en el levantamiento los indios ausculten en las vísceras de los mestizos para ver qué hay de diferente en ellos que les permite gobernar. Tampoco lo es el hecho insólito de que cultiven un sentimiento religioso que ya no es católico y que tampoco es del todo pagano, (yo diría un sentimiento religioso híbrido), este sentimiento se hace patente con mayor fuerza cuando crucifican al niño "que nació durante el eclipse" porque representa una prueba determinante de la violación de una india.

El sacrificio de Domingo se entiende a la luz de un levantamiento acaudillado por alguien que se mueve -- en lo inconcebible (Catalina Díaz Puiljá) y que lejos de buscar una reivindicación social, se convierte en una pugna por la venganza de los dioses.

3. La novela en su textura se maneja como un relato híbrido, toda vez que en ella se funden por lo menos dos tendencias con respecto al indigenismo: el manejo de los indios, los retratos retrospectivos y el constante golpeteo sobre sus costumbres, nos hacen pensar en una novela de recreación antropológica, y sin embargo el recrudescimiento que maneja entre las relaciones de los indios con los mestizos, así como la falta de equidad y la denuncia de la injusticia, nos ponen frente a una novela indigenista.

Es muy probable que estos criterios de clasificación sean muy limitados, sin embargo pienso que son suficientes en la actualidad para definir estas corrientes. En todo caso, considero que la novela de Rosario Castella nos se coloca por encima de esta clasificación en tanto que no se concreta ni a describir ni a denunciar únicamente. Su relevancia radica en que es capaz de abundar en los perfiles de los personajes, que individualmente padecen las consecuencias de este vertiginoso movimiento social.

4. Finalmente, la novela nos deja ver que más allá de las relaciones entre indios y mestizos, que por encima de una serie de acuerdos (unos escritos y otros tácitos), estas relaciones quedan selladas por un pacto sagrado de convivencia. Y que el Estado o la iglesia no tienen por qué intervenir en este pacto, porque desconocen su origen.

Si bien la iglesia se ha conformado con que se le permita permanecer en la región a cambio de su silencio y discreción, el Estado constantemente busca una oportunidad para hacerse presente en la zona a través de su política agraria. Es obvio que esta política, como ya lo expliqué, lastima los intereses de los finqueros, luego entonces, el Estado aparece como un tercero en discordia que, sin conocimiento de causa pretende mediar las relaciones entre in-

dios y mestizos, Leonardo Cifuentes dirá que el gobierno "nada más prende la mecha y desaparece", y todos los mestizos se quejan a menudo de que el gobierno con sus prácticas sólo ha soliviantado a los indios.

Ese tercero en discordia en la novela se personifica en la figura de Ulloa; pero, paradójicamente, Ulloa es eliminado y esto nos deja ver que todo agente externo que pretenda involucrarse en esas relaciones de vecindad se encuentra fuera de contexto, y por lo tanto sin derecho a participar en los supuestos conflictos que se generen en esas relaciones que a los ojos de los habitantes de la región son totalmente "normales", pues los indios tienen sólo lo que se merecen. Se puede observar que tampoco el gobernador tiene acceso total a la vida de la zona, pues se conforma con las versiones que de manera dispersa escucha y que se han convertido en rumores; pero finalmente nada sabe en concreto.

Se puede decir entonces que las relaciones entre los habitantes de la región, (según sus habitantes), son del todo cordiales; que evolucionan y progresan de acuerdo a su naturaleza, que están avaladas tanto por las leyes como por la religión y que finalmente, ambas comunidades, indios y mestizos, buscan cada una por caminos diferentes su superación, pero que no admiten la presencia de quienes son incapaces de entender estas premisas tan elementales de convivencia.

5. El mundo que nos presenta la novela Oficio de tinieblas, es un mundo hermético, cerrado al tiempo y al espacio, un mundo que se exhibe a los demás a través de los aspectos más superficiales y que en apariencia manifiesta un profundo respeto por el progreso, las leyes y la religión, pero que en el fondo se encuentra negado totalmente a cuestionar sus estructuras básicas. Que presume de sus

indios, siempre y cuando éstos se muevan en los terrenos del folcklore y las postales para impresionar a los turistas, que tiene un museo destinado a exhibir a los sobrevivientes de los lacandones, que se precia de, por sus riquezas, ser - "el continente de México", pero que tiene a sus indios, aquellos que no son lacandones, los tzotziles, tzeltales, mames, zinacantecos, tojolabales y otros que no me vienen a la memoria por ahora, sumidos en la abyección y en la miseria.

Una región poblada por habitantes que se presumen bilingües, pero que apuntan inmediatamente que no son indios, que de vez en cuando se disfrazan de indios con los cotones o los chamarro, cuando la ocasión lo amerita, pero que ostentan hasta el infinito su orgullo de ser coletos.

Una región que se quedó dormida al paso del tiempo y que ahora se niega a despertar, porque esto afecta seriamente a sus intereses.

6. Por último sólo me resta dejar en claro que si bien la novela nos presenta "la visión de un mundo híbrido", ésta, (la novela) no permanece al margen de este criterio, esto es, su construcción se somete a esta imagen híbrida. Observamos como el manejo tanto del tiempo como del espacio nos sitúa en, por lo menos, dos posibilidades, porque siempre se habla de espacio real y espacio mítico, asimismo de tiempo narrativo y de tiempo cronológico. Esto sucede en gran medida porque tanto el peso de las acciones como el espacio en que se desarrollan a menudo pierden su lógica y se subordinan estrictamente a las retrospecciones que maneja el narrador con base en sus personajes.

La acción se detiene para dar paso a una reflexión, decirnos por qué la tribu tzotzil esta condenada a la obediencia y el mal trato. En otras ocasiones, es la historia de César Santiago, para justificar al lector el desprecio que el personaje siente para los indios, así como el rencor que siente para los mestizos, incluso, esta visión nos enfrenta a un doble conflic -

to, pues por una parte se encuentra la problemática individual, que se mueve en el contorno de la personalidad y, por otra parte la conflictiva social que afecta directamente al individuo. En apariencia son dos situaciones en el mismo plano, pero lo curioso es que la autora las proyecte de manera separada y sin embargo, totalmente interrelacionadas.

A Ulloa le interesa que se restituya la propiedad a los indios, pero a César Santiago eso es lo que menos le importa. Sin embargo, ambos se convierten en el enemigo común de los finqueros. Si auscultamos un poco más, vemos que los dos provienen de familias abismalmente diferentes y que, acaso por una circunstancia, se encuentran juntos en la lucha.

La novela nos plantea simultáneamente conflictos individuales y conflictos sociales; conflictos a largo plazo y conflictos perentorios.

Sólo a través de este tipo de enfoque se puede entender que el texto jamás se torne pesado, porque casi siempre hay una espectación a la puerta que paulatinamente se convierte en una promesa.

B I B L I O G R A F I A

1. ABREU, Gómez Ermilo, Canek -Historia y leyenda de un héroe maya-, Oasis, México, 1974, 147 pp.
2. ALBERES, René-Marie, Metamorfosis de la novela, Taurus, Madrid, 1971, 309 pp.
3. ALBORES Zarate Beatriz Andrea, El funcionalismo en la etnografía tzeltal-tzotzil, Universidad Autónoma de Chiapas, México, 1978, 160 pp.
4. ARGUEDAS, José María, Los ríos profundos, Losada, Bs. As. 1973, 245 pp.
5. BENITEZ, Fernando, Los indios de México, ERA, vol. II, México, 1971, 513 pp.
6. BRUSHWOOD, S. John, México en su novela, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, 436 pp.
7. _____, La novela hispanoamericana del siglo XX, una vista panorámica-, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, 405 pp.
8. CARBALLO, Emmanuel, 19 protagonistas de la literatura mexicana siglo XX, Empresas Editoriales, México, -- 1965, 459 pp.
9. CARPENTIER, Alejo, Novelas y relatos, Casa de las Américas, La Habana, 1976, 446 pp.
10. CASO, Alfonso, Silvio Zavala y otros, La política indigenista en México, Instituto Nacional Indigenista, México, 1981, 317 pp.
11. CASTAÑO, Rosa de, Fruto de sangre, Populibros La Prensa, México, 1972, 287 pp.
12. CASTELLANOS, Rosario, Balún Canán, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, 317 pp.

13. _____, Ciudad Real, Novaro, México, 1974, 198 pp.
14. _____, El eterno femenino, Fondo de Cultura Económica, México, 1975, 203 pp.
15. _____, Los convidados de agosto, ERA, México, 1979, 201 pp.
16. _____, Oficio de tinieblas, Joaquín Mortiz México, 368 pp.
17. CASTRO, Carlo Antonio, Los hombres verdaderos, Universidad Veracruzana, México, 1959, 143 pp.
18. CORTES, Erasto, Antología de cuentos mexicanos del siglo XX, Ateneo, México, 1978, 341 pp.
19. COSSE, Rómulo, Crítica latinoamericana, Cuadernos del Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias, Universidad Veracruzana, México, 1982, 151 pp.
20. COWIE, Lancelot, El indio en la narrativa contemporánea de México y Guatemala, Instituto Nacional Indigenista, México, 1976, 175 pp.
21. DESSAU, Adalbert, La novela de la Revolución Mexicana, -- Fondo de Cultura Económica, 1972, 477 pp.
22. ERCILLA Y ZUNIGA, Alonso de, La Araucana, Aguilar, Madrid 1972, 768 pp.
23. EMERSON, Ralph, Historia de la novela mexicana en el siglo XIX, Antigua librería Robredo, México, 1953, 660 pp.
24. FLORES, Angel y SILVA, Cáceres Raúl, La novela hispanoamericana actual, Las Américas, Anaya, Madrid, 1971 297 pp.

25. FLORES, Angel, The literature of Spanish America, Modernism and others trends, vol. III, Las Americas Publishing Company, New York, 1968, 633 pp.
26. FRANCO, María Estela, Rosario Castellanos, Semblanza - psicoanalítica, Plaza Janes, México, 1984, 176 pp.
27. FUENTES, Carlos, La nueva novela hispanoamericana, Joaquín Mortiz, México, 1979, 99 pp.
28. GOLDMAN, Lucien, Para una sociología de la novela, Gallimard, Madrid, 1965, 240 pp.
29. GONZALEZ, Rojas Francisco, El diosero, Fondo de Cultura Económica, México, 1976, 145 pp.
30. GONZALEZ, Alfonso, "La soledad y los patrones de dominio en la cuentística de Rosario Castellanos", en La semana de Bellas Artes, INBA, México, N. 83, 4 de Julio de 1979, pp 2-4
31. GRAMSCI, Antonio, Literatura y vida nacional, -Cuadernos de la cárcel-, Juan Pablos Editor, México, 1976, - 336 pp.
32. GULLON, Ricardo, Direcciones del Modernismo, Gredos, Madrid, 1971, 270 pp.
33. _____, Espacio y novela, Antoni Bosch editor, -- Barcelona, 1980, 144 pp.
34. HARSS, Luis, Los nuestros, Hermes/Sudamericana, México, -- 1984, 465 pp.
35. ICAZA, Jorge, Huasipungo, Losada, Bs. As. 1975, 201 pp.
36. LEENHARDT, Jaques, Lectura política de la novela, Siglo -- XXI, México, 1975, 252 pp.
37. LEON, Portilla Miguel, El reverso de la Conquista, Joaquín Mortiz, México, 1970, 190 pp.

38. LUKACS, George, Significación actual del realismo crítico, ERA, México, 1974, 181 pp.
39. LUKACS, George, Sociología de la literatura, Provenza, Barcelona, 1973, 505 pp.
40. MARIATEGUI, José Carlos, Siete ensayos de interpretación a la realidad peruana, Casa de Las Américas, La Habana, 1975, 325 pp.
41. MARX, Carlos y Federico Engels, La ideología alemana, Ediciones de Cultura Popular, México, 1975, 234 pp.
42. MARX, Carlos y Federico Engels, Sobre arte y literatura, Introducción, selección y notas de Valeriano Bozál Fernández, Madrid, 1968, 242 pp.
43. MENA, Brito, Bernardino, El gran consejo, Botas, México, -- 1949, 354 pp.
44. MODIANO, Nancy, La educación indígena en los altos de Chiapas, Instituto Nacional Indigenista, México, 1974, 276 pp.
45. MORENO, Fernández César, América latina en su literatura, Siglo XXI, 1972, 494 pp.
46. OCAMPO, Aurora M. (compiladora), La novela hispanoamericana contemporánea, -antología de ensayos-, UNAM, México, 1973, 234 pp.
47. POZAS, Ricardo, Chamula, un pueblo indio en los altos de Chiapas, Instituto Nacional Indigenista, México, 1978, 523 pp.
48. POZAS, Ricardo, Juan Pérez Jolote, Fondo de Cultura Económica, México, 1970, 118 pp.
49. POZAS, Ricardo, Los indios en las clases sociales en México, Siglo XXI, 1980, 181 pp.
50. RODRIGUEZ, Antonio, La nube estéril, Ediciones Amigos del Café de París, México, 1952, 317 pp.

51. RODRIGUEZ, Chicharro César, Estudios de literatura mexicana, UNAM, México, 1983, 276 pp.
52. _____, La novela indigenista en México, tesis de Maestría, UNAM, 1959 192 pp.
53. RUBIN, Ramón, El callado dolor de los tzotziles, Editores Unidos Mexicanos, México, 1948, 245 pp.
54. RUBIN, Ramón, La bruma lo vuelve azul, Fondo de Cultura Económica, México, 1982, 145 pp.
55. SANCHEZ, Luis Alberto, Proceso y contenido de la novela en Hispanoamérica, Gredos, Madrid, 1968, 625 pp.
56. SOMMERS, Joseph, "El ciclo de Chiapas, nueva corriente de la Literatura en México", en Cuadernos Americanos, -- 2/323, Marzo-Abril, 1964, pp248-253.
57. SOMMERS, Joseph, " Oficio de tinieblas" en Nexos,. Febrero, - 1978 pp 15-18
58. TRAVEN, Bruno, La carreta, Compañía General de Ediciones, México, 1983, 332 pp.
59. TRAVEN, Bruno, Gobierno, Compañía General de Ediciones México, 1980, 268 pp.
60. TRAVEN, Bruno, La rebelión de los colgados, Compañía General de Ediciones, 1983, 332 pp.
61. ZEPEDA, Eraclio, Benzulul, Universidad Veracruzana, México, 1981, 164 pp.
62. ZUM, Felde Alberto, Índice crítico de la literatura hispanoamericana, Guaranía, México, 1954, 660 pp.